

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DE LA REPUBLICA A LA MONARQUIA  
JUAN NEPOMUCENO ALMONTE  
¿TRANSICION O TRAICION?

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN  
HISTORIA PRESENTA: RAYMUNDO DE LA FUENTE MARCOS

ASESOR: ANA ROSA SUAREZ ARGUELLO MAYO, 2006



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres: por la vida  
A Maxi: por regalarme, para esta tesis, mucho  
del tiempo que le correspondía  
A mis maestros (en principio la Dra. Ana Rosa):  
por su paciencia y su sapiencia

## ÍNDICE

|  |        |
|--|--------|
| Introducción   | p. 3   |
| Capítulo 1. De las armas a la pluma y la palabra (1802-1834)     | p. 13  |
| A) Un indito de Carácuaro  | p. 13  |
| B) Entre la diplomacia, la política y el ejército                | p. 22  |
| Capítulo 2. Despojar a una nación amiga (1834-1848)              | p. 33  |
| A) Observación, diplomacia e insurgencia en Texas                | p. 33  |
| B) Anexión: motivo de guerra                                     | p. 46  |
| C) ¿Quién es el enemigo?   | p. 63  |
| Capítulo 3. Gran cruz de la Orden de Guadalupe (1848-1857)       | p. 77  |
| A) Un signo de hostilidad a Washington                           | p. 77  |
| B) Arreglo pacífico y decoroso                                   | p. 88  |
| Capítulo 4. Circunstancia, convicción y conveniencia (1858-1861) | p. 103 |
| A) Ministro <i>ad hoc</i>  | p. 103 |
| B) Declarado Traidor   | p. 113 |
| Capítulo 5. Defender con calor la causa (1861-1869)              | p. 121 |
| A) Director de la empresa y agente principal                     | p. 121 |
| B) Precursor y lugarteniente del archiduque                      | p. 138 |
| C) Relegado a un alto puesto de la corte                         | p. 155 |
| Conclusiones   | p. 167 |
| Fuentes  | p. 177 |



## INTRODUCCIÓN

Cuando en el seminario de tesis impartido por la doctora Ana Rosa Suárez, se me invitó a realizar un trabajo biográfico sobre un personaje del siglo XIX, lejos estaba yo de saber lo apasionante que el tema podía ser. De inmediato pensé en el hijo de José María Morelos y Pavón, Juan Nepomuceno Almonte, pues, de entrada, me parecía paradójico que Morelos, quien diera su vida por hacer a su patria una república independiente y se volviese por tanto uno de los iconos del liberalismo en el país, tuviera un hijo que colaborase de manera estrecha con Maximiliano de Habsburgo en el establecimiento de una monarquía en México, apoyada en un ejército extranjero. ¿Qué pudo llevar a Almonte a realizar lo que, da la impresión, constituía una ofensa a la memoria de su padre? De tal interrogante surgió la inquietud por conocer más al personaje.

Al buscar fuentes sobre el tema destacó que no son abundantes. No muchos autores han abordado el estudio del hijo del generalísimo Morelos, y casi ninguno se aboca a tratar su conversión político-ideológica. De ahí que me resultara cada vez más importante realizar el trabajo biográfico, completo en la medida de lo posible y, a partir de él, explicar la paradoja mencionada.

De los estudios que se refieren a Almonte como sujeto principal, dos eran ya biografías: con la firma de Margil Arias y Ulúa, se publicó *Apuntes para la biografía del traidor Almonte* (1862); allí, aun cuando se registran muchos datos importantes, es notable la inflamada aversión al personaje por parte del autor, quien, al parecer, fue un liberal convencido. Un siglo y varias

décadas después, en el año 2000, Frank Cosentino publicó *The Life of Juan Nepomuceno Almonte*, trabajo que, a pesar de surgir como homenaje al hijo de Morelos, no está dictado por el apasionamiento (si bien existe alguna parcialidad no explícita), más bien se acerca un tanto a la crónica, ya que no efectúa muchos juicios de valor. Esta segunda obra se basa, a su vez, en la tesis de doctorado de Hellen Willits Harris: “The public life of Juan Nepomuceno Almonte” (1935), la cual es acaso la que más luz arroja sobre Almonte, aun cuando no es propiamente un trabajo biográfico, se ocupa sobre todo de evaluar su desempeño en los cargos públicos.

Hay otras obras que lo abordan, pero se refieren a periodos cortos y funciones específicas de su vida. Celia Gutiérrez Ibarra publicó *Como México perdió Texas, análisis y transcripción del informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte* (1987); Martha Ordaz Schroeder escribió el “Catálogo de expedientes personales y labor diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington, 1842-1845” (1989); Elena Azucena Ceja Camargo el estudio “Más allá de La Mesilla. La segunda gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington, 1853-1856” (2005). El primer texto estudia al personaje en 1834 y 1835, con motivo del viaje realizado a Texas para observar lo relacionado con la probable independencia de ese territorio, pero la mayor parte se ocupa de transcribir el informe enviado al gobierno mexicano. El segundo, que es una tesis de licenciatura, abarca los años entre 1842 y 1845 y se refiere a la labor diplomática de Almonte en los Estados Unidos, cuando trataba de evitar la anexión de Texas a ese país; registra, sin embargo, otros momentos de su vida y cuenta con una cronología de cuatro páginas que reúne

los principales datos biográficos de Almonte. Por último, el tercero, también tesis de licenciatura y aparecida cuando el trabajo que ahora presento estaba por terminarse, se aboca a estudiar la segunda gestión en Washington de Almonte, entre 1853 y 1856, y presenta una biografía de 16 páginas.

Existe además un artículo escrito por Javier Rodríguez Piña con el título de “¿Un conservador en Washington? La gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte durante la dictadura santanista (1853-1855)” (1998), donde se incluye una biografía y se plantea que, para los años mencionados, existió la probabilidad de que Almonte militara ya en el grupo conservador. Se trata del antecedente más próximo a nuestra tesis, pues aborda la conversión política de Almonte, aunque sólo abarca un periodo corto (del término de la guerra México-Estados Unidos al fin de la dictadura de Santa Anna) y se vale de una sola cuestión para explicar el origen de su rechazo a la forma republicana de gobierno: el Tratado de Guadalupe Hidalgo. El tema se centra principalmente en la gestión diplomática de Almonte entre los años que se mencionan.

Aparte de las obras aludidas, las menciones a nuestro personaje en otros textos son muy escuetas, en el mejor de los casos se le dedican un par de páginas, en la mayoría la cita sólo alcanza unos cuantos renglones.

Creemos que una de las razones por las cuales hay poca bibliografía relativa a Almonte obedece al hecho de que pertenece al panteón de quienes, en la pugna post-independentista por gobernar México, resultaron vencidos. Como casi todos los monarquistas mexicanos, él ha sido soslayado por los estudiosos de la historia nacional, quienes se han ocupado, más bien, de



nombres liberales, y porque, al cambiar de filiación política, ha sido visto simplemente como un vulgar traidor, que sólo por conveniencia personal mudó de militancia.

Desde luego, el deseo de ocupar un alto nivel de gobierno y complacerse en los beneficios que eso conlleva debieron incidir en la decisión de Almonte de abrazar el proyecto monarquista. La cuestión es, sin embargo, más compleja. Ése no debió ser el único motivo y, con probabilidad, ni siquiera el más importante, puesto que una revisión de las experiencias que vivió nos puede develar otras razones de mayor peso y diferente índole a la del mero beneficio particular. Así pues, los principales motivos de su cambio parecen ser tres, los cuales se relacionan e influyen mutuamente: primero, la situación convulsionada e inestable de México, heredada de la lucha por la emancipación de España, y que se prolongó por décadas; segundo, que tal estado caótico dejó a la joven nación inerme ante embates extranjeros como los de los Estados Unidos, que por su política expansionista representaban un grave peligro; por último, que a la fecha en que el hijo de Morelos decidió militar en el monarquismo, ese sistema tenía a su favor elementos que le hacían aún viable y atractivo como forma de gobierno.

En efecto, la guerra de independencia de la Nueva España, aparte de romper los lazos de subordinación con la metrópoli, trajo al nuevo país graves problemas de inestabilidad. Los once años de lucha armada contrajeron la economía, mermaron la capacidad productiva y modificaron la estructura social, además de abrir las puertas a la discordia política, ya que el gobierno fue ambicionado por muchos, por grupos e individuos que pelearon no sólo por

atribuirse el poder sino por instaurar determinado régimen. Tras la consumación de la gesta, la inestabilidad continuó por muchos años, surgieron otros problemas económicos, políticos y sociales y algunos de los derivados de la reciente revolución se agravaron. Luchas intestinas, cambios constantes de administración, corrupción e inexperiencia llevaron a que sólo hasta el Porfiriato reinara la estabilidad y el superávit en las finanzas públicas.

Nuestro personaje fue partícipe importante en la búsqueda de la consolidación del Estado que surgía. Desde su infancia estuvo en las luchas a favor de la independencia y después tuvo, casi siempre, algún cargo o nombramiento: diputaciones, senadurías, secretarías de Estado, embajadas, candidaturas a la presidencia, etcétera. Perteneció a la vez al ejército, con el cual se sumó a la acción bélica en varias ocasiones, ya para mantener Texas unida a México, ya para defender, como secretario de Guerra, al presidente Anastasio Bustamante, ya para tratar de proteger el suelo patrio de las intervenciones extranjeras y la guerra civil. Tenemos entonces que Almonte fue un hombre público, una figura preocupada por la administración del gobierno. Su militancia inicial, acaso influido por la figura paterna, fue por la república y en ella permaneció largo tiempo. Sin embargo, a la luz del aparente fracaso de ese sistema, que, como hemos dicho, por décadas no dio estabilidad o paz al país, adoptó la idea que varios de sus contemporáneos concebían como cierta, de que México estaba imposibilitado para gobernarse por sí mismo y que sólo el auxilio extranjero podría salvarlo. Eso parecía, sobre todo si se hacía un recuento de nuestra entonces corta historia.

Por lo demás, el ambiente convulsionado hizo que la nación, entregada por completo a los desmanes domésticos, se viera imposibilitada para presentarse en el concierto de las naciones estables y exigir, por ende, el respeto internacional. Sufrió así los embates ajenos de quienes intentaban sacar ventajas de su situación deplorable. España lo hizo en 1829, Francia casi diez años después, pero el mayor peligro lo representaron los Estados Unidos, pues, debido a su crecimiento económico y poblacional y, en consecuencia, a su política expansionista, tras conseguir Louisiana y Florida en 1804 y 1819, respectivamente, fijaron ojos y acciones en el norte de México.

Tocó a nuestro personaje verse involucrado en la cada vez más tirante relación con el vecino del norte. Siendo así, participó en la campaña contra la independencia de Texas: fracasó. Luego, como ministro plenipotenciario de México en Washington, trató de impedir la anexión. No pudo evitarla, como tampoco que, tras la guerra entre las dos naciones, México perdiera más de medio territorio. Le tocó también ser el enviado nacional cuando se realizó la venta de La Mesilla. Es decir, Almonte vivió de cerca el peligro que representaba la combinación de la incapacidad mexicana para concertar una defensa y la ambición de los Estados Unidos por hacerse de tierras que no le pertenecían.

Tras observar este panorama, nada halagüeño, y acaso sintiendo que se aproximaba el final de su existencia, nuestro personaje decidió mudar de filiación política y comenzó a militar en el monarquismo, pero no como lo han manejado algunos historiadores, a saber, traicionando lo que era el “destino ineludible” de México, esto es, el de ser república, sino adhiriéndose a una

corriente que, a mediados del siglo XIX, contaba a su favor con elementos que le daban viabilidad como opción de gobierno. Había mexicanos que pugnaban por ese tipo de régimen: José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, José María Gutiérrez de Estrada, Francisco de Paula y Arrangoiz y otros; el conservador más influyente, Lucas Alamán, tenía, hacia 1857, poco de haber muerto, tras al menos dos importantes intentos de sentar las bases de una monarquía. La población en general desconocía las prácticas republicanas (elecciones, representación popular, congresos, etcétera) y mantenía hábitos que la realeza les arraigó (festejaba los cumpleaños de los reyes, no acudía a las urnas, las mayorías esperaban un trato paternal al que los acostumbró el gobierno colonial, etcétera). Además de que con los Estados Unidos (la república modelo) México se diferenciaba en elementos sociales y culturales muy importantes como el tronco racial (aquellos sajones, estos latinos), el idioma, pero sobre todo la religión (protestantes unos, los otros católicos).

La situación internacional llevaría a que, años después, una potencia europea, Francia, aceptara auxiliar a quienes aspiraban al establecimiento en México de una monarquía. Su mira, además de la económica, era crear al sur de los Estados Unidos un país fuerte que detuviese el expansionismo norteamericano. Como nación estable y avanzada, México serviría de ejemplo a otros países latinoamericanos, creándose una comunidad internacional liderada por el Estado francés. Así, Napoleón III consideró posible la coronación de un emperador que gobernase la patria de Almonte, quien, por su parte, seguramente con el deseo de que la nueva monarquía fuera más liberal

que reaccionaria, se entregó al proyecto con ahínco, antes y durante el gobierno del Habsburgo y su esposa: Maximiliano y Carlota.

Éstos, pues, parecen ser los principales motivos que llevaron Almonte a desechar la idea republicana de gobierno por la que su padre murió y por la que él mismo luchó mucho tiempo. Se dedicó, en cambio, a propiciar y establecer otro sistema que, si bien diferente al hasta entonces practicado en México, no le era del todo ajeno: la monarquía.

El presente trabajo está dividido en cinco capítulos que, si bien siguen una secuencia cronológica, contiene cada uno una característica que le hace particular. El uno abarca desde el año del nacimiento del personaje, 1802, hasta 1834, y en él se anota su participación en la guerra de independencia, así como la transición para cambiar las armas por la política y la diplomacia, destacándose las influencias ideológicas que tuvo entonces. El segundo capítulo, que cubre los años de 1834 a 1848, tiene como tema central el proceso de la guerra entre México y los Estados Unidos, proceso en el cual nuestro personaje estuvo profundamente involucrado; se anota cómo esto pudo marcar su conducta y acaso representar un primer signo de conflicto político interno. En el tercer capítulo, que abarca la década que va de 1848 a 1857, se resaltan algunos signos de que Almonte comenzaba a valorar a la monarquía y reconsideraba su militancia en el republicanismo. El cuarto, a pesar de ser el que abarca el periodo de tiempo más corto: de 1858 a 1861, presenta el momento de su conversión definitiva y los motivos más importantes que lo llevaron a ella. Por último, en el quinto capítulo se plantea el trabajo que realizó para materializar la monarquía en México y como los resultados

quedaron muy lejos de ser los esperados; este apartado va de 1861 a 1869, año en que nuestro don Juan Nepomuceno Almonte murió en París, lejos de la patria.





**CAPÍTULO 1**  
**DE LAS ARMAS A LA PLUMA Y LA PALABRA**  
**(1802-1834)**

**A) UN INDITO DE CARÁCUARO.**

En la sociedad novohispana, la Iglesia era una institución caracterizada por la buena administración de sus considerables riquezas: poseía grandes extensiones de tierra de labranza, trabajadas en parte por servicios comunitarios que no representaban erogación alguna; era dueña de numerosos edificios destinados a la profesión religiosa; mantenía un monopolio sobre la educación y el dominio de datos estadísticos importantes de la población. Asimismo, la feligresía debía contribuir al sostén del culto mediante el pago del diezmo, en dinero, especie o servicios. Para los miembros de la institución, sobre todo para el clero secular, la Iglesia representaba la ventaja de llevar una vida holgada y ciertas posibilidades de desarrollo económico; de ahí que muchos criollos y mestizos se incorporaran a ella en pos de un mejor estatus, pero sin demasiada preocupación por cumplir los votos religiosos y, tal vez, sin vocación sacerdotal. El voto de castidad no fue el más respetado y por esto no era demasiado extraño encontrar curas que tuviesen uno o varios hijos. Fue el caso de José María Morelos y Pavón.

En 1799, procedente de los pueblos michoacanos de Churumuco y la Huacana, al sur de Apatzingán, el cura Morelos llegó a administrar sus servicios en Nacupétaro y Carácuaro. Se estableció en el último, donde sostuvo una



relación de amorío con Brígida Almonte, soltera de la localidad, con quien procreó un hijo varón. Por la posición del padre, el niño no recibió el apellido que le correspondía y, en el futuro, sólo llevó el de la madre: Juan Nepomuceno Almonte.

El año en que se verificó este nacimiento no resulta del todo claro; mientras Ezequiel A. Chávez lo sitúa en 1803,<sup>1</sup> y Celia Gutiérrez Ibarra lo reitera, precisando el día 15 de mayo,<sup>2</sup> otros autores, como Ernesto Lemoine, lo hacen en 1802.<sup>3</sup> Por lo demás, la segunda fecha es la que se deduce de las declaraciones del mismo Morelos en la causa seguida en su contra en diciembre de 1815, cuando, a pregunta expresa de cuántos hijos tenía y de qué edad, respondió, refiriéndose a Juan Nepomuceno, que éste contaba con trece años.<sup>4</sup> En todo caso, el dato preciso no altera mayormente el desarrollo ulterior de nuestro biografiado, si bien la circunstancia “sacrílega” de su nacimiento sería un estigma a lo largo de su vida y una acusación recurrente por parte de sus adversarios y detractores. Lo que sí cambia en definitiva es la errónea propuesta del origen de su apellido, ya que hay quien consideró cierto que, cuando los insurgentes sufrían ataques realistas, Morelos, para proteger al niño, ordenaba que lo llevaran *al monte*<sup>5</sup> y que, de ahí, derivó aquel.

El muchacho inspiró un gran cariño a su padre, por lo que, durante su infancia, tuvo una estrecha cercanía con él. Le enseñó las primeras letras, le

---

<sup>1</sup> Ezequiel A. Chávez, Morelos, México, Jus, 1983, p. 25.

<sup>2</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1987, p. 49.

<sup>3</sup> Ernesto Lemoine, Morelos y la revolución mexicana de 1810, Morelia, Gobierno de Michoacán, 1983, p. 139.

<sup>4</sup> Carlos Herrejón Peredo, Los procesos de Morelos, México, Gobierno de Michoacán, 1985, p. 322.

<sup>5</sup> Egon Caesar Conte Corti, Maximiliano y Carlota, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 19.

llevó a conocer Valladolid, y el pequeño (identificado como el “sobrino” del cura para no hacer alusión directa a la violación de los votos), fue conocido por los indios caracuarenses como el niño “pamuceno”.<sup>6</sup>

En 1810 acaeció el deceso de Brígida Almonte dejando al pequeño en orfandad materna.<sup>7</sup> Ese mismo año, Morelos se sumó, llevando consigo a su hijo, al pronunciamiento insurgente iniciado por el también cura Miguel Hidalgo y Costilla.<sup>8</sup> Sin haber cumplido aún su primera década de vida, el joven conoció a partir de entonces la incertidumbre de las batallas y las dificultades de la vida itinerante.

Por su edad, estos años debieron ser una época formativa, tanto de su carácter como de su ideología. Las influencias que recibió fueron republicanas. Durante el lapso aproximado de cinco años en el que Morelos presentó resistencia a las tropas realistas, el muchacho llegó incluso a participar en la lucha armada, y sin duda ese periodo debió ser un abrevadero del que tomó mucho de las ideas republicanas de su padre. Recordemos que éste tuvo una activa vida política en la que dio importantes manifestaciones de su pensamiento.<sup>9</sup>

Cabe relatar que en el ejército insurgente existió un agrupamiento de niños denominado “la compañía de los emulantes”, dirigido por Juan Nepomuceno, que participó en los enfrentamientos. Durante el sitio de Cuautla,

---

<sup>6</sup> Ernesto Lemoine, Morelos y la revolución..., p. 139.

<sup>7</sup> Celia Gutiérrez, op. cit., apéndice II, p. 65.

<sup>8</sup> Javier Rodríguez Piña, “¿Un conservador en Washington?, la labor diplomática de Juan Nepomuceno Almonte durante la dictadura santanista (1853-1855)” en Ana Rosa Suárez (coordinadora), Pragmatismo y principios. La relación conflictiva entre México y los Estados Unidos 1810-1942, México, Instituto José María Luis Mora, 1998, p. 177 a 227, p. 190.

<sup>9</sup> Ezequiel A. Chávez, op. cit., p. 127-133. La labor política de Morelos se puede ejemplificar muy bien en el capítulo comprendido entre estas páginas, el cual tiene como título “Manifiestos, cartas y proclamas”.

en febrero y marzo de 1812, la actividad para este grupo fue diversa: por ejemplo, había una sección llamada de “los costeños”, de la cual formaba parte un muchacho de trece o catorce años llamado Narciso García Mendoza (posteriormente conocido como “el niño artillero”), quien, arriesgando su vida, y tras haber sido herido por la espada de un militar realista, hizo detonar un cañón sobre una columna de los atacantes causándole graves estragos.<sup>10</sup> En otra ocasión, integrantes de la compañía de los emulantes condujeron preso ante Morelos a un elemento de las tropas virreinales denominado “Dragón de la Reina”, captura de mérito pese a que el prisionero declaró que, antes de ser aprehendido, iba a presentarse por sí mismo ante el jefe insurgente.<sup>11</sup> De igual forma, la noche del 26 de febrero, Almonte, junto con otros muchachos, subió a la azotea de la cárcel de Cuautla, en donde se encontraban presos 18 de sus compañeros y, arrojándoles unas sogas, logró rescatar a cuatro.<sup>12</sup> Ese mes recibió el grado de capitán de infantería.<sup>13</sup>

Hubo un suceso curioso. Por aquel mismo año de 1812, nuestro personaje fue motivo de un rumor extraño pues Morelos lo llamaba su “adivino”.<sup>14</sup> Se desconoce el motivo pero es probable que ese adjetivo hiciera correr la versión de que el líder insurgente llevaba consigo a una especie de niño mago. El rumor creció a tal punto que el jefe del ejército realista, Félix

---

<sup>10</sup> Felipe Benicio Montero, Apuntes para la historia, el sitio de Cuautla de 1812, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999, p. 46.

<sup>11</sup> Lucas Alamán, Historia de México, desde los movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 528.

<sup>12</sup> Ibidem, apéndice, documento 22, p. 56.

<sup>13</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., Apéndice II, p. 65.

<sup>14</sup> En la causa contra Morelos, el insurgente preso Manuel de la Concha declaró que “ignora en que paraje se halla [...] Juan Nepomuceno Almonte, que se decía su adivino”. Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, p. 127.

María Calleja, tuvo noticias de que entre los rebeldes había un jovencito que resucitaba a los muertos a los tres días, informando por tanto al virrey Francisco Javier Venegas que el general rebelde ofrecía revivir a sus secuaces.<sup>15</sup> Esta versión parece no ser totalmente falsa, si se atiende al deseo manifestado por algunos indios rebeldes capturados, quienes pedían que, después de ser ejecutados, sus cuerpos fueran entregados a Morelos. Durante el proceso que se le siguió, éste fue otro de los cargos en su contra.<sup>16</sup>

Antes de finalizar 1812, el 26 de noviembre, el hijo de Morelos ascendió a teniente coronel<sup>17</sup> y en el año posterior (10 de agosto de 1813) alcanzó el nombramiento de coronel,<sup>18</sup> el cual superó en el mes siguiente cuando el Congreso de Chilpancingo le confirió el grado de general brigadier.<sup>19</sup>

En ocasión del elogio a los soldados insurgentes hecho el 21 de noviembre de 1813 por el cura, recién nombrado generalísimo, el orgulloso padre hizo una referencia directa a su hijo y afirmó que: “si un indito de Carácuaro, sin letras, de la edad de once años campa mejor que los gachupines, este indito sin duda, y cualquier soldado americano es mejor militar que el mejor gachupín”.<sup>20</sup> Sin embargo, aun cuando inflaman el ánimo, los discursos no protegían de las armas y al mes siguiente, durante el malhadado ataque a

---

<sup>15</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, p. 530.

<sup>16</sup> En el juicio contra el indio insurgente José Marcelino Pedro Rodríguez, éste pidió que, luego de ser fusilado, su cuerpo fuera llevado a Cuautla. A la pregunta de si quería que lo llevaran para que lo resucitara el cura, él afirmó. El subteniente Vicente Barrios confirmó esta versión y, aunque Rodríguez lo negó después, reconoció que había oído decir a “mandones de Miacatlán que el cura halló un niño que resucitaba muertos a los tres días”. Jorge Gurría Lacroix, “Narciso Mendoza y Juan Nepomuceno Almonte en el sitio de Cuautla” en *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, volumen 7, p. 47 a 65, p. 56.

<sup>17</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 190.

<sup>18</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, Apéndice II, p. 65.

<sup>19</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 190.

<sup>20</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, *Morelos, su vida...*, p. 440-441.

Valladolid, las tropas rebeldes, situadas a las afueras de la población e intimando a su rendición, fueron atacadas y derrotadas por el ejército al mando de Agustín de Iturbide, quien acudió en defensa de la población. En esa batalla, el pequeño Juan Nepomuceno fue herido en un brazo,<sup>21</sup> por lo cual, con todo, no sufrió consecuencias graves.

Además de participar en las batallas, el joven debió atestiguar los conflictos políticos entre los insurgentes. Debió tener conocimiento de sus desacuerdos, desavenencias y altercados en varias ocasiones y en aspectos muy importantes, tales como los problemas entre los integrantes de la junta de Zitácuaro, que en marzo de 1813 llegaron al grado de que Ignacio López Rayón por un lado, y José Sixto Verduzco y José María Liceaga por el otro, riñeran acaloradamente con gran frecuencia.<sup>22</sup> También hubo de conocer de las fuertes discusiones suscitadas durante el Congreso Constituyente de Apatzingán, en que Ignacio López Rayón se enfrentó con Carlos María de Bustamante.

Morelos debió ser una gran influencia de carácter republicano sobre su hijo. En los años previos a la revolución de independencia, el cura se había encargado de darle alguna instrucción elemental, y en los años de la guerra su educación fue mediante la práctica misma. Por ejemplo, cuando en la antigua provincia de Antequera, hoy Oaxaca, se trató de organizar la economía y la política; también con la emisión del documento titulado “Sentimientos de la Nación”, que a la letra dice en su artículo quinto: “La soberanía emana inmediatamente del pueblo que sólo quiere depositarla en sus representantes

---

<sup>21</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 104.

<sup>22</sup> Ezequiel A. Chávez, *op. cit.*, p. 141.

dividiendo los poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y judicial”;<sup>23</sup> más aún, con la promulgación de la Constitución de Apatzingán o “decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana”, de octubre de 1814, la cual, aparte de proclamar la absoluta independencia de España, tenía un carácter republicano comprendiendo leyes electorales, administración de justicia por tribunales autónomos y división de poderes.<sup>24</sup> En una relación estrecha entre padre e hijo era difícil que Almonte, entonces de once o doce años, no se percatase de los objetivos y el ideario de su progenitor.

Hacia el año de 1815, la balanza de la guerra se inclinó a favor de las tropas realistas, y los problemas y peligros cada vez mayores hicieron pensar a Morelos que debía sustraer a su hijo de la amenaza creciente de captura. Por eso, y ante la coyuntura que le presentó el hecho de que el Congreso insurgente decidiera enviar a un representante a los Estados Unidos para buscar el apoyo de esta nación, en septiembre hizo que Juan Nepomuceno acompañara en su viaje al recién nombrado ministro plenipotenciario, José Manuel Herrera,<sup>25</sup> a fin de que el joven realizara también estudios escolarizados en aquel país.<sup>26</sup> La partida de Almonte no detuvo su meteórica carrera militar dentro de la insurgencia y si a la edad de diez años obtuvo el grado de capitán, cuando

---

<sup>23</sup> José María Morelos y Pavón, “Sentimientos de la nación” en Álvaro Matute (compilador), Antología. México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 224 a 226, p. 224.

<sup>24</sup> Justo Sierra, Evolución política del pueblo mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 158.

<sup>25</sup> Ezequiel A. Chávez, op. cit., p. 258.

<sup>26</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., apéndice II, p. 65.

apenas contaba con 12 ó 13 años, el 25 de noviembre de 1815, fue ascendido a general de brigada<sup>27</sup>

La captura, el ajusticiamiento de Morelos y la disolución del Congreso en los dos últimos meses de 1815 modificaron el sentido de la misión diplomática de Herrera al desaparecer el centro de poder al que estaba subordinado, aun cuando él continuó su lucha insurgente desde el extranjero. Almonte se encontraba entonces en Nueva Orleans, donde permaneció varios años. Se puede destacar el hecho de que el destino final fueran los Estados Unidos y no otra nación. El jefe insurgente no tenía muchas opciones, pero es cierto que, para ese momento, el vecino del norte mostraba estar progresando y, sobre todo, hacer buen uso de sus libertades. Era el paradigma republicano.

Los nombres o características de los colegios donde realizó sus estudios en Nueva Orleans son desconocidos, pero parece que el joven hijo de Morelos no desperdició el tiempo pues, al año siguiente de su llegada, manejaba ya la lengua francesa. Fray Servando Teresa de Mier, quien en 1816 estuvo en esa ciudad, así lo refirió.<sup>28</sup> En el año de 1817, probablemente se separó de Herrera, quien para entonces había establecido una base de operaciones en la isla de San Luis (hoy Galveston), desde donde hostilizó al comercio español con algunos navíos extranjeros a los que otorgó patentes de corso.<sup>29</sup> Quizá mantuvo algún contacto con el hijo de Morelos, influyendo en él, pues en el futuro Almonte intentaría varias veces el uso de corsarios en diferentes conflictos armados.

---

<sup>27</sup> Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles, México, Instituto José María Luis Mora, 1997, p. 249.

<sup>28</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos, su vida revolucionaria..., p. 127.

<sup>29</sup> Luis G. Zorrilla, Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958, México, Porrúa, 1965, 2 tomos, tomo 1, (Biblioteca Porrúa 29), p. 41-42.

La lucha de independencia en la Nueva España culminó en 1821, luego de que Agustín de Iturbide, militar al servicio de la Corona española, se entrevistara con el principal jefe de la insurrección, Vicente Guerrero. Su deseo era romper los lazos de dependencia de la colonia con respecto a la metrópoli, pero no los económicos y de amistad. Pretendía continuar con el sistema monárquico e, incluso, que el rey de España, Fernando VII, viniera a gobernar a México o enviase a alguien de su casa para tal efecto. Así lo proclamó el Plan de Iguala y las propuestas fueron posteriormente aceptadas por el recién llegado virrey, Juan O'Donojú, quien estuvo presente en la ratificación de la independencia mediante los Tratados de Córdoba,<sup>30</sup> los cuales, durante más de una década, no serían reconocidos por España.

Almonte volvió a su país ese año de 1821, después de la firma del Plan de Iguala.<sup>31</sup> A su regreso conocía, además del francés, el inglés, y hablaba ambos con la misma fluidez que el español, lo cual le sería de gran ayuda en el futuro y de seguro determinaría muchas de sus misiones. El hecho de vivir alrededor de siete años en una sociedad con características tan diferentes a la propia no debió pasarle inadvertido; es probable que apreciara la paz social, la estabilidad política y el progreso material del país que lo recibió como huésped. Tal vez éste fue un factor para que, al retornar a su patria, decidiera adoptar la bandera republicana.

---

<sup>30</sup> Jan Bazant, Breve historia de México, de Hidalgo a Cárdenas, México, Ediciones Coyoacán, 2000, p. 48.

<sup>31</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p.191.



## **B) ENTRE LA DIPLOMACIA, LA POLÍTICA Y EL EJÉRCITO**

La consumación de la independencia causó una grave problemática política en México pues, de las posibilidades para instaurar un nuevo régimen de gobierno, dos cobraron fuerza y se enfrentaron. Por un lado, la monarquía, con la que se habían regido España y sus colonias por tres siglos, y que contaba con instituciones establecidas, experiencia de gobierno y la tácita anuencia de la población que vivió bajo ella por generaciones. Por el otro, aparecía la república, con los Estados Unidos como gran ejemplo, país que en un corto periodo presentaba avances sorprendentes y que se volvió un modelo político para un sector del país que surgía.

Antes de cumplirse el primer quinquenio de vida independiente, ambos regímenes tuvieron oportunidad de ser sistema de gobierno en México. La primera administración la encabezó Agustín de Iturbide; se inició convocando a un Congreso Constituyente, en donde había muchos integrantes que simpatizaban con la república. Sin embargo, presionados por la ambición de Iturbide, éstos acabaron por coronarlo en julio de 1822 como emperador. En octubre, el novel gobernante disolvió a la asamblea; el cariz que tomó su régimen propició el retorno hacia Nueva Orleans de Almonte,<sup>32</sup> quien era detractor de la monarquía.

El imperio originó gran inconformidad. Antonio López de Santa Anna encabezó un movimiento en contra, pidiendo que se reuniera un nuevo Constituyente. Vicente Guerrero, quien detentaba la jefatura del ejército en el

---

<sup>32</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, apéndice II, p. 65 y Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 191.

sur, se sumó al pronunciamiento a favor de la república y, en marzo de 1823, Iturbide fue expatriado. Poco después, Almonte volvió al país.<sup>33</sup>

Por esas fechas, con alrededor de 20 años de edad, nuestro personaje comenzó a trabajar en el sector público. Su experiencia en este aspecto no era del todo nula, pues en la época revolucionaria debió presenciar los intentos de los jefes insurgentes por administrar los territorios ocupados. Su inteligencia, sin ser excepcional, parecía sobresaliente (Servando Teresa de Mier lo había definido como “un indito muy hábil” en 1817). Contaba también, desde luego, con la preparación escolarizada que recibió en el vecino país del norte, factores ambos que, junto con el hecho nada desdeñable de ser hijo de Morelos, le permitieron iniciar una carrera ascendente en el ejército. Con el grado de teniente coronel fue ayudante general en el Estado Mayor.<sup>34</sup> Ahora bien, a pesar de sus antecedentes, no se le reconocieron todos los nombramientos militares logrados en tiempos de la insurgencia.

José Mariano Michelena lo incorporó en 1824 a su grupo de trabajo; él era un cura criollo que había realizado labores eclesiásticas en la provincia de Michoacán y en 1808-1809 participó en una conspiración en Valladolid para conseguir la independencia de la Nueva España. También había sido activo en la lucha contra el imperio de Iturbide. Ese año de 1824 fue designado para encabezar la legación diplomática en Londres, invitando a colaborar en ella al joven Juan Nepomuceno. Si fue porque Almonte también era nativo de

---

<sup>33</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos y la revolución..., p. 140 y Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., apéndice II, p. 65.

<sup>34</sup> Martha Ordaz Schroeder, “Catálogo de expedientes personales y labor diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington 1842-1845”, México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de licenciatura en Historia), 1989, p. 20.

Michoacán, o porque había comulgado con las ideas de Morelos, o porque el muchacho hablaba los idiomas inglés y francés, o por una conjugación de todos estos factores, el hecho es que nuestro biografiado se unió como agregado a la comitiva que salió rumbo a Inglaterra, en el mes de marzo.<sup>35</sup> En corto tiempo logró obtener la confianza de su jefe, siendo poco después designado secretario y posteriormente encargado de negocios.<sup>36</sup>

Su estancia en Europa se extendió cerca de nueve meses, existiendo la posibilidad de que durante aquel tiempo se hiciera un retrato pintado al óleo que se conserva hasta nuestros días,<sup>37</sup> y del cual Ernesto Lemoine da una descripción precisa: “pose no estirada ni solemne, ojos grandes, mirada profunda, boca sensual, pelo negro y quebrado, tipo acriollado con un toque indígena que le imprime originalidad, expresión de agudeza animada con una leve sonrisa; viste elegante traje de diplomático-militar con charreteras y mano enguantada sobre el pecho”.<sup>38</sup>

Luego de su actividad en Londres y gracias a la confianza que inspiró, en septiembre del mismo año fue comisionado como correo especial a México, llevando consigo una gran cantidad de armas y municiones.<sup>39</sup> Ahí entregó al

---

<sup>35</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos y la revolución mexicana..., p. 140.

<sup>36</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 191.

<sup>37</sup> El óleo “retrato del joven Juan Nepomuceno Almonte” pertenece a una colección particular y es de autor desconocido, aunque Gonzalo Obregón considera que la atribución a Pingret es aceptable pues la forma y el estilo denotan cierta familiaridad con el estilo europeo. Según este autor, el retrato pudo haber sido realizado entre los 20 y 25 años de edad de Almonte, muy probablemente en su primer viaje a Inglaterra. Ver copia adjunta. Gonzalo Obregón, “Reseña del retrato mexicano” en Artes de México, # 132, México, 1970, P. 31.

<sup>38</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos y la revolución mexicana..., p. 139.

<sup>39</sup> “Instrucciones para el primer ayudante del Estado Mayor, Juan Nepomuceno Almonte, para la conducción de las armas para el gobierno mexicano” en Expediente Personal de Juan Nepomuceno Almonte en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (en adelante Expediente Personal de Almonte en AHSREM), legajo 14-3-17, año 1824.



gobierno de Guadalupe Victoria informes de la misión. Como los documentos no se mostraron a nadie sino hasta su destino final, se consideraron confidenciales,<sup>40</sup> pero con gran probabilidad no eran otra cosa que unos tratados de comercio y amistad con la gran potencia europea.<sup>41</sup>

Como se puede apreciar, sin ocupar aún cargos importantes en la administración pública y sin tener un lugar prominente en la política, Juan Nepomuceno Almonte había tenido la oportunidad de conocer dos de los países más avanzados del orbe, los Estados Unidos e Inglaterra, representativos, a su vez, de los sistemas de gobierno que se consideraron como opción para el México recién emancipado. La república, que conoció bien cuando radicó en el país del norte, y la monarquía, con la que estuvo en contacto a raíz de su estancia diplomática en Londres. Esta monarquía, por cierto, no era absoluta, como en el caso de España o Francia en ese momento, sino constitucional y moderada por un Parlamento bicameral, con delegados de diferentes sectores sociales que limitaban los posibles excesos del rey.

Almonte tuvo ocasión de conocer otro ejemplo de monarquía en 1826, cuando, seguramente gracias a su manejo del francés y su experiencia en Inglaterra, Michelena dispuso que viajara a París para apoyar los trabajos de diplomacia.<sup>42</sup> En ese momento, Francia vivía un paréntesis de paz y el monarca Carlos X gobernaba con una Constitución y un Congreso.<sup>43</sup>

---

<sup>40</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, Morelos y la revolución mexicana..., p. 140.

<sup>41</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 20.

<sup>42</sup> Ibidem, p. 70.

<sup>43</sup> A la caída del emperador Napoleón, Luis XVIII asumió el gobierno de Francia el 3 de mayo de 1814. La llamada Restauración implicó una época de castigo y represión para los simpatizantes de aquel y para los republicanos. En 1824, ya con menos efervescencia en el país, Carlos X ocupó el trono al morir Luis XVIII.

Nuestro personaje permaneció en este país hasta junio de 1827 y el 17 de ese mes regresó a Inglaterra con despachos de su misión.<sup>44</sup> Viajó a México antes de terminar el año, llevando consigo la liquidación del segundo empréstito que se recibía en la corta historia independiente, empréstito por la cantidad de 16 millones de pesos, que había sido negociado en la capital inglesa con Barclay Herring Richardson and Company.<sup>45</sup> El primer préstamo se había realizado, dos años antes, también con una firma inglesa, Goldschmidt and Company, y por el mismo monto, aunque hay que decir que el efectivo recibido por las dos transacciones no rebasó la cifra de diez millones de pesos.<sup>46</sup>

Una vez en México, Almonte trabajó un tiempo en el Ministerio de Relaciones Exteriores como traductor y poco después volvió al de Guerra y Marina como auxiliar.<sup>47</sup> En 1828, ocupó por primera vez un cargo de representación como diputado en el Congreso federal, por el estado de Michoacán.<sup>48</sup> Durante su permanencia en el Poder Legislativo, tuvo lugar la campaña para la elección de nuevo presidente de la república; ambas cámaras se dividieron en sus preferencias y en la de diputados, nuestro personaje, junto con Ignacio Basadre, Isidro Rafael Gondra, Anastasio Zerecero, José Manuel Herrera y otros, apoyaron abiertamente a Vicente Guerrero en contra de

---

Albert Guèrard, Breve historia de Francia, Argentina, Espasa-Calpe, 1951, (Colección Austral), p. 170-171 y Pierre Goubert, Historia de Francia, Barcelona, Editorial Crítica, 1987, (serie Mayor), p. 245-249.

<sup>44</sup> Gloria Grajales, Guía de documentos para la historia de México en archivos ingleses (siglo XIX), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, p. 110.

<sup>45</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 70.

<sup>46</sup> Enrique González Pedrero, País de un solo hombre, el México de Santa Anna, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 373.

<sup>47</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 70.

<sup>48</sup> Idem.

Manuel Gómez Pedraza.<sup>49</sup>

Después del intento imperial, nadie en política expresaba de manera abierta su deseo de establecer la monarquía. Para las elecciones presidenciales de 1828, la logia masónica yorkina impulsaba a Vicente Guerrero, mientras la logia escocesa proponía a Nicolás Bravo, mas, cuando éste se involucró en un intento sedicioso,<sup>50</sup> quedó fuera del proceso. Manuel Gómez Pedraza trabajó entonces en su propia candidatura consiguiendo el apoyo escocés. Por su parte, Guerrero fue visto con recelo por españoles y criollos, quienes consideraban que lo influía un grupo radical que aspiraba a un gobierno democrático en detrimento de las altas esferas sociales, además de rechazarlo por cuestiones racistas, ya que no les agradaba que alguien de tez morena y sin mucha preparación intelectual fuese presidente.<sup>51</sup> Así, un importante grupo, escisión del partido yorkino, apoyó la candidatura de Gómez Pedraza, saliendo éste favorecido en la contienda electoral. Sin embargo, inconformes, los derrotados iniciaron una rebelión, llamada la revuelta de la Acordada. Tras ésta, el presidente electo salió del país, por lo que, a la finalización del mandato de Guadalupe Victoria, fue Vicente Guerrero quien le sucedió en la silla presidencial, aunque sin seguir el cauce de la ley.<sup>52</sup>

En 1829, Almonte todavía presentaba proyectos de ley ante la cámara a

---

<sup>49</sup> Lorenzo de Zavala, Ensayo histórico de las revoluciones en México, desde 1808 hasta 1830, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, parte II, página 46.

<sup>50</sup> La revuelta de Tulancingo, iniciada por Manuel Montañón y a la que se incorporó Bravo, pretendía cambios en el gabinete dominado por los yorkinos, pero el 7 de enero fue sometida sin conseguir sus propósitos. Michael P. Costeloe, La primera república federal en México, 1824-1835, un estudio de los partidos políticos en el México independiente, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 147.

<sup>51</sup> Ibidem, p. 168.

<sup>52</sup> Ibidem, p. 210.

la que pertenecía,<sup>53</sup> aunque pronto se vería separado de ella. Ese año, España llevó a cabo su último intento por recuperar “la joya más preciada de la corona”, como alguna vez se llamó a la Nueva España. El brigadier Isidro Barradas desembarcó en Tampico con un ejército de aproximadamente 4 000 hombres, con la idea de reconquistar México. Santa Anna organizó, desde su estado natal, Veracruz, un ejército de resistencia que culminó con la derrota de los peninsulares. El prestigio militar del veracruzano creció en forma considerable.<sup>54</sup>

Luego de algunas rebeliones militares en varios puntos del país, a principios de 1830, el Congreso declaró a Vicente Guerrero moralmente inhábil para gobernar, por lo cual el interinato del Ejecutivo recayó en José María Bocanegra. A Almonte se le persiguió por suponersele un enlace entre los partidarios del presidente destituido. Sin embargo, a pesar de que el ministro de Guerra, José Antonio Facio, libró orden de aprensión en su contra el 16 de abril, logró evadir la detención hasta que se calmaron los ánimos.<sup>55</sup>

Al año siguiente, cuando Anastasio Bustamante ocupaba la presidencia, nuestro personaje recibió otro nombramiento diplomático, esta vez para Sudamérica. Salió comisionado con la legación extraordinaria de México en las repúblicas de América del Sur y el imperio de Brasil,<sup>56</sup> siendo el diputado Juan de Dios Cañedo nombrado ministro plenipotenciario y él, con su carrera militar

---

<sup>53</sup> Gloria Grajales, *op. cit.*, p. 323.

<sup>54</sup> Rafael F. Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 99.

<sup>55</sup> Lorenzo de Zavala, *op. cit.*, parte II p. 238 y Elena Azucena Ceja Camargo, “Más allá de La Mesilla, la segunda gestión diplomática de Almonte en Washington, 1853-1856”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 3.

<sup>56</sup> Agustín Cué Canovas, *El Tratado Mon- Almonte*, México, Ediciones Insurgentes, 1960 p. 13.



en ascenso, pues ya tenía el grado de coronel de caballería, como secretario.<sup>57</sup> Arribaron a Lima el 13 de abril de 1832, para, desde esta ciudad, entrar en contacto no sólo con Perú, sino también con Bolivia, Chile, Brasil y Buenos Aires.<sup>58</sup> Su estancia en la región austral del continente duró poco más de un año.

En el ínterin, la república mexicana padecía graves problemas que impedían el buen desarrollo del gobierno. Dos eran muy importantes. Uno, la oposición que presentaban el ejército y el clero, sectores privilegiados desde el antiguo régimen, y dos, el hecho de que la sociedad en general desconocía la mayoría de los requerimientos que necesitaba una república, sucediendo que a las clases desposeídas el asunto les fuera en realidad indiferente.<sup>59</sup> A pesar de todo, un sector político persistía en mantener tal sistema, pero la pugna entre el anhelo republicano y los factores tradicionalistas que impedían la estabilidad de sus instituciones llegó, en 1833, a un clímax.

Por el descontento hacia el gobierno de Bustamante, Santa Anna encabezó un pronunciamiento en su contra. Manuel Gómez Pedraza ocupó la

---

<sup>57</sup> Genaro Estrada (compilador), Las relaciones entre México y Perú, la misión de Corpancho, México, Porrúa, 1971, p. V.

<sup>58</sup> La mención de Buenos Aires se debe a que, luego de la independencia del Virreinato del Río de la Plata en 1816, las diversas regiones que lo componían deseaban separarse de la metrópoli española, pero también de la zona de Buenos Aires, cuyos gobernantes buscaron erigir la capital de una nueva Federación en esta ciudad. El rechazo de “las provincias” era tan fuerte que se crearon constituciones propias en cada una. No fue sino hasta 1853 cuando, mediante la promulgación de una constitución política, se realizó el pacto federal de la República Argentina. Noemí Goldman (coordinadora), Nueva historia Argentina, España, Editorial Sudamericana, 1998, p. 111-116.

<sup>59</sup> Servando Teresa de Mier ejemplificó lo anterior en el discurso que pronunció ante el Congreso en diciembre de 1823, en que anotó: “¿cómo han de querer los pueblos lo que no conocen?, llámense cien hombres, no digo de los campos ni de los pueblos donde apenas hay quien sepa leer ni que existen en el mundo angloamericanos, de México mismo, de esas galerías háganse bajar cien hombres, pregúntesele que casta de animal es república federada, y doy mi pescuezo si no responden treinta mil desatinos”. Servando Teresa de Mier, “Profecía sobre la federación” en Álvaro Matute, op. cit., p. 243 a 257, p. 247.

presidencia unos cuatro meses, tiempo suficiente para realizar elecciones, de las que resultó presidente el jefe de la revuelta militar, iniciando su mandato en mayo del mismo año.<sup>60</sup>

Santa Anna prefirió no ejercer la primera magistratura y dejó el gobierno en manos del vicepresidente Valentín Gómez Farías, éste, liberal y republicano radical, proclamó una serie de medidas encaminadas a disminuir la preponderancia de el ejército y la Iglesia. Así, trató de suprimir la jurisdicción privilegiada de que estas instituciones gozaban (fueros), y someterlas al Estado. El poderío del ejército fue minado fomentando las milicias cívicas, que eran tropas irregulares reunidas, mantenidas y dirigidas por los gobernadores de las provincias. Pero los ataques más fuertes se hicieron contra la Iglesia: se suprimió el castigo civil a quien abandonara las órdenes religiosas; se abolió la universidad dominada por el clero; se estableció un registro civil; el pago del diezmo no fue más obligatorio, sino voluntario.<sup>61</sup> Previendo una fuerte resistencia a las medidas, el 23 de junio se promulgó la llamada Ley del Caso, por la cual se podría desterrar a quien se opusiera a las reformas “o estuviera en el mismo caso”; gracias a ella, se expatrió a cerca de 50 connotados proclericales encabezados por el mismo Anastasio Bustamante.<sup>62</sup> Desde luego, quienes resultaban perjudicados con estas medidas se defendieron, dándose la llamada “reacción de los fueros”, mediante la cual los afectados impulsaron la destitución del promotor de las medidas reformistas.<sup>63</sup>

---

<sup>60</sup> Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 116-117.

<sup>61</sup> Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI, 1998, p. 133-136.

<sup>62</sup> *Ibídem.*, p. 114.

<sup>63</sup> *Ibídem.*, p. 147-148.

En el medio de esta efervescencia, Almonte regresó a México, al parecer sin haber finalizado su comisión en Sudamérica. Se ha mencionado que estaba de vuelta en octubre de 1833, y que entonces fue electo presidente del consejo de gobierno en Michoacán. Sin embargo, en diciembre se informó a Cañedo que, por su débil salud, se le sustituía por el secretario, quien, probablemente desde México, quedó como encargado de negocios.<sup>64</sup>

Colaboró cercanamente con el presidente Santa Anna. Fue su secretario particular, pero como el veracruzano se retiró a su hacienda antes de finalizar el año, el vicepresidente mandó a la frontera septentrional a nuestro biografiado, quien desde entonces se involucró en la que después sería la causa principal de la guerra entre México y los Estados Unidos: la cuestión de Texas. Partió hacia el norte en febrero de 1834.<sup>65</sup>

Como ya se indicó, ante los ataques en su contra, la Iglesia y los militares fomentaron movimientos armados, dando muestras de que su fuerza se mantenía vigorosa. Con la consigna de “religión y fueros”, Ignacio Escalada se había rebelado desde mayo de 1833, y otros siguieron su ejemplo. Como de hecho la dirección política la ejercía Gómez Farías, Santa Anna, presidente

---

<sup>64</sup> Javier Rodríguez Piña, sin mencionar su fuente, anota que volvió en octubre de 1833 (*op. cit.*, p. 191). Asimismo, Martha Ordaz, que consultó el expediente personal de Almonte en la Secretaría de la Defensa Nacional, pero quien tampoco menciona documentos específicos al respecto, escribió que ese año fue electo presidente del consejo de gobierno en Michoacán y era además secretario particular de Santa Anna (*op. cit.*, p. 20 y p. 71). Ahora bien, al revisar el expediente personal de Almonte en el AHSREM (legajo H/131 “834”/136, segunda parte, foja 6), se sabe que, con fecha 11 de diciembre, se comunicó a Cañedo su relevo. Nos inclinamos a creer que volvió antes de finalizar el año de 33, y recibió en México el nombramiento, pues en el expediente visto aparece una nota de diciembre de 1835 en la que se le avisa el término de su comisión en las repúblicas del sur (“Nota del ministerio de Relaciones Exteriores a Almonte”, legajo H/131 “834”/136, segunda parte, foja 18). Para esta fecha, hay varios sucesos que lo sitúan de manera irrefutable en México, al menos desde principios de 1834.

<sup>65</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, apéndice I, p. 5.

sólo nominal, decidió encabezar la revuelta. En pocos meses, el gobierno se desmoronó y el 29 de abril de 1834, el veracruzano retomó la primera magistratura. El vicepresidente debió salir del país y sus medidas reformistas se derogaron.<sup>66</sup> Almonte no presencié lo anterior, pues se hallaba en Texas realizando un viaje de observación y diplomacia.

Hasta este momento, tres aspectos dan cierta continuidad al pensamiento político de nuestro biografiado. El primero es su identificación, desde la infancia, con la lucha independentista y republicana que por varios años encabezó su padre; el segundo, su oposición al régimen monárquico de Iturbide; y el tercero, su colaboración permanente con las administraciones republicanas hasta llegar a ejercer la presidencia del consejo de gobierno de Michoacán y servir como secretario particular del presidente Santa Anna. Era difícil que ocupara esos niveles sin comulgar con las propuestas de las personas con quienes colaboraba, aunque este último aspecto resulta algo endeble si consideramos que los matices políticos del gobernante en turno resultaban variables. Si Gómez Farías era liberal radical, Bustamante fue más moderado; en su momento, Santa Anna se convirtió en defensor de los fueros, aunque, eso sí, todos rigieron en nombre del sistema republicano federal.

---

<sup>66</sup> Michael P. Costeloe, La primera república federal...., p. 425.



## **CAPÍTULO 2**

### **DESPOJAR A UNA NACIÓN AMIGA**

#### **(1834-1848)**

#### **A) OBSERVACIÓN, DIPLOMACIA E INSURGENCIA EN TEXAS.**

La guerra entre México y los Estados Unidos marcaría profundamente la idea que muchos liberales mexicanos tenían sobre el vecino del norte, y aun sobre el sistema republicano. Almonte fue uno de ellos, pues, desde 1834, cuando comenzó a trabajar en Texas, hasta 1854 con la firma del Tratado de La Mesilla, estuvo involucrado, de una u otra manera, en la conflictiva relación entre ambos países, siendo un año crucial el del término de la guerra, 1848.

Tras la independencia de México, Texas había quedado integrada a Coahuila, ya que no alcanzó el rango de estado por su escasa población. Debido a la casi inexistente infraestructura, al gobierno del centro se le dificultó llevar colonos desde el sur. Los mexicanos eran, además, poco afectos a cambiar de residencia. Por su parte, los Estados Unidos progresaban de manera notable, aumentando la inmigración europea y su población natural, por lo que la ocupación de nuevos territorios se tornó imperativa. A ello se abocaron con denuedo y, terminada la segunda década del siglo XIX, ya habían adquirido el territorio de la Louisiana y las Floridas.<sup>67</sup>

Tal expansión obligó al México independiente a fijar la atención, como

---

<sup>67</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Los primeros tropiezos” en Daniel Cosío Villegas (coordinador), Historia general de México, México, El Colegio de México, 1987, 2 tomos, tomo 2, p. 735 a 818, p. 804.

antes lo hizo España, en Texas, que se había vuelto el territorio colindante. Debido a la imposibilidad de poblarlo, se permitió la colonización con extranjeros, así que algunos grupos estadounidenses, con anuencia de las autoridades, se establecieron allí. La primera concesión la otorgó la Corona española y luego la ratificaron los gobiernos posteriores. Los permisos se multiplicaron a partir de 1822, pero hubo diversidad en los grupos asentados; mientras los de Stephen Austin, Martín de León y Green de Witt, por ejemplo, fueron en general ordenados, en otros reinaba la ilegalidad. Hubo incluso algunos filibusteros como Benjamin Edwards, quien en 1826 buscó independizarse de México y proclamó la república de Fredonia; aunque el intento se dominó rápidamente, “el incidente mostró los peligros que la colonización angloamericana aparejaba”.<sup>68</sup>

El mismo gobierno de Washington trabajaba ya en la adquisición del territorio en cuestión; el primer enviado diplomático a México, Joel R. Poinsett, propuso desde un principio su compra-venta, pero tal propuesta fue rechazada de manera tajante.

Hacia 1830, los problemas en aquella región se habían multiplicado. La población de origen estadounidense era de más del 70 por ciento y un elemento tensaba la relación con el gobierno: la esclavitud, pues si bien México no la aceptaba (aunque de manera velada la toleraba), ellos la ejercían con regularidad. El empeño de eliminarla de unos, y de mantenerla legalmente de

---

<sup>68</sup> Josefina Zoraida Vázquez, México y el expansionismo norteamericano, México, Senado de la República, 2000, p. 62.

otros, aumentó la inconformidad entre los últimos.<sup>69</sup>

Sin embargo, México no lograba resolver la cuestión de los inmigrantes, siendo la inestabilidad política causa importante de ello. En enero de 1830, al ascender Anastasio Bustamante a la presidencia y nombrar a Lucas Alamán ministro de Relaciones Exteriores, la preocupación por Texas los hizo presentar una ley ante el Congreso; aprobada el 6 de abril, en su artículo 11º se lee lo siguiente: “se prohíbe colonizar a los extranjeros limítrofes en aquellos estados y territorios que colindan con sus naciones, en consecuencia se suspenderán las contratas que no hayan tenido cumplimiento y sean opuestos a esta ley”.<sup>70</sup>

Tal legislación alarmó a los colonos, por lo que Austin viajó en 1833 a la ciudad de México, en busca de un arreglo. Se encontró al llegar con que Bustamante había sido sustituido por Santa Anna. El vicepresidente era Valentín Gómez Farías. Al no recibir solución satisfactoria, el 2 de octubre escribió impaciente al ayuntamiento de San Antonio de Béjar para que organizara un gobierno local, independiente de Coahuila, pues (según anotó en su carta) “la suerte de Texas depende de sí misma y no de este gobierno”.<sup>71</sup> Aunque el susodicho artículo se derogó finalmente el 21 de noviembre, la misiva, que fue descubierta, provocó que se le encarcelara a principios de enero de 1834.

Por el arresto de Austin, Gómez Farías temió que los colonos

---

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 63-67.

<sup>70</sup> “Ley de colonización promulgada el 6 de abril de 1830” en *ibidem*, p. 71-72.

<sup>71</sup> Austin al ayuntamiento de Béjar, México, 2 de octubre de 1833 en *ibidem*, p. 82.



reaccionaran con violencia. Decidió entonces que el coronel Juan Nepomuceno Almonte viajara a ese territorio para calmar los ánimos.<sup>72</sup> Se designó a éste director general de la colonización en Texas,<sup>73</sup> y también comisionado para la demarcación de límites entre México y los Estados Unidos.<sup>74</sup> En instrucciones del 17 de enero, se le indicó informar a la población de aquel lugar que los conflictos civiles y la proliferación de una epidemia de cólera habían impedido la resolución de sus problemas; que, a pesar de la detención de Austin, su caso se hallaba en revisión; y respecto al deseo de erigirse en estado separado de Coahuila, que sería necesario realizar un censo, para comprobar si el número de pobladores era el adecuado y esto tomaría mucho tiempo.<sup>75</sup>

El viaje de Almonte tenía otro objetivo muy importante, ya que recibió órdenes confidenciales de enviar en secreto noticias sobre la probabilidad de independencia de Texas, es decir, informar, entre otros, sobre la posición política dominante entre los colonos; quiénes eran los líderes; si recibían ayuda del exterior, en particular de grupos estadounidenses; si tenían armas, de qué tipo y en qué cantidad. Debía también estudiar los puntos estratégicos y buscar un eventual apoyo por parte de los esclavos y los indios.<sup>76</sup>

Las inquietudes del gobierno mexicano no eran infundadas. La diplomacia de Washington en México no cesaba de manifestar abiertamente el

---

<sup>72</sup> Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, México frente a Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 46.

<sup>73</sup> Vito Alessio Robles, Bibliografía de Coahuila, histórica y geográfica, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1927, p. 308.

<sup>74</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 71.

<sup>75</sup> Moisés González Navarro, Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, México, El Colegio de México, 1993, 2 tomos, tomo 1, p. 140.

<sup>76</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., p. 60.

deseo de adquirir Texas; a ese territorio había llegado, y continuaba llegando, mucha inmigración ilegal; las autoridades mexicanas lo habían manifestado reiteradas veces. De tal modo, la misión de Juan Nepomuceno Almonte se inició a fines de febrero de 1834, cuando viajó de México a Veracruz, en donde se embarcó rumbo a Nueva Orleáns, puerto del que a su vez partió para Natchitoches a fines de marzo.<sup>77</sup> Por la importancia de su tarea, recibió todas las facilidades. Otro militar, el también coronel José María Noriega, le auxilió desde Monclova, mientras que nuestro personaje recibía una clave para la correspondencia reservada con el ministro de Relaciones Exteriores, y tenía estrecho contacto con el encargado de negocios de México en los Estados Unidos, los cónsules en Nueva Orleáns y Natchitoches, el comandante militar de las Provincias Internas de Oriente y el gobernador de Coahuila y Texas.<sup>78</sup>

De Natchitoches, nuestro personaje se dirigió a Nacogdoches, y de ahí siguió a San Felipe de Austin. El recibimiento que tuvo en estas poblaciones le hizo suponer, al principio, que no había peligro inmediato. Su labor conciliadora y la proliferación del cólera evitaron una reacción armada por el encarcelamiento de Austin. Continuó hacia González, y luego a San Antonio de Béjar; allí, además de percatarse de la riqueza de recursos, advirtió, luego de observaciones más detenidas, que la probabilidad de la independencia era muy grande. Así lo expresó en diversas ocasiones a su gobierno y aun sugirió algunas medidas para remediar las cosas.<sup>79</sup>

Almonte pudo darse cuenta de que los Estados Unidos provocaban la

---

<sup>77</sup> *Ibidem*, apéndice I, p. 5.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>79</sup> Vito Alessio Robles, *op. cit.*, p. 309.

inestabilidad local a través del segundo de sus representantes en México, Anthony Butler.<sup>80</sup> Al respecto, el 22 de julio, escribió a sus superiores: “Habían llegado a mi noticias de que el señor Butler, de algunos meses a esta parte, tomaba indirectamente un empeño particular en alarmar a los colonos de Texas para que se sublevaran contra el supremo gobierno [...] y no cabe duda de que [...], tal vez con instrucciones secretas, ha estado tratando de promover un trastorno en estas colonias”.<sup>81</sup> Atribuyó también a este diplomático algunas cartas subversivas que proponían detenerlo a él para canjearlo por Austin.<sup>82</sup>

En otra carta, que envió en septiembre al gobernador de Coahuila, Juan José de Elguezabal, manifestó claramente sus preocupaciones:

Este estado que al presente carece de recursos, sin embargo de que puede abundar en ellos, deja que otros especulen y se enriquezcan con el valor de sus fertilísimas tierras. Es preciso para juzgar de las riquezas de Texas haber atravesado en varias direcciones su inmenso territorio examinando la importancia de sus ríos, puertos, maderas, etc. No es extraño pues que los especuladores de los Estados

---

<sup>80</sup> Butler sucedió a Poinsett cuando éste fue expulsado por Vicente Guerrero. Llegó en enero de 1830. Tras su arribo, impulsó con tal vehemencia la adquisición de Texas para su país, que en varias ocasiones traspuso el límite diplomático, tensando las relaciones bilaterales. En 1834 viajó a su país y al volver a México, pasó por Texas y asistió a una asamblea de representantes anglo-texanos rebeldes; por ésta, y otras causas, como la acusación del mismo Almonte de fomentar la subversión entre colonos de aquel territorio, el gobierno interino de Miguel Barragán pidió su retiro, el cual se realizó en enero de 1836. Carlos Bosch García, “Anthony W. Buttler” en Ana Rosa Suárez Arguello (coordinadora), En el nombre del destino manifiesto. Guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México, México, Instituto Mora-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, p. 28, y Ángela Moyano Pahissa, La pérdida de Texas, México, Planeta, 1991, p. 83.

<sup>81</sup> Almonte a secretario de Relaciones, San Antonio de Béjar, 22 de julio de 1834 en Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., p. 62.

<sup>82</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., p. 63.

Unidos del Norte hayan dedicado su atención a un país donde pueden hacer fácilmente su fortuna disponiendo de inmensas tierras, es tiempo de que el gobierno se ocupe seriamente de remediar los males del pasado.<sup>83</sup>

La ambición norteamericana no guardaba recato. Algunos nuevos colonos podían ser incluso considerados agentes desestabilizadores, como Samuel Houston, quien había sido gobernador de Tennessee, era amigo personal del presidente Andrew Jackson y, a pesar de haber llegado a Texas después de 1831, era muy activo dirigiendo a sus paisanos en su inconformidad contra el gobierno mexicano.<sup>84</sup> La ambición de los colonos y, sobre todo, de sus líderes, resultaba evidente y así lo hizo saber Almonte a su gobierno: “es importante (escribió) que se atienda por el Estado a los indios cherokees, serranos, chactas, éstos tenían más de siete años establecidos con sus familias en Nacogdoches, tenían sus siembras y han sido frecuentemente arrojados por los colonos”.<sup>85</sup>

Convencido del peligro, nuestro enviado sugirió al gobierno de Coahuila que creara comisiones para trabajar sobre los asuntos de Texas, destacándose una para revisar los contratos otorgados a empresarios norteamericanos y ver si éstos se habían cumplido cabalmente.<sup>86</sup> Tal vez pretendía proponer la caducidad de las concesiones o introducir modificaciones, pero la alternativa

---

<sup>83</sup> Almonte a Juan José de Elguezabal, Monclova, 23 de septiembre de 1834 en Pablo Herrera Carrillo, Las siete guerras por Texas, México, Academia Literaria, 1959, p. 109.

<sup>84</sup> Josefina Zoraida Vázquez, México y el expansionismo..., p. 81.

<sup>85</sup> Almonte a Juan José de Elguezabal, Monclova, 23 de septiembre de 1834 en Pablo Herrera Carrillo, op. cit., p. 110.

<sup>86</sup> Ibidem, p. 111.

no fue apoyada por los legisladores de ese estado.

Almonte continuó su recorrido. De Béjar fue a Río Grande, luego a Monclova, Monterrey y al final Saltillo. De los nueve meses que duró el viaje, seis los ocupó en traslados. Con gran probabilidad, se trató del primer desencuentro entre su pensamiento político y la codicia de territorio por parte de los Estados Unidos. Aunque, desde luego, esto no era, ni remotamente, una ruptura con la ideología republicana, sí llama la atención su sugerencia de que Butler tenía instrucciones secretas; que en la carta al gobernador hiciera una acusación específica contra los especuladores del país del norte; que quisiera revisar si los empresarios habían cumplido sus contratos y propusiera que el gobierno “se ocupe seriamente de remediar los males del pasado”.<sup>87</sup>

De regreso en México, nuestro biografiado entregó al ministro de Relaciones, Francisco María Lombardo, un escrito confidencial (hoy conocido como el “informe secreto”) el 25 de noviembre de 1834. Allí plasmó de manera pormenorizada datos estratégicos de Texas, se apoyó en gráficas, mapas y cuadros, habló sobre la efervescencia social y advirtió al gobierno que debía solucionar cuanto antes la situación de ese territorio. Como su viaje fue muy comentado, el informe se publicó al año siguiente con el título de *Noticia estadística de Texas*, aunque para su edición se suprimió lo confidencial y sólo quedó lo relativo a la población, el clima, los bosques, los ríos, etcétera.<sup>88</sup>

Mientras, en México la presidencia cambiaba nuevamente de titular. En enero de 1835, Santa Anna, quien ya había preparado el terreno para suprimir

---

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>88</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 61.

el federalismo, dejó a Miguel Barragán como presidente interino. Éste se encargó de sentar las bases de una república centralista, cuyos primeros lineamientos fueron promulgados a fines de año. Por entonces, Almonte ingresó como miembro del Instituto de Geografía y Estadística de la república.<sup>89</sup> La pertenencia a agrupaciones científicas y sociales lo caracterizó a lo largo de su vida, siendo incluso fundador de algunas de ellas.<sup>90</sup>

En Texas, y a pesar de las advertencias que se hacían al gobierno mexicano, el movimiento separatista se aproximaba a su consumación: al declararse la república central, los secesionistas se proclamaron en rebeldía y, como medida de cautela, a favor de la Constitución de 1824. Santa Anna decidió encabezar un ejército que marchara a apaciguar a los sublevados, temiendo, desde luego, que el movimiento se convirtiese en una lucha a favor de la independencia.<sup>91</sup>

Los recursos del gobierno eran muy pocos, así que el entonces conocido como héroe de Tampico echó mano de su ingenio para reunir a unos 6 000 hombres. Mal armados, peor equipados, muchos de ellos sin entrenamiento y sin haber participado en batalla alguna, el ejército que formaron se dispuso a marchar hacia el norte. El amplio conocimiento de Texas que Almonte había

---

<sup>89</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 71.

<sup>90</sup> Entre otras, de la Sociedad de Geografía y Estadística y la Sociedad de Mejoras Materiales y Morales (Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura, 1853-1855*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 266-267). Encabezó la lista de fundadores de “El Ateneo”, creado para propagar “conocimientos útiles para la clase menesterosa” (José María Bocanegra, *Memorias para la historia del México independiente*, México, Comisión Nacional para la Celebración del 175 Aniversario de la Independencia Nacional, 1985, 3 tomos, tomo 2, p. 802). Fue socio y profesor en un colegio lancasteriano (Vicente Quirarte, prólogo en Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros...*, p. XIV). También perteneció a la Sociedad de Geografía de Baltimore y a la Sociedad de Historia de Nueva York. Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p.21.

<sup>91</sup> Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 125.

adquirido en su viaje reciente sería sin duda muy útil, por lo cual en el mismo mes en que se promulgaron las Bases Orgánicas de la república central, y en que se rebelaron los texanos, esto es, en diciembre de 1835, él decidió vestir el traje militar y participar en la guerra.<sup>92</sup>

La carencia de recursos detuvo la campaña en Saltillo por unas semanas. Sin embargo, el 1º de febrero de 1836, las tropas volvieron a marchar rumbo a San Antonio de Béjar. Desde el principio, nuestro personaje colaboró de manera estrecha con el general en jefe, quien, probablemente por su consejo, decidió ingresar al territorio en rebeldía por Río Grande y no por Laredo, pues el primer punto está unos 23 kilómetros más próximo a Béjar que el segundo.<sup>93</sup>

Después de forzar el paso, el ejército mexicano arribó a San Antonio el 24 de febrero, encontrándose con que esta población había sido ocupada ya por una avanzada. Como un grupo de rebeldes resistía en la antigua misión del Álamo, en las afueras, los recién llegados sitiaron el lugar. En tanto, una convención reunida en Nuevo Washington, localidad junto al río Brazos, declaraba a Texas independiente de México el 2 de marzo de 1836. Frente al Álamo, el coronel Almonte trató de negociar la rendición del fuerte sin conseguir nada.<sup>94</sup> La altanería de los sublevados y la impaciencia de Santa Anna llevaron a pensar en el ataque y, aunque algunos oficiales como Martín Perfecto de Cos y Manuel Fernández Castrillón propusieron esperar el arribo de un cañón de doce pulgadas para abrir una brecha, él, junto con el general

---

<sup>92</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 191.

<sup>93</sup> José C. Valadés, *México, Santa Anna y la guerra de Texas*, México, Diana, 1979, p. 164.

<sup>94</sup> *Ibidem*, p. 170.

Joaquín Ramírez y Sesma, recomendó iniciar la batalla de inmediato.<sup>95</sup> De ahí que el 5 de marzo comenzara un asalto que culminó en 24 horas con el triunfo mexicano, pero con grandes costos humanos para sitiados y sitiadores. Se ejecutó a todos los vencidos, pues se les declaró piratas.<sup>96</sup> Luego de la acción bélica, Almonte fue ascendido a mayor general de división de vanguardia.<sup>97</sup>

Santa Anna marchó después a Harrisburg y Galveston. Las ejecuciones de Béjar y algunas similares en otras plazas infundieron temor entre los insurrectos, por lo cual su resistencia decayó y los hombres al mando de Samuel Houston, el principal grupo insurgente, huyeron del ejército mexicano; como en el Álamo, se trataba, en su mayoría, de “voluntarios” estadounidenses, no de colonos. Su derrota parecía inminente, mas la imprevisión de los mexicanos los salvó.<sup>98</sup>

El 21 de marzo, cuando seguía al enemigo, el ejército de Santa Anna, agotado por la persecución, decidió tomar un descanso en la orilla del río San Jacinto, como preámbulo para el ataque definitivo. Su número casi duplicaba al enemigo, pero acaso por el agotamiento y la excesiva confianza no se tomaron las medidas de precaución pertinentes. Sigilosamente, las tropas de Houston cayeron sobre ellos, primero eliminaron a los centinelas y se lanzaron después contra las tropas, las cuales, en plena siesta, fueron abatidas con facilidad. En

---

<sup>95</sup> José Enrique de la Peña, With Santa Anna in Texas, a personal narrative of the revolution, Texas, Texas A and M University press, 1999, p. 43.

<sup>96</sup> Debido a la llegada a Texas de milicias estadounidenses con el objeto de apoyar la causa independentista, el gobierno mexicano había decretado, en diciembre de 1835, que todo aquel extranjero armado que se hallara dentro del territorio nacional, sería declarado pirata. Dicho decreto fue ampliamente difundido en el extranjero. Josefina Zoraida Vázquez, México y el expansionismo..., p. 78-79.

<sup>97</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 71.

<sup>98</sup> José C. Valadés, op. cit., p.202-203.



medio de la confusión, Almonte logró organizar a un grupo que ofreció una última pero inútil resistencia.<sup>99</sup> El ánimo contra los derrotados estaba exacerbado por las ejecuciones recientes: unos 500 hombres, mexicanos en esta ocasión, corrían el peligro de tener una suerte similar, pero el conocimiento del inglés y la hábil oratoria del recién nombrado mayor general aplacaron la ira de los vencedores, evitando así el sacrificio de sus connacionales.<sup>100</sup>

A pesar de que Santa Anna logró huir de la refriega, su fuga no lo llevó muy lejos y pronto fue capturado. También por el conocimiento del idioma le tocó a Almonte presentarlo a Houston.<sup>101</sup> El héroe de Tampico y el hijo de Morelos compartieron entonces el encierro, el hambre y los juegos de damas en la prisión de Columbia. El odio de los texanos era extremado y en varias ocasiones hubo atentados en su contra. Debido a la denuncia de otro prisionero, en el sentido de que ambos pretendían escapar, el día 18 de agosto fueron encadenados de los pies y se les obligó a llevar grilletes poco más de 40 días. Sus tobillos terminaron sangrando y supurando.<sup>102</sup>

Más tarde los trasladaron a la población de Velasco, donde Santa Anna se prestó a firmar dos tratados, uno público en el que reconoció la independencia de Texas, y otro secreto, en el que, además, se comprometió a impulsar dicha independencia en las cámaras legislativas de México, todo lo cual le causaría un enorme desprestigio durante los años siguientes. El gobierno mexicano declaró que no reconocería ningún arreglo hecho por su

---

<sup>99</sup> José Fuentes Mares, Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante, México, Jus, 1967, p. 89, y José C. Valadés, op. cit., p. 203.

<sup>100</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 21.

<sup>101</sup> José C. Valadés, op. cit., p. 205.

<sup>102</sup> José María Bocanegra, op. cit., tomo 2, p. 654.

presidente mientras estuviera en cautiverio. Después de siete meses de prisión, el 23 de noviembre, el general veracruzano fue liberado con su compañero gracias a la recomendación del presidente Andrew Jackson. Los dos partieron hacia Washington el día 26; de ahí, luego de entrevistarse con el mandatario norteamericano, volvieron a su país.<sup>103</sup>

Mientras se desarrollaba y se perdía aquella campaña, en México la Constitución de 1824 había sido sustituida. La nueva Carta Magna, llamada las Siete Leyes Constitucionales, dio formalmente al país el régimen de república centralista que había adoptado meses antes y creó, además de los tres poderes tradicionales del Estado (Ejecutivo, Legislativo y Judicial), un cuarto poder, cuyo fin era regular a los otros tres: el Supremo Poder Conservador.

Terminaba así, para la nación, una etapa de su historia, muy amarga, pero que no representaba sino el principio del capítulo de la guerra con los Estados Unidos. Si bien podemos ubicar una primera crisis en las ideas políticas de Almonte durante su viaje de observación a Texas en 1834, el conflicto armado pudo provocarle una inquietud aún más profunda pues, en las acciones bélicas, la injerencia estadounidense evidenciaba que su ambición representaba un enorme peligro para el naciente país.

---

<sup>103</sup> Ibidem, p. 655.

## **B) ANEXION: MOTIVO DE GUERRA.**

De vuelta en México, Almonte ocupó por lo pronto su tiempo en actividades diversas. En 1837, el editor Juan Navarro le publicó una obra titulada *Catecismo de geografía universal para el uso de los establecimientos de instrucción pública en México*. La dedicatoria, dirigida a su hermana Guadalupe Almonte de Quezada, tiene la fecha del 1º de octubre, y su difusión fue tan amplia que se utilizó como libro de texto en distintos colegios.<sup>104</sup> En sus páginas hay una anotación interesante para nuestro tema, pues el autor no descarta a la monarquía como régimen gubernativo: en el capítulo tercero, titulado “de los Estados y gobiernos”, establece que hay varios tipos de ellos, agrupados en dos sistemas generales: la república y la monarquía. Y a la pregunta: “¿Cuál de las formas referidas es la mejor?”, responde que “todas ellas son buenas si se consigue el fin de la sociedad civil que es la seguridad y la tranquilidad”.<sup>105</sup> Recordemos que el autor había vivido en los Estados Unidos, Francia e Inglaterra y conocía sus administraciones. Ahora bien, por interesante que el dato parezca, ni de lejos es una declaración de filiación política.

El interés de Almonte por la educación y la docencia lo manifestaría en varias ocasiones y, si en 1837 publicó un libro que se convirtió en texto escolar, al año siguiente auxilió los trabajos de la junta directiva de la escuela normal del ejército.<sup>106</sup>

---

<sup>104</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 88.

<sup>105</sup> Juan Nepomuceno Almonte, *Catecismo de geografía universal para el uso de los establecimientos de instrucción pública en México*, México, Juan Navarro, 1849, p. 38.

<sup>106</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 21.

En ese momento, la presidencia de la república la ejercía, por segunda ocasión, el general Anastasio Bustamante. Nuestro personaje fue designado secretario y, posteriormente, encargado de negocios de la legación en Londres,<sup>107</sup> por lo cual partió antes de finalizar el año hacia el Viejo Mundo. Su estancia en el país europeo se prolongó nada más hasta julio de 1838 cuando, a raíz de la llamada guerra de los pasteles, él mismo solicitó al ministro de Relaciones su retorno a México en los siguientes términos:

Exmo. Sor. (sic), cuando a principios de abril del año próximo pasado, solicité del supremo gobierno y obtuve mi retiro del servicio militar, estaba muy distante de creer que la paz de México con las potencias extranjeras, y notablemente con la Francia, llegase a alterarse tan repentinamente. Mas como por desgracia ha sucedido lo que yo no esperaba y hoy se ve amenazada la integridad de la república por aquella nación, para cumplir con los deberes sagrados que me imponen la patria y mi calidad de militar, ruego a V. E. se sirva suplicar en mi nombre a S. E. el general presidente, disponga de mis servicios dándome de alta en el ejército y destinando para que se encargue de esta legación a una persona de su confianza.<sup>108</sup>

El conflicto, originado en las excesivas reclamaciones de los franceses residentes en México, entre ellos un pastelero cuya tienda había sido saqueada,

---

<sup>107</sup> Ibidem, p. 71

<sup>108</sup> Almonte a ministro de Relaciones Exteriores, Londres, 2 de julio de 1838 en Expediente Personal de Almonte en el AHSREM, legajo H/131"834"/136, primera parte, foja 170.

fue llevado al ámbito bélico. Después de algunos combates, entre otras consecuencias se negoció el pago de 600 mil pesos para los demandantes, dando fin así a la contienda. El general Santa Anna tuvo entonces la oportunidad de restaurar su flagelada popularidad al presentarse a combatir en las calles del puerto de Veracruz, lo cual le costó la pérdida de una pierna durante la batalla. Por su parte, la brevedad de la guerra impidió la participación de Almonte, quien acabó por reincorporarse a la junta directiva de la escuela normal del ejército.<sup>109</sup>

El presidente Bustamante le dio una nueva comisión diplomática en junio de 1839; saldría para Bélgica como ministro plenipotenciario. Sin embargo, no tomó el puesto,<sup>110</sup> y dos meses después, el 9 de agosto, se le designó ministro de Guerra y Marina.<sup>111</sup> Llegaría a esta cartera en varias ocasiones. Dos años con dos meses fue su duración y en su transcurso contrajo nupcias con la señorita Dolores Quezada,<sup>112</sup> quien a decir de Guillermo Prieto era una “joven sentimental y bella, de un color apiñonado delicioso y dechado de virtudes domésticas”.<sup>113</sup> Como ministro, y debido a que la cuestión de Texas había tensado las relaciones entre México y los Estados Unidos, organizó guardias nacionales con el objetivo de repeler una probable agresión procedente del norte, ya que los barcos del país vecino navegaban muy

---

<sup>109</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 71.

<sup>110</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 192.

<sup>111</sup> José María Bocanegra, *op. cit.*, tomo 2, p. 825.

<sup>112</sup> El dato de la fecha de su matrimonio también es impreciso pues se manejan hasta tres diferentes: Javier Rodríguez Piña anota que fue en 1839 (*op. cit.*, p. 192), Celia Gutiérrez Ibarra que fue en 1840 (*op. cit.*, apéndice II, p. 65), y Martha Ordaz que sucedió en 1841 (*op. cit.*, p. 72).

<sup>113</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Patria, 1958, p. 283.

próximos a las costas de Veracruz.<sup>114</sup> Asimismo, ese mismo año, formó una Comisión de Estadística Militar,<sup>115</sup> la cual, al parecer, junto con el Instituto de Geografía y Estadística dieron origen a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, manifestando así de nuevo su afición por las tareas científicas.<sup>116</sup>

En el año de 1840 obtuvo por segunda vez el grado de general de brigada, mismo que había recibido durante la lucha de independencia, pero que posteriormente no se le reconoció.<sup>117</sup> El ministro español en México, Ángel Calderón de la Barca, atribuyendo por error la paternidad de Almonte a Miguel Hidalgo y Costilla, declaró a su gobierno el 22 de enero que le faltaba a aquél un rasgo de su supuesto padre, pues no odiaba a los españoles, sino que, por el contrario, en repetidas ocasiones le había insinuado la conveniencia de que soldados carlistas ayudaran a México a combatir la irrupción de angloamericanos en Texas.<sup>118</sup> Con esta opinión coincidía Guadalupe Victoria, y aunque Calderón de la Barca les explicó que no era posible, la propuesta llama la atención si se piensa que el encono hacia los españoles continuaba vigente en algunos sectores sociales y la llegada de tales militares podría malinterpretarse. ¿Acaso el general michoacano veía la situación tan grave que trataba de echar mano de cualquier recurso a su alcance para recuperar Texas? Esto resulta probable, ya que, como se mencionó, consideraba aquel territorio como una provincia en rebeldía y, por tanto, hubo de dedicar una buena parte de su labor a tratar de recuperarla. De ahí que se ocupara en elaborar un plan de

---

<sup>114</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 65.

<sup>115</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 21.

<sup>116</sup> *Idem.*

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 72 y *Vid. supra*, p. 20.

<sup>118</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 208.

reconquista, si bien las inquietudes en otros ámbitos acabaron por distraer su atención.

En efecto, José Urrea, un militar simpatizante del federalismo, que se hallaba preso por conspirar contra Bustamante, fue liberado el 15 de julio por un batallón insurrecto para encabezar un movimiento rebelde. Valentín Gómez Farías se unió a los pronunciados, quienes tomaron el Palacio Nacional e hicieron prisionero al presidente. Almonte, como ministro de Guerra, convocó a las fuerzas leales y las reunió en La Ciudadela, poniéndolas al mando del general Gabriel Valencia.<sup>119</sup> Luego de enviar misivas para impedir el derramamiento de sangre y de la negativa de los conspiradores a colaborar, se intercambiaron balas de metralla y de cañón. Que entre los puntos afectados estuviera parte de la zona más poblada de la capital no lo impidió, pero los rebeldes sólo soportaron trece días, y se entregaron el 28 de julio.<sup>120</sup> Anastasio Bustamante conservó el Poder Ejecutivo.

Después de la rendición, y en parte causado por este movimiento sedicioso, José María Gutiérrez de Estrada, miembro de una rica familia de Campeche y ex ministro de Estado, dirigió una carta al presidente respecto a “la necesidad de buscar en una convención el posible remedio a los males que aquejan a la república”, de fecha 25 de agosto, en la cual pidió abiertamente el retorno a la monarquía con un príncipe extranjero.<sup>121</sup> Esto desencadenó un

---

<sup>119</sup> Michael P. Costeloe, La república central en México. “hombres de bien” en la época de Santa Anna, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 210.

<sup>120</sup> José María Bocanegra, op. cit., v. 2, p. 827-833.

<sup>121</sup> José María Gutiérrez de Estrada, Carta dirigida al ecsmo. (sic) Sr. Presidente de la república sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la república: y opiniones del autor acerca del mismo asunto, México, Ignacio Cumplido, 1840, p. 29.

enorme descontento en su contra: “hubo folletos con grandes protestas de fidelidad a la república y de odio a los monarcas, distinguiéndose los generales Valencia y Almonte”.<sup>122</sup>

Nuestro personaje anotó en su escrito, refiriéndose a la independencia: “de cuyo precioso bien quedaríamos privados si, lo que es imposible, llegase a tener efecto el antinacional programa de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero, que para sostenerse necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos”.<sup>123</sup> Hizo ver, además, la terrible suerte corrida por Iturbide en su intento imperial, a pesar de sus servicios a la patria, y advirtió que, a cualquier otro, le iría seguramente peor. Desde el ministerio de Guerra, propuso poner al autor de la carta “a disposición del juez a quien compete conocer el delito y aplicarle la pena que designan las leyes”.<sup>124</sup> Es sabido que a Gutiérrez de Estrada no le quedó otro remedio que salir del país.

Ahora bien, la preocupación por Texas continuaba. De ahí que, hacia fines de ese año de 1840, Almonte autorizara al general Mariano Arista, encargado de la guarnición militar en Tampico, a permitir la importación de gran cantidad de hilazas por ese puerto, con el pretexto de que los aranceles se destinarían a una campaña para marchar al norte a recuperar el territorio

---

<sup>122</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, México desde 1808 hasta 1867, México, Porrúa, 1994, (“Sepan cuántos...” 82), p. 377.

<sup>123</sup> Almonte al jefe de la plana mayor del ejército, general Gabriel Valencia, México, 22 de octubre de 1840 en Manuel Rivera Cambas, Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo, México, Academia literaria, 1962, 5 tomos, tomo 2-A, p. 95.

<sup>124</sup> Idem.



perdido.<sup>125</sup> Al mismo tiempo, fomentó mejoras a la instrucción pública, pues el 11 de diciembre encabezó una lista de 65 individuos que se dirigieron al gobierno departamental de México solicitando autorización y apoyos para establecer una asociación de amigos, con el nombre de “Ateneo”, cuyo objeto era, según escribieron en un oficio, “la propagación de conocimientos útiles para la clase menesterosa y menos instruida”.<sup>126</sup>

La propuesta avanzó positivamente y, el 17 de enero de 1841, se verificó la instalación pública del “Ateneo”. El proyecto de importación de hilazas no caminó tan bien; como perjudicaba a la naciente industria nacional, hubo inconformidad y muchas protestas, entre otros, de Lucas Alamán, Santa Anna, el ex presidente José Justo Corro y Juan Álvarez. El Senado mismo abrió juicio contra su promotor y aunque éste fue absuelto, el Supremo Poder Conservador declaró que su plan había violado la Constitución.<sup>127</sup> No hubo efectos legales de relevancia, pero sí una campaña de desprestigio en los diarios. El deseo de recuperar el otrora territorio mexicano daba un nuevo disgusto al general michoacano, lo cual no melló su ánimo, sólo modificó su estrategia.

Fue así que, en el mes de marzo, don Juan Nepomuceno solicitó al secretario de Relaciones que el cónsul en Nueva Orleans, Francisco de Paula y Arrangoiz, tratara de evitar la inmigración a Texas e informase sobre varios puntos importantes: cuál era la fuerza armada de la rebelde provincia, quiénes

---

<sup>125</sup> Michael P. Costeloe, La república central..., p. 214.

<sup>126</sup> Juan Nepomuceno Almonte, Luis G. Cuevas, Ángel Calderón de la Barca et. al. a Miguel Valentín, gobernador del departamento [de México], México, 11 de diciembre de 1840 en José María Bocanegra, op. cit., tomo 2, p. 802.

<sup>127</sup> Michael P. Costeloe, La república central..., p. 215.

sus principales jefes, cuál su pericia, qué calidad tenía su tropa, el armamento que usaba, la cantidad y calidad de su pólvora, los puntos que estaban cubiertos, de ser posible qué plan de defensa y ataque había, sí tenían buques, su eslora, porte, guarnición y víveres, todo para conocer las fuerzas de mar y tierra que el ejército mexicano debía destruir o reducir al orden.<sup>128</sup> El mismo Almonte se ofreció a organizar y dirigir un grupo militar que marchara rumbo al norte.<sup>129</sup> Lo anterior deja claro cuánto le preocupaba el asunto texano. Sin embargo, la falta de recursos y la inestabilidad política le impidieron llevar a cabo su deseo, teniendo en cambio que enfrentar una nueva rebelión.

Ni Anastasio Bustamante ni la Constitución centralista habían logrado resolver los males de la nación. Santa Anna aprovechó el descontento y, desde Veracruz, envió cartas animando a una nueva revuelta. Se escribió con Mariano Paredes y Arrillaga, general a cargo del destacamento militar en Guadalajara, quien en los primeros días de agosto de 1841 se pronunció contra el presidente. El 24, don Antonio se dirigió a don Juan Nepomuceno y le manifestó que renunciaba a toda relación con la administración de Bustamante, criticó las Siete Leyes, atribuyéndoles muchos de los problemas del país, declaró inadecuadas las medidas tributarias y aseveró que “el gobierno había perdido toda autoridad”.<sup>130</sup> También hizo público su deseo de ser mediador entre Paredes y el presidente. Lo último no se aceptó y, en cambio, se mandó un batallón a Perote, para tener un cuerpo militar cerca del inquieto veracruzano, pero éste se les adelantó y, en esa población, el 27 se pronunció

---

<sup>128</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 192.

<sup>129</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 34.

<sup>130</sup> Santa Anna a Almonte, Perote, 24 de agosto de 1841 en Michael P. Costeloe, *La república central...*, p. 227.

en rebeldía. El mismo día escribió a su ex compañero de prisión, culpando al gobierno del levantamiento.<sup>131</sup>

El general Valencia, que el año anterior había ayudado a salvar la presidencia de don Anastasio, no declinó el ofrecimiento que esta vez le hizo Santa Anna y se unió a él y a Paredes, así que parte del ejército en la ciudad de México también se levantó y, a pesar de que Almonte, con un discurso ante la Cámara de Diputados, consiguió un buen apoyo para el Ejecutivo,<sup>132</sup> no se pudo evitar la marcha de los sublevados hacia la capital.<sup>133</sup>

Bustamante dejó el 22 de septiembre la presidencia, de manera interina, a Francisco Javier Echeverría, para encabezar la resistencia a las columnas rebeldes que se acercaban por Puebla, pero éstas dieron un rodeo y se establecieron en Tacubaya. El 26, nuestro ministro de Guerra se entrevistó ahí con Santa Anna, en pos de una solución política, pero fracasó. Dos días después, el jefe rebelde le envió su plan de acción: las Bases de Tacubaya, donde proponía suprimir todos los poderes creados por la constitución en vigor, excepto el Judicial, y convocar a dos representantes por departamento, designados por él mismo, para elegir otro Congreso que promulgara una nueva Carta Magna.<sup>134</sup>

La rebelión se hizo incontenible. En un intento desesperado, Bustamante se tornó federalista, pretendió reinstalar la Constitución de 1824 y puso al frente del Ejecutivo al general Melchor Múzquiz, cabeza del Supremo Poder

---

<sup>131</sup> Santa Anna a Almonte, Perote, 27 de agosto de 1841 en *ibidem*, p. 228.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 229.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 231-234.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 232.

Conservador, pero fue en vano. Por su parte, Almonte, suponiendo acaso que Santa Anna buscaba un gobierno dictatorial, convocó a una reunión de federalistas, la cual se verificó el 1º de octubre en un sitio llamado el Colegio del Seminario, con cerca de 200 participantes. Allí se rechazaron las Bases de Tacubaya y se restauró la Constitución federal.<sup>135</sup> La falta de acuerdo entre los combatientes reanudó la lucha suspendida por algunos días, pero la balanza se inclinó a favor de los insurrectos. El presidente reconoció su derrota el día 6 y renunció. La primera magistratura no duró mucho tiempo vacante, siendo desde luego ocupada por Santa Anna. El 10, Almonte dejó entonces el gabinete.<sup>136</sup>

El castigo para los vencidos fue el destierro, mas el general michoacano se negó a salir expatriado, por lo cual la nueva presidencia lo retiró de la vida pública y sugirió que se estableciera en Tehuacán, Puebla. Se le confinó en la ciudad y el cuartel del lugar, donde permaneció algunos meses.<sup>137</sup>

Del apoyo a la extinta administración se desprende que, si bien la república central, más conservadora que federalista, no provocó en Almonte aversión alguna (pues incluso en dos ocasiones la defendió con las armas), tampoco llegaba al punto de mirar con buenos ojos la proclamación de una monarquía con un príncipe extranjero, como lo prueba su estridente rechazo a la carta de Gutiérrez de Estrada. Incluso, al final de esta etapa, manifestó su adhesión al federalismo.

---

<sup>135</sup> Ibidem, p. 233.

<sup>136</sup> José María Bocanegra, op. cit., tomo 2, p. 826.

<sup>137</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 22 y Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 192.

Mientras tanto, al norte del río Bravo, la situación se complicaba cada vez más. Los texanos, con una beligerancia ascendente, deseaban aliarse con la península de Yucatán (declarada independiente de México desde 1837), para bloquear los puertos mexicanos del golfo. Asimismo, ya reconocidos como país por los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, buscaban la incorporación al vecino del norte. Santa Anna consideró a la sazón que Almonte podría ser de gran auxilio por su conocimiento de la situación, su deseo ferviente de recuperar la rebelde provincia para México y su experiencia diplomática. De modo que decidió enviarlo a Washington para que tratara de impedir la anexión;<sup>138</sup> así conseguía, además, alejarlo del país y eliminar a un posible detractor de su régimen.

El confinamiento de nuestro personaje terminó de esa manera, Por lo pronto, se trasladó a la ciudad de Puebla, donde el 9 de febrero de 1842 recibió oficialmente el nombramiento de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México cerca del gobierno de los Estados Unidos.<sup>139</sup> Entretanto, el 10 de junio se instaló un nuevo Congreso constituyente, que posteriormente incomodaría a Santa Anna por sus preferencias federalistas pues aquel ya mostraba tendencia a gobernar de forma dictatorial. Los preparativos para el viaje de nuestro biografiado tardaron varios meses: en julio, obtuvo 10 000 pesos como sueldo adelantado por un año,<sup>140</sup> y el 13 de agosto le llegaron por fin las cartas credenciales, con lo cual pudo emprender la marcha a Washington. Le acompañaron, como agregados, Francisco Chavero,

---

<sup>138</sup> Antonio de la Peña y Reyes, El tratado Mon-Almonte, México, Porrúa, 1971, p. II.

<sup>139</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 27.

<sup>140</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 193.

José María González de la Vega y Antonio Almonte.<sup>141</sup>

Una vez en aquella legación, el nuevo ministro trabajó intensamente, pues el gobierno del que era huésped trataba con mucho afán de integrar a Texas en su federación y, yendo aún más lejos, resultaba evidente su deseo de apropiarse de más territorio mexicano. De tal modo, el comodoro estadounidense Thomas C. Jones, ocupó por error el puerto de Monterey en California en octubre de 1842 al enterarse, por algún diario, que México había cedido ese territorio a Inglaterra, pero al darse cuenta de que la noticia era falsa, arrió su bandera y evacuó la plaza. Almonte hizo airadas protestas; por ejemplo, en un comunicado de fecha 7 de febrero de 1843, solicitó que se destituyera al responsable de la ocupación y se le aplicase un castigo, además de exigir una disculpa diplomática.<sup>142</sup> Aunque se hizo pública la retractación del comodoro y se le relevó temporalmente de su cargo, el gobierno estadounidense se opuso a que fuera sancionado, arguyendo que el marino no había tenido la intención de insultar a México.<sup>143</sup> Esto bastaba, sin embargo, para dejar entrever la ambición de tierras de los estadounidenses.

En México el ejecutivo interino, ejercido por Nicolás Bravo, disolvió al Congreso apenas a los seis meses de haberse instalado y convocó en su lugar a una junta de notables. Por lo demás, otros países tenían interés en México. El

---

<sup>141</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 27. No hay noticia de quién era Antonio Almonte. Hijo de Juan Nepomuceno parece que no, pues sólo hay información sobre una de sus hijas, Guadalupe, a quien procreó con su esposa Dolores. Hermano también es improbable, pues aunque Morelos tuvo más hijos con otras mujeres, la información existente reitera que fue el único con Brígida Almonte. Tal vez era un hijo fuera de matrimonio.

<sup>142</sup> Juan N. Almonte a D. Webster, Washington, 7 de febrero de 1843 en Carlos Bosch García, Material para la historia diplomática de México. México y Estados Unidos, 1820-1849, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957, p. 371.

<sup>143</sup> Javier Malagón Barcelo, Enriqueta Lopezlira y José María Miguel (compiladores), Relaciones diplomáticas hispano mexicanas, 1839-1898, México, El Colegio de México, 1952, (Despachos generales II), p. 341.

17 de marzo, el ministro de Prusia, barón Boenne, ofreció a Almonte la compra de California por parte de su gobierno.<sup>144</sup> Sin duda naciones europeas estaban atentas a los sucesos en América y, como en este caso, deseaban influencia, la diferencia estribaba en los métodos y sin duda nuestro diplomático se percató de ello. En junio, la junta de notables promulgó una nueva carta magna, las Bases Orgánicas<sup>145</sup>

Como el tema de la anexión de Texas se trataba abiertamente entre los legisladores en Washington, Almonte envió notas al departamento de Estado, inconformándose al respecto. El 3 de noviembre, su reiteración del derecho de México a recuperar su antiguo territorio fue tan airada, que anotó que la anexión sería motivo de Guerra. El secretario, Abel P. Upshur, le contestó con el ánimo muy caldeado, incluso amenazante, por lo que, a partir del día 11, el tenor de los escritos del mexicano bajó de tono,<sup>146</sup> si bien no dejó de apelar al derecho de su nación sobre Texas.

En el transcurso de aquel año de 1843, Almonte buscó apoyo en América Latina. Escribió un panfleto en el que acusó de codicia e ilegalidad a los Estados Unidos en el negocio de Texas y advirtió que algunos territorios

---

<sup>144</sup> “Diario de Juan Nepomuceno Almonte” en Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, Instituto Nacional de Antropología e Historia (En adelante “Diario de Almonte”), mf., Documento MP-36.1, año 1843, fotografía 5.

<sup>145</sup> Michael P. Costeloe, *La república central...*, p. 289.

<sup>146</sup> A principios de noviembre, Almonte reclamó a Upshur porque se enteró del proyecto de anexión de Texas y declaró que esto sería motivo de guerra (Almonte a A. Upshur, Washington, 3 de noviembre de 1843 en Carlos Bosch García, *Material para la historia...*, p. 397). Aquel le contestó que México tenía buenas razones para temer la anexión, que no era la primera vez que los Estados Unidos recibían una amenaza de guerra y que el presidente no cambiaría su conducta contando con que el Congreso lo respaldaría. Le recriminó que le señalara lo que estaba bien o mal (Upshur a Almonte, Washington, 8 de noviembre de 1843 en *ibidem*, p. 398). En una nueva nota, el ministro mexicano dijo que era en la prensa donde se mencionaba el proyecto de anexión, que su interlocutor usó un lenguaje inadecuado al hablar de sus supuestas recomendaciones y que ni él ni el gobierno de México pretendieron ofender al de los Estados Unidos y sólo intentaban conservar la paz (Almonte a Upshur, Washington, 11 de noviembre de 1843 en *ibidem*, p. 399).

del sur del continente podrían correr la misma suerte. El folleto fue publicado y distribuido en las principales ciudades sudamericanas.<sup>147</sup>

Por entonces, el ministro mexicano realizó un balance de la relación conflictiva, del cual desprendió un cálculo que después se revelaría como erróneo. Consideró que los grupos antiesclavistas lograrían impedir la anexión,<sup>148</sup> y por eso se mantuvo en contacto con John Quincy Adams, uno de los principales enemigos de la esclavitud. Tradujo y publicó un discurso de éste, donde atacaba la trata y posesión de seres humanos, y el 28 de diciembre le agradeció personalmente (según anota Moisés González Navarro) “su generosidad y honradez con México”.<sup>149</sup>

Pese a su experiencia texana, varios asuntos fueron malinterpretados o vistos con demasiado optimismo por él. El 15 de marzo de 1844 advirtió a su gobierno que debía comenzar con los preparativos bélicos, si bien opinó que Nueva Inglaterra y tal vez Nueva York y Pennsylvania se separarían de los estados del Sur en caso de conflagración o, al menos, no se sumarían a la guerra.<sup>150</sup>

Las cosas avanzaron mal para México. El 12 de abril de ese año se firmó en Washington el tratado de anexión de Texas a los Estados Unidos y se avisó al ministro mexicano que el presidente John Tyler trataría de lograr su ratificación por todos los medios a su alcance. Cinco días después, el nuevo

---

<sup>147</sup> Justin Harvey Smith, “La guerra con México” en Josefina Zoraida Vázquez (compiladora), Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47, México, Ateneo, 1977, p. 171 a 190, p. 183.

<sup>148</sup> Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, op. cit., p. 53.

<sup>149</sup> Moisés González Navarro, op. cit., p. 242.

<sup>150</sup> Ibidem, p. 243 y Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 193.



secretario de Estado, John C. Calhoun, le ofreció una compensación de hasta cinco millones de pesos por la renuncia de su país a ese territorio y la disponibilidad para fijar otros linderos,<sup>151</sup> lo cual, por supuesto, él no aceptó. En ese momento, amplios sectores de la sociedad en México no mostraban temor a la guerra y, aunque no era deseada, se esperaba su estallido pronto. En junio, Almonte escribió al secretario de Relaciones que los estados del Norte no ayudarían a los del Sur en caso de guerra con México.<sup>152</sup> Al mes siguiente reivindicó la expedición de patentes de corso como “estrategia para la reconquista de la separatista provincia”.<sup>153</sup>

El optimismo y los cálculos erróneos no fueron exclusivos de nuestro biografiado. El ministro de Guerra, José María Tornel, consideró que los primeros enfrentamientos se darían en territorio texano, en donde México tendría grandes posibilidades de triunfo. Almonte agregó razones que apoyaban esa opinión: el ejército de los Estados Unidos padecería allí por falta de provisiones; entre más numeroso fuera, sus sufrimientos serían mayores, siendo la ventaja para México. También dijo que se podría confiar como aliados en los negros, los indios salvajes y los antiesclavistas.<sup>154</sup>

Respecto a las patentes de corso, aún sin autorizar, en ese momento parecieron ir más allá del simple deseo. El 1º de octubre, un funcionario del gobierno estadounidense, R. S. Kralle, envió un comunicado a Almonte

---

<sup>151</sup> Luis G. Zorrilla, *op. cit.*, p. 161.

<sup>152</sup> Justin Harvey Smith, “La guerra con México” en Josefina Zoraida Vázquez (compiladora), Mexicanos y norteamericanos..., p. 175.

<sup>153</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 193.

<sup>154</sup> Justin Harvey Smith, “La guerra con México” en Josefina Zoraida Vázquez (compiladora), Mexicanos y norteamericanos..., p. 178.

manifestándole saber que México estaba armando barcos con marinos extranjeros y numerosos cañones para reconquistar Texas. Le advirtió que, de ser cierto, mejor sería que se evitara.<sup>155</sup> Si el rumor tenía veracidad, el caso es que, por lo pronto, el proyecto no progresó.

La nueva ley fundamental no evitó que la inconformidad de los departamentos creciera, luego de que Santa Anna retomó el gobierno. Por tanto, en noviembre de 1844, Mariano Paredes y Arrillaga se sublevó con el destacamento militar de Guadalajara. El presidente dejó a Valentín Canalizo como interino y marchó con su ejército hacia aquella ciudad. Cuando se hallaba en Querétaro, el general Gabriel Valencia y la guarnición de la capital proclamaron su adhesión al plan de Paredes. Santa Anna decidió retornar para dar un escarmiento a los rebeldes de la ciudad de México, pero no logró su objetivo, pues sus tropas casi se desbandaron por las innumerables deserciones. La situación se complicó de tal modo que debió desviarse hacia Puebla, a fin de llegar a Veracruz. Sin encontrar ayuda de las milicias pronto fue capturado, conminándosele a salir del país. Por su parte, la guarnición sublevada depuso a Canalizo el 6 de diciembre, y el Congreso, reinstalado por Valencia, decretó el día 17 la presidencia provisional de José Joaquín Herrera.<sup>156</sup> Almonte continuó en los Estados Unidos, aun cuando ya no sería por mucho tiempo.

La conversión de Texas en otro estado de la Unión Americana se acercaba a su realización a principios de 1845, pues en los primeros días de marzo se firmó una resolución conjunta, el 1º por ambas cámaras y el 3 por el

---

<sup>155</sup> Carlos Bosch García, Material para la historia..., p. 446-447.

<sup>156</sup> Manuel Rivera Cambas, Antonio López de Santa Anna, México, Editorial Citlaltepetl, 1972, quinta época p. 14-16.

Ejecutivo, aceptando la anexión. Aun cuando faltaba la aprobación texana y las ratificaciones,<sup>157</sup> Almonte protestó en nota dirigida a Calhoun, calificando el suceso como “un acto arbitrario, el más injusto que podría registrarse en los anales de la historia moderna, como es el de despojar a una nación amiga, como México, de una considerable porción de su territorio”.<sup>158</sup> A pesar de su airada protesta, parecía ya no haber remedio, por lo que pidió sus credenciales para retirarse, las cuales recibió el 10 de marzo. En México sucedió algo semejante pues, a mediados de mayo, el gobierno las entregó al ministro norteamericano Wilson Shannon y las relaciones quedaron rotas.<sup>159</sup> La guerra estaba encima.

Al volver a su país, Almonte solicitó un periodo de descanso para restablecer su salud. Éste le fue concedido y residió un par de meses en el pueblo de San Ángel, retirándose momentáneamente de la política y el servicio público.<sup>160</sup> Acaso el pequeño paréntesis le sirvió para meditar con algún sosiego sobre la anexión. Si así fue, pudo no haber un balance favorable para los Estados Unidos, ya que su ambición le había sido más que evidente, y tal vez su desencanto hacia ellos se acentuó, así como el recelo por esa república.

---

<sup>157</sup> En Texas se aprobó dicha anexión; el Congreso lo hizo el 18 de mayo y el pueblo, mediante una convención, el 4 de julio. El nuevo presidente estadounidense, James Polk, concretó la admisión en diciembre del mismo año. Ana Rosa Suárez, “Consolidación y guerra civil (1828-1865)” en Ángela Moyano Pahissa, Jesús Velazco y Ana Rosa Suárez, E. U. A. Síntesis de su historia I, México, Instituto José María Luis Mora-Alianza Editorial Mexicana, 1988, p. 307 a 498, (EUA 8), p. 439.

<sup>158</sup> Almonte a John Calhoun, Secretario de Estado, Washington, 5 de marzo de 1845 en Celia Gutiérrez Ibarra, op. cit., p. 51.

<sup>159</sup> Carlos Bosch García, “Wilson Shannon (1844-1845)” en Ana Rosa Suárez (coordinadora), En el nombre del destino..., p. 39 a 42.

<sup>160</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 193.

### C) ¿QUIEN ES EL ENEMIGO?

Al regresar Juan Nepomuceno Almonte a la administración pública, el presidente Herrera lo designó consejero de Estado supernumerario.<sup>161</sup> Como tal, manifestó de nuevo su deseo de tomar medidas de protección contra la avidez norteamericana: el día 18 de julio de 1845 se ofreció a participar en una expedición a Texas.<sup>162</sup> Sin embargo, el proyecto no se llevó a cabo, por lo cual, ante la proximidad de los comicios para renovar el Congreso, comenzó a trabajar en su candidatura para el Senado. La condición de que, para hacerlo, debía tener ingresos elevados y altas sumas en activos no le fue impedimento y, en las elecciones de octubre, obtuvo la posición deseada por el estado de Jalisco.<sup>163</sup>

La inestabilidad de los gobiernos parecía haber llegado para quedarse y el de Herrera se comenzó a tambalear. Algo singular fue el hecho de que se granjeara una gran impopularidad por tratar con cautela el tema de la guerra, pues se mostró partidario de la negociación. Ante la inminencia del cambio, Almonte se sintió listo para aspirar a la primera magistratura y en diciembre de 1845 sondeó a varios miembros del Senado sobre la posibilidad de que el Congreso lo eligiera presidente.<sup>164</sup> Sin embargo, el cauce lo trazó Mariano

---

<sup>161</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 72.

<sup>162</sup> Carlos María de Bustamante, El nuevo Bernal Díaz Del Castillo, o sea historia de la invasión de los angloamericanos en México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 49.

<sup>163</sup> En el procedimiento electoral, los senadores se debían escoger de acuerdo con su profesión y había un reglamento que especificaba que los escaños del Senado sólo los podían ocupar personas con activos mínimos de 40 000 pesos. Michael P. Costeloe, La república central..., p. 351-352.

<sup>164</sup> Miguel Soto Estrada, La conspiración monárquica en México, México, Ofsett, 1988, p. 66.

Paredes y Arrillaga: el Ejecutivo había puesto en sus manos un numeroso ejército y recursos monetarios para apoyar a las tropas encabezadas por el general Mariano Arista en la frontera con Texas, pues era claro que la guerra se venía encima. Lejos de prestar el auxilio al que estaba destinado, quien debió defender el territorio se pronunció en rebeldía el 15 de diciembre en San Luis Potosí, y en los siguientes días marchó hacia la capital. Se le unió la guarnición encargada de defender ésta, al mando del general Valencia.<sup>165</sup>

Herrera se vio obligado a dejar el Poder Ejecutivo a fines del año y nuestro biografiado comenzó a colaborar con los militares golpistas. Como se indicó, Paredes se encontraba en las inmediaciones de la ciudad, pero quien la tenía ocupada era Valencia. Éste se había proclamado presidente y en un intento de permanecer en el puesto, envió a Almonte y a José María Tornel a conferenciar con el iniciador de la revuelta.<sup>166</sup> Paredes se reivindicó como jefe principal del movimiento. Sorprendentemente, Valencia acató la decisión y la capital presencié otra vez la instauración de una administración nacional.<sup>167</sup>

Una reunión de militares en la que participó el general michoacano, junto con Vicente Filisola, Mariano Salas, Nicolás Bravo, Gabriel Valencia y José María Tornel, celebrada el 2 de enero de 1846, otorgó a Paredes la facultad de elegir una junta, con dos representantes por departamento, que designara a un presidente interino.<sup>168</sup> La junta se estableció al día siguiente y en ella Almonte (junto con Ignacio Anzorena) representó a Michoacán, la

---

<sup>165</sup> *Ibidem*, p. 68-70.

<sup>166</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>167</sup> Michael P. Costeloe, *La república central...*, p. 359-360.

<sup>168</sup> *Ibidem*, p. 359.

entidad de la que era originario. Por su parte, y sin dificultades, Paredes consiguió lo que quería.<sup>169</sup>

La postura del nuevo Ejecutivo respecto al conflicto con los Estados Unidos fue más belicosa que la de su predecesor. Obligado con Almonte, lo designó ministro de Guerra y Marina. Por esas fechas, el enviado español, Salvador Bermúdez de Castro, hizo en una carta a su gobierno la siguiente apreciación de nuestro personaje: “indio de raza y de costumbres, por haber sido educado en Inglaterra y Estados Unidos, agrega a la astucia y sagacidad de su casta, la cultura y civilización europea”. Expresaba su temor de que, “de tener más corazón, podría encabezar una revolución más terrible que las anteriores, la revolución social”.<sup>170</sup> Sería sin duda aventurado tratar de definir el significado de la frase “revolución social”, pero en lo relativo a dirigir un movimiento armado, no era del todo equívoco, pues, al poco tiempo, Almonte se involucró en el derrocamiento del presidente.

Con una estrecha relación con el grupo monárquico encabezado por Alamán y el citado ministro español, Paredes desplazó de la administración a los liberales republicanos tratándolos con encono. Es posible que por esto Almonte renunciara a su posición en febrero, apenas al mes de haber sido designado. El cese tuvo visos de enfrentamiento, y aun cuando el gobierno se apresuró a decir que no fue por motivos políticos,<sup>171</sup> sí hizo atacar al disidente a través de la prensa, e incluso le formó juicio, en el que lo defendió

---

<sup>169</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 236.

<sup>170</sup> Salvador Bermúdez de Castro a ministro de Estado, México, 25 de enero de 1846 en Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 433.

<sup>171</sup> Miguel Soto Estrada, *op. cit.*, p. 209.

exitosamente el abogado José Fernando Ramírez.<sup>172</sup>

Para alejarlo del país, se ofreció a nuestro personaje el nombramiento de ministro plenipotenciario en Francia. Aceptó y el 2 de abril zarpó del puerto de Veracruz.<sup>173</sup> Unos días después arribó a Cuba, donde se entrevistó con Santa Anna, quien cumplía su destierro en esa isla y, al mismo tiempo, conspiraba contra el gobierno de Paredes. El ex presidente ya había entrado en contacto con Valentín Gómez Farías, que a la sazón se hallaba en México, ofreciéndole una alianza en la que él aportara su ascendiente sobre el sector militar y Gómez Farías el suyo sobre el popular. Estaba asimismo en relación con varios liberales republicanos, como el yucateco Manuel Crescencio Rejón. También se involucraron en el complot José María Lafragua y Antonio de Haro y Tamariz.<sup>174</sup>

Al poco de haber llegado a la isla, don Juan Nepomuceno se enteró de que Máximo Garro, ministro ordinario en Francia, había muerto. Pretendió entonces sustituir su nombramiento de enviado extraordinario por el de ministro ordinario, por lo cual, antes de terminar el mes de abril, mandó de vuelta a la ciudad de México al secretario de la legación Francisco Lerdo de Tejada.<sup>175</sup> Como las entrevistas de Almonte con Santa Anna no eran desconocidas en el país, Lerdo fue detenido en Veracruz. Nuestro personaje, enterado del suceso, presentó su renuncia en los siguientes términos:

---

<sup>172</sup> Luis González Obregón, Vida y obra de Don José Fernando Ramírez, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex Arzobispado, 1901, p. 16.

<sup>173</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, op. cit., p. 391.

<sup>174</sup> Jan Bazant, Antonio de Haro y Tamariz y sus aventuras políticas 1811-1869, México, El Colegio de México, 1985, p. 44.

<sup>175</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 194.

[La detención de Lerdo] me hace inferir la mala fe con que se ha procedido conmigo, y que sólo se inventó la misión extraordinaria que se puso a mi cargo, con el perverso fin de alejarme de mi patria, de mi familia y de mis amigos, acaso con el de que, si por una fatalidad se llegaba a convertir la república en una monarquía, yo estuviera lejos de ella en donde no pudiera impartir mis débiles servicios.<sup>176</sup>

La respuesta del gobierno mexicano fue enviarle su destitución, acusándolo de conspirar en contra de la paz del país.<sup>177</sup>

Almonte trabajó a la sazón, sin restricción alguna, en el derrocamiento del general Paredes y Arrillaga, quien en mayo comenzó a tener problemas realmente graves para su administración. Por un lado, se inició la lucha armada con los Estados Unidos; por el otro, un movimiento iniciado en Guadalajara fue secundado poco después en la capital, con fuerza creciente.<sup>178</sup>

Para fines de mes, el ejército estadounidense había traspasado el lindero que México reconocía para Texas: el río Nueces. El Congreso texano había pretendido desde 1836 correr dicho lindero hacia el sur, al río Bravo, límite que, por lo demás, también era reclamado por los Estados Unidos con la anexión, encontrándose el general Zachary Taylor en el lado norte de este último. El general Mariano Arista decidió repeler a las tropas de Taylor hasta el Nueces y la lucha comenzó. Los enfrentamientos fueron desafortunados para

---

<sup>176</sup> Almonte a ministro de Relaciones Exteriores, La Habana Cuba, 8 de mayo de 1846 en Expediente Personal de Almonte en el AHSREM, legajo H/131 “834”, 1ª parte, foja 125.

<sup>177</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 391.

<sup>178</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 243.



México, pues además de sufrir las derrotas de Palo Alto y Resaca de Guerrero, el recién electo presidente James K. Polk las utilizó como pretexto para solicitar al Congreso en Washington una declaración de guerra, aduciendo que México había “derramado sangre norteamericana en suelo norteamericano”. Autorizada la solicitud, las tropas de su país avanzaron por el norte de México. En julio, el gobierno de Paredes, ya con tropas extranjeras en territorio nacional, declaró a su vez la guerra, aunque en un tono moderado. Barcos de la armada enemiga navegaban próximos a las costas y mantenían un fuerte bloqueo sobre Veracruz.<sup>179</sup>

La situación apremiante no detuvo al grupo que conspiraba en Cuba. La revuelta iniciada en Guadalajara fue secundada por Mariano Salas, quien sublevó a la guarnición de la Ciudadela en la capital. Entre el 4 y 6 de agosto logró deponer a Paredes, reinstauró la Constitución de 1824 y con ello la república federal, convocó a un nuevo Congreso y llamó a Santa Anna para encabezar el movimiento. Éste logró desembarcar el 16 en Veracruz pese al bloqueo, acompañado por Almonte, además de Antonio Haro, Manuel Crescencio Rejón e Ignacio Basadre.<sup>180</sup>

El caudillo volvía a la presidencia en medio del conflicto bélico y, en la organización del gabinete, nuestro biografiado ocupó de nuevo el ministerio de Guerra y Marina el día 28,<sup>181</sup> siendo partidario de continuar con la lucha armada, pues, acaso en ese momento, de acuerdo con buena parte de la opinión

---

<sup>179</sup> María Gayón Córdoba (compiladora), *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, (Serie Regiones), p. 500.

<sup>180</sup> Jan Bazant, *Antonio de Haro y...*, p. 44.

<sup>181</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 195.

pública, supuso que se podría ganar. Tuvo oportunidad entonces de saldar cuentas con Paredes, preso en Perote, pero prefirió otorgarle un pasaporte para salir de México, es decir, mandarlo al destierro.<sup>182</sup> No dudó, sin embargo, en denostar al pasado régimen y a quienes colaboraron en él. Así, por ejemplo, en octubre criticó el apoyo en recursos dado al gobierno anterior por José María Justo Gómez, conde de la Cortina y cabeza de una de las familias más ricas del país, arguyendo que tal apoyo no significaba ninguna contribución patriótica.<sup>183</sup>

Entretanto, Santa Anna acudió en auxilio de los soldados que defendían el norte del país. A pesar del erario público siempre exhausto, se las arregló para organizar un ejército en San Luis Potosí por medio del endeudamiento y la leva y, cuando había acumulado una fuerza respetable, recibió la noticia de que Pedro Ampudia acababa de ser derrotado en Monterrey y la plaza había sido ocupada por el enemigo.<sup>184</sup>

Nuestro biografiado, como ministro de Guerra, desempeñó el puesto de vocal en una junta directiva para trabajar en pro de la defensa, preparó una estrategia junto con el general Manuel Rincón<sup>185</sup> y, con el fin de crear inestabilidad en los Estados Unidos, propuso favorecer un levantamiento de esclavos negros en el Sur de ese país.<sup>186</sup> Dicho proyecto no se llevó a cabo. Lo que esta vez sí consiguió fue otorgar patentes de corso para atacar a los barcos que acosaban a los puertos mexicanos. Por ello, Juan Nepomuceno de Pereda

---

<sup>182</sup> Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 17.

<sup>183</sup> Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, p. 340.

<sup>184</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 240.

<sup>185</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 22.

<sup>186</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 252.

partió en misión secreta hacia Europa para contratar corsarios, aunque estos propósitos no llegaron a buen término.<sup>187</sup>

El Congreso convocado por Mariano Salas se instaló el 6 de diciembre de 1846. Cinco días después, Almonte se hizo cargo también de la cartera de Hacienda. Ante la cercanía de la elección para una nueva presidencia, se le ocurrió que podía conseguirla,<sup>188</sup> sin duda con poco tino político. Su intento fue fallido pues el 23 se nombró presidente a Santa Anna y vicepresidente a Valentín Gómez Farías y él tuvo que renunciar a sus dos ministerios.<sup>189</sup> Acaso también influyó en su retiro el hecho de que no simpatizaba del todo con la idea de costear la guerra con la desamortización, nacionalización y venta o hipoteca de bienes eclesiásticos, que fue la opción propuesta por el grupo político al que pertenecía Gómez Farías y que se convirtió en leyes el 11 de enero y el 4 de febrero de 1847.<sup>190</sup>

Una semana más tarde, Almonte se retiró a Cuautla de Amilpas, en donde permaneció hasta el 6 de febrero, cuando retornó a la capital.<sup>191</sup> Para esas fechas, la guerra tenía ya otros frentes. Del bloqueo, los Estados Unidos pasaron al asalto de los puertos del golfo de México. Tampico fue tomada, al igual que Veracruz, y desde esta ciudad una columna enemiga al mando del general Winfield Scott avanzó hacia el centro del país. En el noreste, el ejército dirigido por Santa Anna se enfrentó con las tropas al mando de Taylor el 22, en

---

<sup>187</sup> Jorge Flores D., “estudio preliminar a la obra” en Juan Nepomuceno de Pereda y su misión secreta en Europa. (1846-1848), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1964, (Archivo Histórico Diplomático mexicano, segunda serie 19), p. 14.

<sup>188</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 22.

<sup>189</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 196.

<sup>190</sup> Justo Sierra, op. cit., p. 239.

<sup>191</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografía 4.

un paraje al sur de Saltillo llamado La Angostura. Por espacio de dos jornadas, se combatió con ferocidad, la victoria parecía cercana para las tropas mexicanas, agotadas sin embargo tras el esfuerzo gigantesco que su comandante en jefe les había requerido para cruzar el desierto. Ante el peligro de que los soldados desfallecieran, Santa Anna decidió la retirada el 23. El día del inicio de la batalla, Almonte había recibido la orden de marchar a cubrir otra plaza norteña, pues se le designó comandante general de Chihuahua y Durango.<sup>192</sup> Realizó los preparativos, pero alrededor del 13 de marzo llegó la noticia de la toma de Chihuahua y su nombramiento no pudo ser ejercido.<sup>193</sup>

El descontento por las medidas tomadas contra los bienes del clero provocó la reacción de un grupo de jóvenes voluntarios de clase acomodada, enrolados en la guardia nacional, que se negaron a obedecer la orden de ir a Veracruz a combatir a los soldados enemigos recién desembarcados, y en cambio se volvieron contra el gobierno de Gómez Farías. Hubo enfrentamientos entre ellos, a quienes se denominó “polkos”, y las fuerzas gubernamentales. Santa Anna decidió volver del campo de batalla para sofocarlos. Almonte era, entretanto, nombrado comandante general de Oaxaca el 25 de marzo.<sup>194</sup> Si bien contestó que iría,<sup>195</sup> su designación cambió al poco, pues fue nombrado comandante general en Veracruz.<sup>196</sup>

Santa Anna destituyó a Gómez Farías a fines de mes y anuló los decretos contra los bienes de manos muertas. Luego, al enterarse de la capitulación del

---

<sup>192</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 72.

<sup>193</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografía 8.

<sup>194</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 73.

<sup>195</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografía 7.

<sup>196</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 73.

puerto veracruzano, decidió salir al encuentro del adversario que llegaba por esa ruta, sin embargo, Scott lo hizo retroceder y, después de derrotarlo en Cerro Gordo, cerca de Jalapa, puso el estado de Veracruz bajo el dominio de sus tropas.

El nombramiento de Almonte se tornó de nuevo inútil, aunque el 14 de abril salió rumbo a Texmelucan Puebla, con armas y municiones de auxilio.<sup>197</sup> Mas el descontento contra Santa Anna aumentaba. Con todo y el apoyo enviado, Puebla de los Ángeles no fue defendida y las fuerzas mexicanas se concentraron en la capital. El malestar de nuestro biografiado creció y se sumó a un intento sedicioso. En efecto, el gobierno tuvo noticias en mayo de su participación en una revuelta contra el presidente y el 17 hubo incluso manifestaciones en su favor en las calles de la ciudad de México, alentadas por un grupo radical. Bustamante anota al respecto: “los puros trataron de hacer un mitote para proclamar a Almonte dictador”;<sup>198</sup> de ahí que el día 23 se le arrestara, acusado de conspiración, y se le encarcelase en Tlatelolco.<sup>199</sup>

Su proceso duró poco más de un mes. Como no se le probó culpa alguna, fue liberado y recuperó el mando de tropas, pero desde entonces fue visto con recelo por Santa Anna. Se instaló entonces en Ixmiquilpan, en el actual estado de Hidalgo,<sup>200</sup> interrumpiendo su estancia en ese lugar a principios de julio cuando recibió la orden de marchar a Tulancingo. Entonces pidió prórroga y recursos para sus subalternos, que le fueron negados, pues, como observa

---

<sup>197</sup> Carlos María de Bustamante, El nuevo Bernal..., p. 410.

<sup>198</sup> Ibidem, p. 411.

<sup>199</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 22.

<sup>200</sup> Ibidem, p. 73.

Bustamante, había “obrado con imprudencia por reunir hombres en su casa que de allí van a ver a Santa Anna y le cuentan cuanto se ha dicho contra él”.<sup>201</sup> Finalmente emprendió el viaje en agosto, verificándose su arribo el día 15.<sup>202</sup>

Ya para esas fechas, el ejército invasor se hallaba en las proximidades de la capital. Allí se dieron las batallas de Padierna y Churubusco, ambas desafortunadas para México. La lucha se convirtió en una secuencia de derrotas para los mexicanos; y un armisticio propuesto por los norteamericanos e iniciado el 27 de agosto acabó por romperse ante el desacuerdo en las negociaciones. México sólo aceptaba otorgar Texas hasta el río Nueces y conceder un puerto en algún punto de la Alta California, pero el comisionado de los Estados Unidos insistía en una franja de tierra que llegara hasta el río Bravo y comprendiese Nuevo México y ambas Californias. Al reanudarse la lucha armada, continuaron las victorias de los invasores y, a mediados de septiembre, tuvo lugar la caída de la capital y la renuncia de Santa Anna. De cualquier forma, el Congreso lo destituyó.<sup>203</sup>

Para entonces, los poderes de la república se hallaban en Querétaro. En su calidad de militar, y ante la necesidad de acopio de fuerzas, Almonte fue llamado a esa ciudad. Por la dimisión de Santa Anna, su adversario político y detractor, había dejado de estar relegado. Salió de Tulancingo el 1º de octubre y el 6 llegó a su destino.<sup>204</sup> Allí desplegó gran actividad; recibió y visitó a importantes políticos y militares, entre ellos a Anastasio Bustamante, José

---

<sup>201</sup> Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, p. 429.

<sup>202</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografía 14.

<sup>203</sup> Manuel Rivera Cambas, *Antonio López de...*, sexta época, p. 34.

<sup>204</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografía 17.

Joaquín de Herrera, Pedro Ampudia, Manuel Crescencio Rejón, Anastasio Zerecero, Manuel de la Peña y Peña, y a numerosos diputados federales.<sup>205</sup> Pero su febril actividad no fue suficiente para modificar el cauce que habían tomado los acontecimientos, su postura careció de influencia y, acaso, como escribe Carlos María de Bustamante, sólo pasaba como “un aspirante muy desairado en Querétaro, reputado por jefe de los puros”.<sup>206</sup>

En el ínterin, la presidencia era asumida por el titular de la Suprema Corte de Justicia, Manuel de la Peña y Peña. Con él subió al poder un grupo partidario del término de la guerra, aun al costo de ceder a las exigencias del enemigo. Cabe la posibilidad de que la postura beligerante de Almonte incomodara a este grupo, y tal vez por ello, antes de finalizar el año, se le mandó a Guanajuato como comandante general.<sup>207</sup> Salió así de Querétaro el 1º de enero de 1848, mientras las pláticas de paz comenzaban en la población de Guadalupe Hidalgo, cerca de la ciudad de México. Sin influencia en ellas, se mantuvo viajando entre Silao, León y otras poblaciones del estado a su cargo.<sup>208</sup>

Es indudable que hasta la firma y ratificación de los tratados de paz, nuestro personaje enarbolaba la bandera liberal y republicana. Así lo manifestó en varias ocasiones, como en el caso de la llamada carta monárquica de Gutiérrez de Estrada en 1840. Hacia 1846 mantenía esas ideas, y a pesar de que entonces colaboró con el gobierno de Paredes, al hacerse explícitos los lazos de

---

<sup>205</sup> Ibidem, fotografías 19 y 20.

<sup>206</sup> Carlos María de Bustamante, El nuevo Bernal..., p. 429.

<sup>207</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 73.

<sup>208</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1847, fotografías 1-7.

éste con los monarquistas, no nada más renunció al ministerio de Guerra, sino que se involucró en el derrocamiento del presidente. Algunos lo reconocían en 1847 como jefe de los puros, es decir, como líder de la facción política inclinada a establecer el sistema republicano a ultranza, de quienes eran conocidos como “liberales exaltados, bautizándolos con el nombre de rojos, o intransigentes, o puros”.<sup>209</sup>

No había hasta entonces elementos que revelaran el cambio ideológico y político que tendría lugar en él, pero sí hay un aspecto importante que destacar, y es que la evidencia de la ambición estadounidense hubo de afectarlo profundamente, parte, como había sido, del proceso de independencia y anexión de Texas y de la propia guerra. El desencanto ante su modelo político debió ser atroz, ya que sintió de cerca las consecuencias de los planes contra México, y por lo tanto, no extraña la aseveración de Javier Rodríguez cuando afirma: “Juan Nepomuceno Almonte, en particular, tuvo una clara posición de rechazo al Tratado de Guadalupe Hidalgo por considerar que éste expresaba la sumisión del país a su vecino del norte”.<sup>210</sup>

---

<sup>209</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 242.

<sup>210</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 179.







**CAPÍTULO 3**  
**GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE GUADALUPE**  
**(1848-1857)**

**A) UN SIGNO DE HOSTILIDAD A WASHINGTON.**

En la década posterior al término de la guerra, si no se realizó, al menos sí se fraguó un cambio político en Almonte. A este respecto, existen dos explicaciones. Primero, en un artículo titulado: “¿Un conservador en Washington? La gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte durante la dictadura santannista (1853-1855)”, Javier Rodríguez Piña plantea, sin afirmarlo en definitiva, que entre los años 1853 y 1855 el general michoacano militaba ya en las filas de la facción conservadora, sustentándolo con su participación en la última administración de Santa Anna, en que fue ministro plenipotenciario en Washington. La segunda explicación se haya más difundida, pero es en el artículo de Antonia Pi-Suñer: “La labor anti-intervencionista de los liberales mexicanos en París (1856-1862)”, en donde se expresa con mayor extensión, en el sentido de que el cambio de nuestro personaje fue más tardío, hacia finales de 1857 o principios de 1858, e inducido por el hecho de que el gobierno de Juárez no hubiese ratificado su nombramiento de ministro plenipotenciario en París; de ahí que comenzara a colaborar con el gobierno de Félix María Zuloaga, quien sí lo hizo. Nos inclinamos más por la segunda propuesta, pero también creemos que el cambio no fue repentino, sino un proceso paulatino a lo largo de varios años. Como

quiera que sea, una década después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, nuestro biografiado colaboraba de manera estrecha con los políticos conservadores y monarquistas mexicanos.

Como mencionamos, Almonte había establecido su residencia en el estado de Guanajuato en enero de 1848, donde permaneció hasta el 1° de septiembre.<sup>211</sup> Este día emprendió el viaje a la ciudad de México, donde, el 11, entregó en la Tesorería General el término de su comisión como comandante general en Guanajuato.<sup>212</sup> Poco más de tres meses habían pasado desde que el ejército invasor abandonó la capital del país y el gobierno de la república era encabezado por José Joaquín de Herrera. La situación nacional resultaba deplorable y, a raíz de la derrota, la escisión política se hacía más profunda. Los liberales y sus oponentes se acusaban mutuamente de ser culpables de ella. El grupo conservador pareció definirse con mayor nitidez; se fundó el periódico *El Universal*, el cual sería su más importante vocero durante siete años, y también empezó a hablarse de un Partido Conservador que, hasta entonces, no había existido como tal.<sup>213</sup>

Almonte trabajó en el mes de octubre en una “secretaría de estadística” en la ciudad de México,<sup>214</sup> y poco después logró la senaduría por Oaxaca.<sup>215</sup> Al año siguiente, en 1849, formó parte de una agrupación llamada Junta Cívica de México, encargada de preparar y realizar los festejos del aniversario del grito de Dolores, el 16 de septiembre. En esa fecha, en el diario *El Universal*,

---

<sup>211</sup> *Vid. Supra*, p. 74.

<sup>212</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1848, fotografía 46.

<sup>213</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 12 y Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 178.

<sup>214</sup> “Diario de Almonte”, mf., año 1848, fotografía 51.

<sup>215</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 173.

apareció un artículo que, si bien calificó la independencia como positiva, denostaba a Hidalgo y otros insurgentes llamándolos jefes de bandidos, y otorgando, en cambio, gran mérito a Iturbide.<sup>216</sup>

Ante esto, la Junta Cívica organizó una comisión para dar el punto de vista liberal, fue integrada por el mismo Almonte, además de Anastasio Zerecero, José María Franco y Andrés Quintana Roo. Ellos escribieron un texto con el título de “Refutación en la parte histórica del artículo de fondo publicado en el número 305 del periódico El universal el 16 del pasado septiembre”,<sup>217</sup> donde se reivindicó a los insurgentes como héroes. En sus Memorias Zerecero anota que el artículo lo escribió él solo, aunque lo firmaron los cuatro.<sup>218</sup> Para su difusión, acudieron a Ignacio Cumplido, quien lo publicó en forma de folleto.

El gobierno debía renovarse hacia 1850, así que don Juan Nepomuceno se postuló para la presidencia de la república. Los votos que recibió fueron numerosos,<sup>219</sup> pero no suficientes para vencer a Mariano Arista, ministro de Guerra de la administración que terminaba y que también era candidato. Al respecto escribe Arrangoiz: “no habiendo reunido mayoría de votos ninguno de los candidatos para la presidencia, quedó reservada la elección al Congreso

---

<sup>216</sup> Estas comisiones existían desde 1826 y se formaban unos dos meses antes de la fecha del festejo. Almonte presidió la Junta Cívica por tres años consecutivos, de 1849 a 1851. Ivette Orijel Serrano, “...Y la voz dijo su nombre. El uso de la palabra pueblo a través de los discursos cívicos en 1848-1853”, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis de licenciatura en Historia), 2004, p. 77-80.

<sup>217</sup> Jorge Gurría Lacroix, prólogo en Anastasio Zerecero, Memorias para la historia de las revoluciones en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, (Nueva Biblioteca Mexicana 38) p. XXXIII.

<sup>218</sup> Ibidem, p. 233.

<sup>219</sup> En una publicación semanal de la época, aparecieron conteos preliminares en los que encabezaba la votación Arista, con Almonte como su más próximo competidor, seguidos por Bravo y Gómez Pedraza. *El tío Nonilla*, México, sábado 28 de diciembre de 1850, segunda época, número 4, p. 50.

que, con arreglo a la ley, debía hacerla de uno de los dos que hubiera reunido mayor número de votos, y eran los generales Almonte y Arista, enemigos uno del otro, y ambos del partido conservador. Fue elegido el segundo”.<sup>220</sup> Según estas frases, se podría presumir que el general michoacano pertenecía ya al partido conservador. Sin embargo, su conducta posterior no apoya la cita, pues el gobierno que iniciaba sería republicano, representativo y federalista, y Almonte se desempeñó en él como miembro del Congreso. Por su parte, Arista tuvo una política liberal pues mantuvo las instituciones establecidas en la Constitución de 1824, y a su caída contribuyeron los conservadores.<sup>221</sup> Además, aun cuando dicha filiación fuera cierta en ese momento, nuestro biografiado colaboró posteriormente con los liberales. Aquí aparecen, en todo caso, las primeras señales de que acaso ya se consideraba un cambio de postura política.

El general Arista asumió la presidencia el 15 de enero de 1851. La rivalidad con Almonte no cesó; así, en carta que el 1º de febrero envió al gobernador del Estado de México, Mariano Riva Palacio, lo llamó “anarquista”, al igual que a Antonio de Haro y Tamariz y recomendó redoblar su desconfianza hacia ellos.<sup>222</sup>

Por otro lado, nuestro personaje fundó en esas fechas la Sociedad Promotora de Mejoras Materiales y Morales,<sup>223</sup> de la cual fue presidente y, como hacia fines de año se aproximaba la renovación del Congreso, buscó y

---

<sup>220</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 411-412.

<sup>221</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante”, en Daniel Cosío Villegas (coordinador), *op. cit.*, tomo 2, p. 819 a 896, p. 824.

<sup>222</sup> Jan Bazant, *Antonio de Haro y...*, p. 62.

<sup>223</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 73.

consiguió otra vez una senaduría. El año 1852 se inició con nuevos integrantes en las cámaras y desde allí él mostró gran oposición al Ejecutivo.<sup>224</sup>

En tanto, en el norte del país, los problemas no cesaban con el establecimiento de la nueva frontera. Varias poblaciones mexicanas limítrofes, e incluso del interior, fueron atacadas en diversas ocasiones por grupos filibusteros que se constituían y armaban en los Estados Unidos y, en flagrante violación del artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo, donde se estableció que esa nación evitaría las incursiones de indios armados, no sólo éstas se multiplicaron sobre México, sino que parecían ser favorecidas por aquel país.<sup>225</sup> Lo anterior, que era bien conocido por nuestro general michoacano, lo llevó a impulsar desde el Senado la colonización de la despoblada región, sobre todo con alemanes y belgas. Creía protegerla así del incesante peligro que representaba el crecimiento estadounidense.<sup>226</sup> Con la mira de difundir estas ideas más allá del Legislativo, Ignacio Cumplido publicó una de estas propuestas en forma de folleto con una extensión de 31 páginas y el título de *Proyecto de leyes sobre colonización presentado por el senador Juan Nepomuceno Almonte*.<sup>227</sup>

Éstos eran nada más algunos de los problemas que el gobierno

---

<sup>224</sup> Jan Bazant, Antonio de Haro..., p. 62.

<sup>225</sup> “Las autoridades locales y nacionales [de los Estados Unidos] a menudo simpatizaban con la posibilidad de extender el territorio y no hacían nada para detener las expediciones que se organizaban abiertamente en [su] territorio”. En cuanto a las incursiones indias: “Existían cerca de 200 000 indígenas forzados a emigrar por la expansión anglosajona, [...] la mayoría hacía incursiones [a México] sólo para robar ganado, pues la prohibición de su venta en Estados Unidos nunca se puso en práctica”. Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, México frente a..., p. 68-69.

<sup>226</sup> Moisés González Navarro, op. cit., p. 306.

<sup>227</sup> Juan Nepomuceno Almonte, Proyecto de leyes sobre colonización presentado por el senador Juan Nepomuceno Almonte, México, Ignacio Cumplido, 1852, 31 p.

enfrentaba, pero había muchos otros. Yucatán mantenía su intención separatista; faltaban los recursos; los estados aportaban poco o nada a la Federación y había inquietud entre los jefes militares opuestos a la administración. A mediados de 1852, en Guadalajara, comenzó una rebelión contra el gobernador que, luego de apoderarse de la capital, se extendió a todo el estado.<sup>228</sup> Nuevamente personas proclives a Santa Anna se involucraron en el movimiento y, hacia septiembre, el objetivo fue destituir a Arista. El presidente pidió al Congreso poderes extraordinarios, pero fracasó. El 20 de octubre, se proclamó el Plan del Hospicio en la capital de Jalisco, en el que se propuso mantener el sistema federal, desconocer al Ejecutivo, reunir a un nuevo Congreso para reformar la Constitución y llamar a Santa Anna para que encabezara la revuelta,<sup>229</sup> que pronto cundió en gran parte del territorio. El general José López Uruga, enviado a combatirla, se sumó a ella. A fines de año, Arista hizo un último intento de conseguir mayores facultades, pero al no obtenerlas, se negó a dar un golpe de Estado y renunció a principios de enero de 1853.<sup>230</sup>

Mientras, Almonte había trabajado en la elaboración de un libro: la *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, referente a las condiciones geográficas y económicas de algunas regiones del país, principalmente de la ciudad de México. Su intención era atraer inversiones extranjeras y, aunque el pie de imprenta es de 1852, la presentación está fechada en enero de 1853 y en ella se registra de manera somera la renuncia de Arista y la probable vuelta de

---

<sup>228</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 28.

<sup>229</sup> Lilia Díaz “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, tomo 2, p. 824-825.

<sup>230</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 29-30.



Santa Anna. La publicación (hoy se sabe que algunas de las cifras dadas son imprecisas) fue considerada en su época como una de las más serias.<sup>231</sup>

Otras actividades ocupaban la atención de nuestro biografiado, siendo una de ellas la docencia. Fue profesor en un colegio que dirigió su esposa, la señora Dolores Quezada.<sup>232</sup> Fiel a su costumbre, pertenecía a varias sociedades científicas y civiles y presidía la Sociedad de Mejoras Materiales y Morales y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Esta última, fundada a fines de la década de los treinta con él como principal promotor, se componía de miembros propietarios, corresponsales y honorarios, y se encargaba de la información general de geografía y estadística del país. El ministro de Guerra era su presidente nato; algunas de sus actividades durante esa época fueron publicar un boletín; proponer un plan de división política; recomendar la aceptación del sistema métrico decimal; pedir la publicación de un atlas y una carta de puertos (portulano) de México; sugirieron la adopción del odómetro (medidor de distancias) e indagar el número de dialectos. Eran socios los demás ministros de Estado.<sup>233</sup> En cuanto a la Sociedad de Mejoras Materiales y Morales, sus principales trabajos serían iniciativas para construir vías de comunicación en el interior de la república; prolongar el telégrafo electromagnético hasta San Blas; explorar algunos ríos y canalizarlos y restablecer la Compañía de Jesús.<sup>234</sup> Ambas sociedades se sostenían con donativos personales.

---

<sup>231</sup> Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros...*

<sup>232</sup> Vicente Quirarte, prólogo en *ibidem*, p. XIV.

<sup>233</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 266-267.

<sup>234</sup> *Ibidem*, p. 267.

Estas actividades no evitaban que Almonte continuara aspirando al Poder Ejecutivo. Luego de la renuncia de Arista, el Congreso hubo de nombrar presidente interino, que debía ser el magistrado presidente de la Suprema Corte de Justicia, en este caso Juan Bautista Ceballos. Sin embargo, se realizó una votación en la que nuestro personaje fue postulado, lo mismo que Mariano Riva Palacio, Juan Álvarez y el propio Ceballos. Aunque todos recibieron al menos un voto, el último venció por mayoría abrumadora.<sup>235</sup>

Por su lado, Santa Anna (quien dejó el país en abril de 1848 y se había mudado a Turbaco, Colombia, luego de residir dos años en Jamaica) regresó a ejercer de nuevo la presidencia de México cuando se le convocó a ello. Desembarcó en el puerto de Veracruz el 1º de abril de 1853 y el día 20 ocupó el poder. Para ese momento, nuestro personaje es también identificado como conservador por Vicente Quirarte, prologuista de una edición facsimilar reciente de la *Guía de forasteros...*, Quirarte escribe: “coincide la circulación del libro con el regreso del imprescindible, para muchos esto fue propicio para Almonte, pues el registro del gabinete de Santa Anna revela que éste ya se identificaba con el partido conservador”.<sup>236</sup>

Sin embargo, en la *Guía...*, como en casi todos los escritos del general michoacano, no abundan las opiniones personales y menos las de índole político-ideológica. Más bien hay numerosos datos técnicos y estadísticos, de donde es difícil sustraer una conclusión sobre su posición política. Ya se dijo que en la presentación, su autor menciona el probable regreso de Santa Anna y

<sup>235</sup> Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa de México, informes diplomáticos 1853-1858, México, El Colegio de México, 1863, 4 tomos, tomo 1, p. 6.

<sup>236</sup> Vicente Quirarte, prólogo en Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros..., p. XXIV.

tal vez de allí se desprenda que le considere conservador, pero dos sucesos en esos días contradicen tal aseveración. Primero, al arribar don Antonio a México, le visitaron representantes de conservadores y liberales, a fin de ganarlo para su causa. Los primeros le presentaron un proyecto de dictadura elaborado por Lucas Alamán, los segundos, entre quienes sobresalían comerciantes y propietarios de Veracruz, le dirigieron el 13 de abril una exposición que pedía la subsistencia del sistema federal y sería presentada por Almonte y Miguel Lerdo de Tejada.<sup>237</sup> Es evidente que esto define su postura en ese momento, aunque al final sólo acudió Lerdo. Hay otro suceso más contundente, que un grupo de liberales le propusiera como ministro de Guerra.<sup>238</sup> Es entonces de suponerse que la conversión política que tendría lugar no se realizaba aún o no era total.

Antes de cumplirse la primera semana de la administración santannista, el 26 de abril, Almonte fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en la capital de los Estados Unidos.<sup>239</sup> De tiempo atrás, acaso desde el conflicto de Texas, mostraba pocas simpatías por el país vecino. Así, cuando André Levasseur, el ministro francés, informó a París de la designación, anotó que era “considerada como un signo de hostilidad hacia el gobierno de Washington”.<sup>240</sup> Tal vez, como propone Javier Rodríguez Piña, el ministro de Relaciones Lucas Alamán, principal figura del conservadurismo e ideólogo de la nueva administración, pretendió utilizar tal animadversión, pues

---

<sup>237</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 40.

<sup>238</sup> *Ibidem*, p. 42.

<sup>239</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 200.

<sup>240</sup> André Levasseur a ministro de Negocios Extranjeros, México, 30 de abril de 1853 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 1, p. 40.

el proyecto de gobierno que auspiciaba procuraba mayores alianzas con Europa que con los Estados Unidos.

Es posible también que este movimiento del presidente Santa Anna buscara alejar a su antiguo secretario. Recordemos que, durante su última colaboración, se llegó al enfrentamiento;<sup>241</sup> en ese momento Almonte representaba también un rival por la presidencia, de mayor envergadura que en 1847; era además conveniente alejar a un liberal republicano, amenaza potencial para el gobierno dictatorial que se proyectaba.

Nuestro biografiado, quien por ese entonces obtuvo el grado de general de división,<sup>242</sup> debió renunciar, por su viaje, a las sociedades a las que pertenecía. Él, un secretario y un oficial partieron en los primeros días de junio con rumbo a Washington,<sup>243</sup> a donde arribaron el 12, por la vía de Nueva Orleans. Casi un mes después, el 7 de julio, presentó sus cartas credenciales ante el presidente Franklin D. Pierce.<sup>244</sup>

En el intervalo entre su designación y su marcha, acaecieron dos hechos importantes; murió Alamán, y en la capital de los Estados Unidos se nombró a James Gadsden como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en México. Con el primer suceso, el principal arquitecto de la posible monarquía mexicana abandonó la escena.<sup>245</sup> En su calidad de ministro de Relaciones, él iba a ser quien tuviera trato directo con Almonte, dirigiendo la política hacia el

---

<sup>241</sup> Vid. supra. p. 72-73.

<sup>242</sup> Martha Ordaz Schroeder, op. cit., p. 73.

<sup>243</sup> Carmen Vázquez Mantecón, op. cit., p. 117.

<sup>244</sup> Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 200.

<sup>245</sup> Carmen Vázquez Mantecón, op. cit., p. 37-38.

país vecino y, aun cuando lo sustituyó otro conservador importante, Manuel Diez de Bonilla, el proyecto se modificó. En cuanto a la designación de Gadsden, ésta tenía como objetivo la firma de un tratado que subsanara diversas diferencias entre los gobiernos mexicano y estadounidense. Se negoció un acuerdo en la ciudad de México, con lo cual la gestión de Almonte adquirió un carácter bastante secundario.<sup>246</sup>

---

<sup>246</sup> “Almonte, imposibilitado de intervenir directamente, sólo trasmitía las noticias que circulaban en Estados Unidos”. Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 203-205.

## B) ARREGLO PACÍFICO Y DECOROSO

Las negociaciones entre los gobiernos de Pierce y Santa Anna, respectivamente representados por Gadsden y Díez de Bonilla, abordaron, entre otros temas, el cumplimiento del Tratado de Guadalupe Hidalgo, además del trazo de una nueva frontera por la venta de La Mesilla, extensa planicie al sur de Arizona y Nuevo México, que debía facilitar la construcción de un ferrocarril transcontinental a los vecinos del norte, y la suspensión del compromiso, por parte de éstos, de impedir las incursiones indias a México. En este contexto, durante el resto de 1853, Almonte permaneció a la expectativa sobre las negociaciones en su país y sobre las reacciones que éstas generaban en los Estados Unidos. Él veía un ánimo belicoso en la prensa, pero calma en el gobierno.<sup>247</sup>

Gadsden presionaba en la ciudad de México para que se aceptara un nuevo tratado; además de lo arriba indicado, buscaba una franquicia para que la flota estadounidense pudiera transitar por el golfo de California así como el paso libre por el istmo de Tehuantepec, todo a cambio de una compensación monetaria y el compromiso de encargarse de las reclamaciones que algunos de sus conciudadanos hacían al gobierno de Santa Anna.<sup>248</sup> Llama la atención que nuestro biografiado, refiriéndose a lo anterior, escribiera el 18 de agosto: “si me es permitido hablar con franqueza y con el patriotismo que me caracteriza, en presencia de la situación de este país, y de la nuestra, yo creo que debemos

---

<sup>247</sup> Ibidem, p. 202.

<sup>248</sup> Marcela Terrazas y Basante, Inversiones, especulación y diplomacia. Las relaciones entre México y los Estados Unidos durante la dictadura santannista, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, (Historia moderna y contemporánea 35), p. 46.

preferir arreglar nuestras dificultades de una manera pacífica y decorosa”.<sup>249</sup> La sugerencia denota un cambio con respecto a la postura radical que hasta entonces había tenido. Sabemos que, como a muchos de sus compatriotas, la experiencia de la guerra y la derrota de 1847 lo había marcado y se mostraba más precavido en cuanto a la posibilidad de un conflicto armado.

No obstante, y como se veía marginado de las negociaciones, en carta fechada el 22 de octubre, buscó ejercer su nombramiento y exigió al secretario de Estado, William L. Marcy, el cumplimiento del artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que fijaba la obligación de los Estados Unidos de frenar las incursiones de indios a territorio mexicano. Subrayó que, a cinco años de canjeadas las ratificaciones, lejos de cumplirse tal artículo, el lado sur estaba siendo devastado.<sup>250</sup> La nota fue ignorada por el destinatario, pero Díez de Bonilla llamó la atención a Almonte y le indicó, el 17 de noviembre, que no insistiera más en el asunto.<sup>251</sup> Así las cosas, nuestro diplomático sólo pudo mantenerse a la expectativa.

El 10 de diciembre de 1853 se inició la ronda final de conversaciones en la ciudad de México y el 30 se firmó lo que sería llamado el Tratado de la Mesilla. Ahora bien, aunque en la prensa estadounidense se hablaba bastante del texto, el ministro mexicano en Washington no lo había recibido todavía en la tercera semana de enero de 1854, si bien por los rumores que le llegaban le

---

<sup>249</sup> Almonte a Díez de Bonilla, Washington 18 de agosto de 1853 en Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 203 y en Rosalba Mayorga Caro, El Tratado de La Mesilla, catálogo de documentos del archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1848-1856), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto José María Luis Mora-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1995, (Carlos Bosch García), p. 24.

<sup>250</sup> Almonte a William Marcy, Washington, 22 de octubre de 1853 en Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 204.

<sup>251</sup> Díez de Bonilla a Almonte, México, 17 de noviembre de 1853 en *ibidem*, p. 204.

parecía que el documento sí sería ratificado por el Congreso.<sup>252</sup>

Entretanto, en su país se sucedían acontecimientos que complicaban la administración de Santa Anna. A la muerte de Alamán, siguió la de otros conservadores: José María Tornel y Mendivil y Manuel María Lombardini. Otros fueron separados de sus cargos, como Antonio de Haro y Tamariz y Francisco Suárez. El plan de gobierno se modificó y en gran medida quedó sujeto a las decisiones personales del presidente, quien comenzó a ejercer la dictadura con poderes omnímodos y, aunque no aceptó el título de emperador, sí lo hizo con el de Su Alteza Serenísima<sup>253</sup> y con el ofrecimiento de un gobierno vitalicio.<sup>254</sup>

Santa Anna restableció por entonces una institución creada durante el imperio de Iturbide: la orden de Guadalupe, de corte monárquico<sup>255</sup> y de la que él era el gran maestro. Almonte recibió la gran cruz dorada, al ser designado comendador.<sup>256</sup> Esto puede ser un indicativo de un cambio político-ideológico en nuestro personaje. Si bien no era un apoyo explícito al programa monarquista, sí se trataba de que, acaso, no le desagradaba pertenecer a una institución tan poco republicana. A diferencia de otros personajes, como los magistrados Juan B. Ceballos y Marcelino Castañeda, que rehusaron la condecoración, y que por eso fueron destituidos, el primero de la titularidad y

---

<sup>252</sup> “Yo entiendo que el tratado será aprobado por el Senado, porque aquí, generalmente, se considera ventajoso para Estados Unidos”. Almonte a Díez de Bonilla, Washington, 22 de enero de 1854 en *ibidem*, p. 206.

<sup>253</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 50.

<sup>254</sup> Marcela Terrazas y Basante, *op. cit.*, p. 44.

<sup>255</sup> De acuerdo con la propuesta de Iturbide, la orden se creaba para que, “conforme a la práctica de todas las monarquías, hubiera distinciones y honores con que retribuir el mérito de cada persona”. Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 271.

<sup>256</sup> Martha Ordaz Schroeder, *op. cit.*, p. 73.



el segundo de la vicepresidencia, ambos en la Suprema Corte de Justicia.<sup>257</sup>

El Tratado de La Mesilla y el título de Su Alteza Serenísima tuvieron consecuencias negativas para el dictador. Al tiempo que el Congreso estadounidense iniciaba los debates sobre la aceptación, rechazo o enmienda del primero, surgía un movimiento rebelde en el sur de México. Florencio Villarreal se pronunció, con el plan de Ayutla, en contra de Santa Anna, el 1º de marzo de 1854; al que se unieron Juan Álvarez e Ignacio Comonfort. El presidente respondió con medidas severas sin lograr sofocar la revuelta.

En Washington, la salud de Almonte y su familia se veía afectada por el severo clima de esa capital. Por eso, en abril solicitó que se le diera una licencia de seis meses, con goce de sueldo, para restablecerse. Su idea era residir en Baltimore, a hora y media de distancia en tren, para volver con rapidez en caso de necesidad.<sup>258</sup> La licencia le fue otorgada a fines de mayo, pero no iniciaría sino cuando se terminaran las negociaciones del tratado, el cual, luego de ser rechazado en una primera instancia y con modificaciones sustanciales hechas por el Senado estadounidense, fue devuelto a México.<sup>259</sup>

Santa Anna lo firmó y lo regresó sin demora. A su vez, el presidente Pierce lo remitió el 21 de junio al Senado y la Cámara de Representantes para su aprobación y asignación de presupuesto. Por esos días, Almonte, quien seguía al margen, se presentó ante Marcy, el secretario de Estado, y pretendió hacer efectivo el cobro de los diez millones de pesos que se iban a pagar, lo

---

<sup>257</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 267.

<sup>258</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 213.

<sup>259</sup> Marcela Terrazas y Basante, *op. cit.*, p. 53-55.

cual le fue negado con el argumento de que el ejecutivo de los Estados Unidos no podía alterar el ya acordado artículo 3º, donde se había estipulado el pago de siete millones luego del canje de las ratificaciones, y los otros tres al terminar de fijarse los límites.<sup>260</sup>

La aprobación definitiva se dio el 29 de junio y, al día siguiente, Almonte se reunió con Marcy para pactar el pago. Terminados los arreglos, nuestro personaje pasó al departamento del Tesoro, en donde recogió la orden de cobro para Nueva York, a donde viajó. A fin de asegurar el dinero y obtener algún interés mientras el gobierno mexicano no dispusiera otra cosa, allí lo distribuyó en diversos bancos: *Bank of America, New York's Bank, Merchant's Bank y Fenix Bank*.<sup>261</sup> Lo anterior no le valió ningún reconocimiento, pero sí le hizo pasar algunos malos momentos.

En efecto, Santa Anna consideró que Almonte había hecho el cobro sin tener facultades para ello, pues, a pesar de que en la primera versión del tratado se le autorizaba a recibir el pago, en el documento definitivo se omitió una designación.<sup>262</sup> Desconfiado, el presidente de México trató a su representante “como un alzado, como un bancarrotero [...] retirándole los fondos con premura, como si de momento en momento creciera en sus manos el riesgo de perderlos”.<sup>263</sup> Instruyó entonces al cónsul en Nueva Orleans, Francisco de Paula y Arrangoiz, para que se trasladara a Nueva York de inmediato. Así lo hizo éste, llevando consigo el nombramiento de enviado extraordinario y

---

<sup>260</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 210.

<sup>261</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 189-190.

<sup>262</sup> Almonte a Díez de Bonilla, Washington, 4 de julio de 1854 en Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 212.

<sup>263</sup> Ponciano Arriaga, Los millones de la Mesilla en parte descubiertos por uno de los pro-hombres del gobierno actual de México, México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1975, p. 23.

ministro plenipotenciario, el cual tenía instrucciones de no usar si los caudales le eran entregados por Almonte sin objeción.<sup>264</sup>

La licencia de descanso del hijo de Morelos se hizo efectiva en agosto, luego de dejar a Arrangoiz encargado de la legación en Washington y, como el dinero fue entregado sin contratiempos, la sustitución forzosa no se hizo necesaria. Sin embargo, en un intento de mantener a Almonte fuera del país, el gobierno mexicano pretendió que tomara el descanso en Europa y le otorgó, para después del término de éste, el nombramiento de ministro plenipotenciario en Viena y ante el rey de Nápoles.<sup>265</sup> El encargo diplomático fue aceptado por nuestro biografiado, por lo que, de la indemnización que recibió, retuvo 12 000 pesos como pago adelantado por un año de la tarea que iba a iniciar.<sup>266</sup>

Mientras él hacía los preparativos para su partida, a don Francisco de Paula se le autorizó a hacer efectivo su nombramiento en Washington, pero se canceló en noviembre, luego de que en México se supo que había cobrado el uno por ciento de comisión por el manejo del dinero.<sup>267</sup> Actuando más como agente particular que como empleado del gobierno, se apropió de 68 390.57 pesos. La ira de Santa Anna ante tal proceder le obligó a mantener a Almonte en los Estados Unidos y trató de castigar el abuso del otro.<sup>268</sup>

De modo que, en enero de 1855, nuestro personaje recibió ordenes de permanecer en donde estaba. La noticia le resultó desagradable, pero aceptó y,

---

<sup>264</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 214.

<sup>265</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 128.

<sup>266</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>267</sup> El 23 de octubre, Arrangoiz envió un desglose del estado de cuenta de los fondos de la indemnización, donde notificó el cobro de su comisión. Marcela Terrazas y Basante, *op. cit.*, p. 83.

<sup>268</sup> Ponciano Arriaga, *op. cit.*, p. 25.

por instrucción superior, inició en los tribunales del vecino país un juicio contra Arrangoiz.<sup>269</sup> La discusión sobre si tenía o no derecho de cobrar una comisión se alargó mucho tiempo. Al verse en aprietos, el acusado dio a conocer la correspondencia particular reservada y oficial que había sostenido con el ministro Díez de Bonilla, en un folleto: *manifestación de D. Francisco de Arrangoiz y Berzábal a sus conciudadanos y amigos*.<sup>270</sup> Este proceder evidenció la corrupción del régimen santannista y la desconfianza de éste hacia don Juan Nepomuceno. Al final, sin un resultado definitivo, el ex cónsul en Nueva Orleans se refugió en Europa.<sup>271</sup>

Otro asunto que Almonte trató fue la ocupación militar de La Mesilla, hecha desde antes del inicio del trazado divisorio, lo que violaba al reciente tratado que nada más permitía la entrada de las comisiones delimitadoras. Desde enero de 1855 comenzaron las notas de protesta, pero el gobierno de Washington contestó con evasivas. En mayo, se continuaba insistiendo en que los Estados Unidos no tenían derecho de mantener su ejército en ese territorio mientras no se terminaran de fijar los límites o que, en su defecto, debían pagar los tres millones de pesos restantes. A mediados de mes, Marcy respondió tajante que no había tal violación.<sup>272</sup>

El ministro de Relaciones, Díez de Bonilla, comenzó a tener problemas con Gadsden, quien no sólo mostraba gran altanería, sino que llegó al grado de calificar a Santa Anna, en una nota oficial, de tirano y arbitrario. Por ello, el 1º

---

<sup>269</sup> Marcela Terrazas y Basante, *op. cit.*, p. 83.

<sup>270</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 217 y Marcela Terrazas y Basante, *op. cit.*, p. 83.

<sup>271</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 218.

<sup>272</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 219.

de junio envió a Almonte la indicación de avisar formalmente al Departamento de Estado su retiro de Washington.<sup>273</sup> Al fin, éste no lo hizo pero no cesó de solicitar su relevo de la legación. Por último, el 26 de junio de 1855, Díez de Bonilla le autorizó para volver al país a restablecer su salud.<sup>274</sup> Tampoco pudo hacerlo; en esa ocasión los sucesos en México fueron los que se lo impedirían.

Sucedía que el gobierno de Su Alteza Serenísima se tambaleaba cada vez más. En los primeros meses de 1855, Ignacio Comonfort había realizado un viaje a los Estados Unidos, donde consiguió dinero y armas, y de regreso trabajó con ahínco para propagar la insurrección. Santa Anna hizo dos campañas militares en el sur de la república y en el Bajío, sin tener buenos resultados. A mediados de año, había brotes de violencia en Michoacán, Tamaulipas, Guerrero y Jalisco; Colima se hallaba en poder de aquel jefe y el general Félix María Zuloaga, luego de ser capturado por los rebeldes, decidió apoyarlos con una importante brigada. También Monterrey se alejó de la administración nacional. Ante la situación, el dictador pretendió reorientar su política y propuso convocar a un Congreso o renunciar al poder, pero como el Partido Conservador no aceptó ninguna de las propuestas, decidió abandonar el gobierno.<sup>275</sup> El 9 de agosto salió subrepticamente de la ciudad de México y el 16 se embarcó en Veracruz. El día 13, en la capital, la guarnición adoptó el Plan de Ayutla.<sup>276</sup>

---

<sup>273</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 4 de junio de 1855 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 1, p. 184. En esta carta, el diplomático francés informó a su gobierno sobre la instrucción.

<sup>274</sup> Díez de Bonilla a Almonte, México, 26 de junio de 1855 en Javier Rodríguez Piña, op. cit., p. 220.

<sup>275</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, op. cit., p. 831.

<sup>276</sup> Carmen Vázquez Mantecón, op. cit., p. 232 y Justo Sierra, op. cit., p. 269.

Estos sucesos detuvieron en Washington a Almonte, quien esperó a ver en qué desembocaba la revolución. Juan Álvarez asumió el gobierno interino y le pidió que permaneciera en su puesto.<sup>277</sup> Aceptó, pero sus solicitudes de traslado continuaron, apelando a la mala salud de él y su esposa. Por ello, en noviembre se le designó representante diplomático en Inglaterra.<sup>278</sup> Con cierta animadversión, volvió a aceptar, pero su traslado no fue inmediato y continuó en la capital del país vecino sin dejar de quejarse del mal clima y la falta de recursos que sufría la legación. Su comisión en los Estados Unidos terminó oficialmente el 29 de noviembre de 1855, cuando Álvarez envió al presidente Pierce una nota comunicándoselo.<sup>279</sup>

Los cambios siguieron en México. El interinato de Álvarez terminó el 13 de diciembre, al asumir Comonfort la presidencia sustituta. Días después, el 22, se nombró a Manuel Robles Pezuela sucesor de Almonte, quien continuaba con el despacho diplomático en Washington, mientras no llegaba su reemplazo.<sup>280</sup>

El gobierno de Álvarez había convocado a un Congreso Constituyente desde agosto, que inició sus sesiones en febrero de 1856.<sup>281</sup> En enero de ese año una revuelta dirigida por Antonio de Haro y Tamariz se apoderó de Puebla y aunque en marzo había sido sometida, era un signo de que, aun cuando el santannismo había sido derrotado en esa ocasión, otros grupos de tendencia conservadora no estaban eliminados. Para complicar las cosas, surgieron diferencias entre el Ejecutivo y el Legislativo, pues, mientras el primero trataba

---

<sup>277</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 220.

<sup>278</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 313.

<sup>279</sup> Javier Rodríguez Piña, *op. cit.*, p. 221.

<sup>280</sup> Luis de la Rosa a Almonte, México, 28 de abril de 1856 en *ibidem*, p. 222.

<sup>281</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 273.

de ser conciliador con todos los grupos, en el Congreso los liberales parecían dominar sobre los conservadores.<sup>282</sup>

Robles Pezuela arribó a Washington hacia marzo de 1856 y, por fin, Almonte dejó de despachar. Su nombramiento en Londres estaba en pie, pero, antes de ir a Europa, viajó a México. Allí, en mayo, al revisar los actos de gobierno de Santa Anna, el Congreso examinó los nombramientos de generales y algunos fueron anulados como los de Francisco Pacheco, Pedro Ampudia y Martín Carrera; otros se mantuvieron, como el de nuestro personaje, quien continuó ostentando el grado de general de división.<sup>283</sup>

Los gobiernos de Álvarez y de Comonfort fueron liberales y republicanos. Respetaron a Almonte a pesar de su colaboración con la dictadura de Santa Anna ya que se le asociaba con la venta de La Mesilla, vista como traición a la patria. Aun cuando en este momento existían ya indicios de que Almonte no era tan renuente al conservadurismo como antes, no se puede considerar todavía que ya abrazara esas ideas. Fue acaso por esto que ambos presidentes lo mantuvieron en el gobierno, aunque también pudo influir el hecho de que tampoco había una amplia gama de colaboradores de la cual pudiesen echar mano, o que desearan tenerlo alejado del país por su conocida aspiración a la presidencia. Así, el ministro francés Alexis de Gabriac escribió el 1º de mayo a su gobierno: “el general Almonte dejó su cargo de ministro en Washington para pasar a ocupar el mismo puesto en Londres. Se le alejó a toda

---

<sup>282</sup> *Ibidem*, p. 286 y Ralph Roeder, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 228.

<sup>283</sup> Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 1, p. 287.

prisa pues se temió que pretendiera la presidencia”.<sup>284</sup>

Entretanto había gran actividad legislativa, la cual desafió de manera importante a los conservadores. En abril, se aprobó una ley que afectaba los fueros, la “ley Juárez”, que limitaba la jurisdicción de los tribunales eclesiástico y militar a los miembros de esas instituciones. En mayo, se expulsó al obispo de Puebla, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y el 15 se promulgó un *Estatuto Orgánico Provisional*, que regiría al país de manera transitoria y donde se consignaron elementos de corte liberal.<sup>285</sup> En junio, se promulgó la conocida como “ley Lerdo”, que desamortizaba las propiedades de manos muertas. Estas medidas, además de provocar reacciones violentas, agravaron la escisión entre el Ejecutivo y el Legislativo, pues el primero no deseaba ser muy radical para evitar divisiones extremas y sucesos como el ocurrido en ocasión del aniversario del grito de Independencia (16 de septiembre), cuando en el mineral de San Dimas, Durango, algunos pobladores, exaltados por los discursos patrióticos de la fecha, asesinaron a dos ricos españoles.<sup>286</sup>

En cuanto al general Almonte, como ya se mencionó, sus aspiraciones presidenciales resultaban peligrosas para el gobernante en turno. Habían sido difíciles para Paredes, Santa Anna, Arista y ahora Comonfort. Sin embargo, en esta ocasión, el recelo parecía más fundado, ya que, si bien se le urgía a salir

---

<sup>284</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 1º de mayo de 1856 en *ibidem*, tomo 1, p. 276.

<sup>285</sup> “Estatuto Orgánico Provisional de la República Mexicana” en Horacio Labastida (estudio preliminar y compilador), *Reforma y República restaurada, 1823-1877*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1995, p. 177.

<sup>286</sup> Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional 1857-1867*, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1987, 3 tomos, tomo 1, p. 361-362.



rumbo a Londres, permaneció en México varios meses. Hacia el 10 de octubre, ya estaba el viaje preparado, pero su partida, tan afanosamente buscada por el presidente, no se realizó porque perdió el barco y debió quedarse otro mes en Veracruz. El ministro francés Alexis de Gabriac, se preguntó: “¿fue azar, negligencia o cálculo?, sea lo que fuere todo mundo hace malos augurios”.<sup>287</sup> Días después, corrió el rumor de que se preparaba un movimiento sedicioso en ese puerto, encabezado por él, posible explicación de su demora para partir.<sup>288</sup> Ahora bien, aunque poco después, Tomás Mejía iniciaría una revuelta en Sierra Gorda, Querétaro, proclamando “religión y fueros” y secundada en otros puntos, como Cuernavaca y Puebla, no existen elementos que prueben que nuestro biografiado estuviera involucrado en ella. Finalmente, su navío zarpó para Europa el 30 de noviembre.<sup>289</sup>

El ataque de los legisladores liberales contra el conservadurismo se centró principalmente en la Iglesia, por lo que varios de sus miembros fueron detenidos, desterrados o vigilados, pero los extranjeros ricos padecieron también la xenofobia de la población. El 18 de diciembre, un grupo de hombres armados, con “vivas” a la república y “muertas” a los gachupines, asaltaron la hacienda de San Vicente del distrito de Cuernavaca, asesinando a cinco españoles. El enviado de Madrid dio un carácter político a esas muertes y a las de San Dimas, pero como el gobierno mexicano sólo las reconoció como

---

<sup>287</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 10 de octubre de 1856 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 1, p. 346.

<sup>288</sup> Ibidem, tomo 1, p. 348.

<sup>289</sup> Almonte a ministro de Relaciones Exteriores, Veracruz, 30 de noviembre de 1856 en Expediente Personal de Almonte en el AHSREM, legajo H/131”834”/136, segunda parte, foja 177.

crímenes comunes, las relaciones entre ambos países se suspendieron.<sup>290</sup>

La nueva Constitución se proclamó el 5 de febrero de 1857 y resultó más radical de lo que deseaba Comonfort (si bien no lo era tanto). No obstante, la reconoció. La oposición clerical y de los conservadores fue tal que, el 17 de mayo, se emitió un decreto mandando que todos los empleado públicos jurasen cumplirla y hacerla cumplir. Quién no lo hizo, perdió el empleo.<sup>291</sup>

Nuestro personaje, anota la doctora Pi-Suñer, también realizó el juramento de la Constitución, y desde luego que debió hacerlo pues continuó con su trabajo en el gobierno. Este suceso podría hablar de que, en ese momento conservaba aún su filiación liberal, pero desconocemos cuál era su posición respecto a los sucesos del país. La misma autora menciona que Almonte recuperó cierta confianza por parte del presidente. Debió existir en ello algún grado de afinidad política pues incluso lo invitó a trasladarse a París, donde debía estar pendiente de José María Lafragua,<sup>292</sup> quien desde esa ciudad buscaba subsanar las diferencias con España. Siendo así, en los últimos meses de 1857, se le nombró, además, ministro de México en Francia.<sup>293</sup>

---

<sup>290</sup> Pedro Sorela, encargado de negocios de España pasó varias notas reclamando la persecución y el castigo de los criminales. El 10 de enero de 1857 dio un plazo de ocho días para recibir satisfacción, y al no obtenerla, el 19 pidió sus pasaportes. Antonia Pi-Suñer Llorens y Agustín Sánchez, Una historia de encuentros y desencuentros. México y España en el siglo XIX, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, p. 118-128 y Miguel Galindo y Galindo, op. cit., tomo I, p. 363.

<sup>291</sup> Agustín Rivera, Anales mexicanos, la reforma y el segundo imperio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. 20.

<sup>292</sup> Antonia Pi-Suñer, "La labor anti-intervencionista de los liberales en París (1856-1862)" en Tempus. Revista de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, México, Universidad Nacional Autónoma de México, otoño de 1993, p. 107.

<sup>293</sup> Almonte entregó la legación inglesa en agosto de 1858. Almonte a ministro de Relaciones Exteriores, sin lugar de origen, 16 de agosto de 1858 en Expediente Personal de Almonte en el AHSREM, legajo H/131"834"/136, segunda parte, foja 240.

Como se puede apreciar, se ha considerado a nuestro personaje militante del conservadurismo para la década posterior a la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, aunque más bien procedía de acuerdo con el liberalismo republicano; cabe aclarar que los conservadores no eran necesariamente monarquistas, pues, mientras algunos sectores entre ellos aceptaban la república como forma de gobierno, siempre y cuando se preservaran los privilegios de clase y las instituciones a su servicio, los monarquistas pugnaban por un cambio de régimen instaurando un reinado, hasta con un príncipe extranjero. Ahora bien, si en este momento se pudiera atribuir a Almonte la acepción de conservador, habría que agregar que no era monárquico. Mas esta transición parecía cada vez mas cercana.





**CAPÍTULO 4**  
**CIRCUNSTANCIA, CONVICCIÓN Y CONVENIENCIA**  
**(1858-1861)**

**A) MINISTRO *AD HOC*.**

A fines de 1857, importantes sucesos en el país comenzaron a determinar un tránsito político en Almonte respecto a su colaboración con el tipo de gobierno, pues en diciembre se proclamó el Plan de Tacubaya, que, auspiciado por grupos conservadores, fue el desconocimiento del orden constitucional por parte de Comonfort en detrimento de la administración liberal, lo cual dio inicio la llamada guerra de Tres Años. Es probable que, en los seis meses que siguieron, él tomara la decisión de modificar su postura político-ideológica, pues, hacia mediados de 1858, ya se había involucrado con varios monarquistas mexicanos. Como se verá, algunos autores han supuesto que el cambio se realizó por una actitud egoísta que lo llevó a decidir, un día, que convenía más a sus intereses personales mudar su militancia. Los sucesos posteriores, durante la intervención francesa, indican que, si bien algunas de sus actitudes podrían calificarse de oportunistas, tuvo también motivos más serios.

Así, Francisco Zarco, liberal que le fue contemporáneo, escribió en un artículo del diario *El Siglo XIX*, el 28 de abril de 1862: “Almonte era servidor del gobierno constitucional [...] y se pasó con armas y bagajes a la facción tacubayista, sin más miras que la de conservar el sueldo, y desde entonces

trabajó contra los principios políticos de que en diversas épocas había hecho alarde”.<sup>294</sup> Manuel Payno, también contemporáneo suyo, opinó en el mismo sentido.<sup>295</sup> Por su parte, el historiador Miguel Soto dice:

varios políticos mexicanos que estuvieron en contra de cualquier posibilidad de que un monarca extranjero viniera a gobernar en México en 1846, figuraron entre los colaboradores mas importantes del imperio de Maximiliano. Seguramente un simple oportunismo político sería la explicación en lo que se refiere a Juan Nepomuceno Almonte y Antonio de Haro y Tamariz.<sup>296</sup>

Más autores aceptan esta propuesta; nos parece, sin embargo, que el proceso fue complejo, por lo que hay que hacer algunas consideraciones al respecto.

Aunque se ha planteado que el cambio de nuestro personaje pudo operarse durante la dictadura santannista,<sup>297</sup> es mucho más probable que ocurriera hacia 1858. En la cita anterior de Zarco, se dice que, desde que se pasó a la facción tacubayista, Almonte trabajó contra la república. Francisco de Paula y Arrangoiz también escribe al respecto, aunque sus anotaciones son contradictorias. Dice primero, que en 1850, al contender por la presidencia de la república contra Arista, Almonte pertenecía al partido conservador,<sup>298</sup> pero

---

<sup>294</sup> Francisco Zarco, Periodismo político y social, México, Centro de Investigaciones Científicas, 1992, (Obras Completas, XI), p. 86.

<sup>295</sup> Manuel Payno, Compendio de historia de México, México, F. Díaz de León, 1880, p. 204.

<sup>296</sup> Miguel Soto Estrada, op. cit., p. 246.

<sup>297</sup> Vid. supra, p. 84-85.

<sup>298</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, op. cit., p. 411-412.

después refiere que, en 1862, “fue muy conveniente que [...], aunque no era el jefe de más confianza de los monárquicos a causa de sus antecedentes políticos y de estar muy reciente su conversión, se pusiera al frente de las fuerzas mexicanas conservadoras”.<sup>299</sup> En el último párrafo podríamos encontrar la indicación de que el cambio se efectuó, a fines de la década de 1850; si hubiera sido al inicio de ésta, el cambio no sería “muy reciente”.

Ahora bien, si esta consideración no bastara, en su *Compendio de historia de México*, Payno sostiene que el motivo por el cual Almonte se alió a la reacción fue que el gobierno juarista no lo ratificó en 1858, “por aspirantismo y venganza, por haberlo separado [...] de la legación en Francia”.<sup>300</sup> Historiadores posteriores han creído también que el cambio se efectuó por esas fechas. Antonia Pi-Suñer escribe que, durante el gobierno de Ignacio Comonfort, “Almonte militó en las filas del liberalismo, e inclusive había prestado juramento a la entonces debatida Constitución de 1857”; líneas más adelante anota que, en enero de 1858, tras la llegada de Félix Zuloaga al poder, “fue ratificado como plenipotenciario del gobierno de Tacubaya en París, aliándose desde aquel momento a la reacción”.<sup>301</sup> De la misma forma, Christian Schéfer escribe: “en política Almonte había empezado por ser un radical extremista, para convertirse finalmente, al fin de su evolución, en monárquico exaltado. Probablemente no había llegado a ello todavía en 1858, porque tenemos razones para pensar que no compartía en ese momento las

---

<sup>299</sup> *Ibidem*, p. 525.

<sup>300</sup> Manuel Payno, *op. cit.*, p. 204.

<sup>301</sup> Antonia Pi-Suñer Llorens, “La labor anti-intervencionista...”, p. 107.



ambiciones y las ilusiones de Gutiérrez e Hidalgo”.<sup>302</sup> Aunque este autor no menciona estas razones, opinamos también que Almonte modificó su postura política después de 1857.

En suma, debido a que Benito Juárez no lo mantuvo en su puesto de ministro plenipotenciario en Francia, como sí lo hizo Félix Zuloaga, nuestro biografiado cambió de partido. Sobre este punto, volveremos más adelante. Veamos ahora algo de la circunstancia nacional.

Ignacio Comonfort estuvo al frente del gobierno a lo largo de 1857, impulsando la Constitución promulgada el 5 de febrero y tomando incluso medidas para aplicarla. En julio, al realizarse los comicios nacionales, él mismo fue electo presidente del país, y Benito Juárez quedó al frente de la Suprema Corte de Justicia. Pero don Ignacio no tenía gran confianza en la Carta Magna pues le parecía muy radical para el momento y, por ende, difícil de cumplir. En su opinión: “aquella Constitución que debía ser iris de paz y fuente de salud [...] iba a suscitar una de las mayores tormentas que jamás han afligido a México, [...] su observancia era imposible, y su impopularidad un hecho palpable”.<sup>303</sup> Por esta desconfianza, el 15 de diciembre, apenas dos semanas después de haber tomado posesión, decidió apoyar un golpe de Estado contra el Congreso. El día 17, el general Félix María Zuloaga proclamó el plan de Tacubaya, en el que propuso que el recién promulgado estatuto cesara de regir a la nación, pero que el presidente Comonfort continuase al frente de la

---

<sup>302</sup> Christian Schéfer, Los orígenes de la intervención francesa en México, 1858-1862, México, Porrúa, 1963, p. 51.

<sup>303</sup> Manifiesto de Ignacio Comonfort, Nueva York, julio de 1958, citado en Agustín Rivera, op. cit., p. 42.

dirección del país.<sup>304</sup>

La asociación de estos dos personajes resultó desafortunada pues el primero se alió a su vez con el clero y pretendió un gobierno que no sólo eliminara la ley fundamental, sino que respetase los privilegios de la Iglesia. De ahí que el gobierno de Veracruz, que había apoyado el movimiento, se retractara el 30 de diciembre y aceptase la Constitución. A principios de enero de 1858, Zuloaga desconoció al Ejecutivo y se proclamó jefe del gobierno. Comonfort quiso rectificar; el 11 de enero puso en libertad a varios presos políticos (entre ellos, a Juárez), e inició la resistencia contra el ejército sublevado. Aunque sólo soportó hasta el 21, en que salió del país.<sup>305</sup>

El mismo día de su excarcelación, Juárez marchó a Guanajuato, donde organizó un gobierno pues, con apego a la Constitución, como titular de la Suprema Corte, él debía asumir la presidencia ante la ausencia del Ejecutivo. Su fuerza era muy precaria, por lo cual, apenas a un mes de instalado, la presión enemiga lo hizo huir a Guadalajara, donde fue aprehendido con varios de sus colaboradores y estuvieron en peligro de muerte. Luego de salvarse, partieron rumbo a Colima y de allí, el 7 de abril, viajaron a Manzanillo, donde abordaron un barco que, por la vía de Panamá, los dejó en Veracruz el 4 de mayo.<sup>306</sup> El gobierno liberal tenía graves problemas ante el avance del ejército conservador y, aunque algunos estados le seguían siendo fieles, las ciudades más importantes estaban ocupadas por los afectos a Zuloaga, a quien, por otro lado, también reconocían los países con los cuales existía relación diplomática.

---

<sup>304</sup> Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, tomo I, p. 40.

<sup>305</sup> *Ibidem*, p. 43.

<sup>306</sup> *Ibidem*, p. 121.

En este contexto, nuestro personaje inició su colaboración con el régimen conservador. Cinco habían sido los ministros de Relaciones Exteriores desde que él llegó a Europa y, a partir de enero de 1858, hubo dos más: por el lado de Juárez, Melchor Ocampo; por el de Zuloaga, Luis Gonzaga Cuevas. Mientras el gobierno liberal huía, en París se estaba en trato con Almonte, ahora interlocutor proclamado por el gobierno instalado en la capital mexicana.<sup>307</sup>

Siendo así, en una comunicación de la diplomacia francesa se anotó por entonces que “los santannistas y los partidarios del general Almonte, que eran las dos facciones del partido clerical, acordaron poner a Iturbide como único candidato”, para lo cual eliminaron del plan de Tacubaya el nombre de Comonfort.<sup>308</sup> Como se ve, el general michoacano tenía ya simpatizantes en el grupo “clerical”, que se distinguían, por lo demás, del grupo santannista. Mucho había andado políticamente desde sus tiempos de colaboración con don Antonio.

Los liberales fueron prácticamente borrados del mapa mexicano durante varios meses y no fue sino hasta julio de 1858 cuando su reorganización les permitió iniciar la contraofensiva, seis meses después de la marcha de Comonfort. Desde luego que su tarea primordial, en el ínterin, había sido, primero, la supervivencia política, después la organización de la defensa, más

---

<sup>307</sup> Oseguera a Ocampo, París, 30 de julio de 1858 en Luis Weckman, Las relaciones franco mexicanas (1839-1867), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962, 2 tomos, tomo 2, (Archivo Histórico Diplomático mexicano 2), p. 68.

<sup>308</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 12 de enero de 1858 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 1, p. 453. En cuanto a cuál de los hijos de Agustín de Iturbide se refiere, no logramos identificarlo.

tarde el ataque bélico. De ahí que las cuestiones de gobierno, como la designación de representantes diplomáticos, debieran esperar, máxime que el régimen no era reconocido por las potencias europeas, ni siquiera por los Estados Unidos.<sup>309</sup>

Durante este periodo, un suceso volteó a los liberales contra Almonte: el 3 de marzo de 1858, Zuloaga lo nombró ministro plenipotenciario *ad hoc* para los negocios con España.<sup>310</sup> Las relaciones con esta nación habían sido rotas con el pretexto de los asesinatos de San Dimas y San Vicente,<sup>311</sup> con la probable mira de la reina Isabel II de crear un conflicto para justificar una intervención armada. Cuando los liberales en México sospecharon que la injerencia hispánica podría ser inducida por el gobierno conservador para recibir apoyos, nuestro biografiado se convirtió en el centro de atención y, como las exigencias de Madrid se consideraron desmesuradas, el problema empeoró. Sin embargo, para la administración tacubayista, dueña entonces de buena parte del territorio nacional, la intervención no era una prioridad, además de que deseaba principalmente el auxilio de Francia, la madre patria sólo era considerada en segundo o tercer lugar.<sup>312</sup> Por ello, el 31 de marzo, el secretario de Relaciones, Luis G. Cuevas, envió instrucciones a Almonte de combatir la idea de que en México había persecución contra los españoles y prometió

---

<sup>309</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 277.

<sup>310</sup> Agustín Cué Canovas, *op. cit.*, p. 22.

<sup>311</sup> *Vid. supra*, p. 99-100.

<sup>312</sup> “Si bien España fue considerada en primera instancia por aquellos grupos como la nación “salvadora”, poco a poco fue suplantada en este papel por Francia”; este país pareció ser el único capaz de salvar a México, aparte del problema de que la intervención de aquella podía ser vista como una reconquista velada. Antonia Pi-Suñer Llorens, *El general Prim y la cuestión de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1996, p. 85-86.

castigar a los asesinos de San Vicente y San Dimas. Así, nuestro personaje inició pláticas con Alejandro Mon, ministro de Madrid en Francia, designado para tratar lo referente a México.<sup>313</sup>

En mayo acaeció algo que situó a Almonte ya en el grupo monarquista. Ese mes enfermó de gravedad, por lo que viajó a Niza a restablecerse. Fue sustituido por Ignacio Valdivieso en las pláticas con Mon y su salud corría tal riesgo que el gobierno mexicano consideró aun la posibilidad de una sustitución definitiva.<sup>314</sup> Durante la convalecencia, nuestro diplomático recibió la visita de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, uno de los principales monarquistas mexicanos; quien relata que aquel le pidió que trabajara por la intervención europea en México.<sup>315</sup> ¿Qué le había sucedido? ¿Acaso, al suponer próximo su fallecimiento, vio más graves la inestabilidad de su patria y el peligro que representaban los Estados Unidos y creyó que lo más conveniente sería una intervención armada que la pacificara? Si así fue, tendría oportunidad para realizar su idea, pues un par de meses después se encontraba mejor y de regreso en sus actividades en Francia

La colaboración de Almonte con Hidalgo se hizo entonces más estrecha y el primero nombró, en julio al segundo su representante en París, en sustitución de Andrés Oseguera,<sup>316</sup> para cuando él tuviera que salir de la ciudad. Por su parte, ante la disminuida presión del ejército conservador y

---

<sup>313</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, tomo 1, p. 379.

<sup>314</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 1º de junio de 1858 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 2, p. 19.

<sup>315</sup> Sofía Vereá de Bernal (compiladora), Un hombre de mundo escribe sus impresiones, cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, ministro en París del emperador Maximiliano, México, Porrúa, 1978, (Biblioteca Porrúa 16), p. 244.

<sup>316</sup> Andrés Oseguera a Melchor Ocampo, París, 30 de julio de 1858 en Luis Weckmann, *op. cit.*, p. 68.

crecimiento de la fuerza liberal al grado de iniciar la contraofensiva, el gobierno juarista auspició un intento de ser reconocido por Francia; de ahí que se pretendiera sustituir a Almonte con Juan Antonio de la Fuente, sin éxito, pues aquel continuó siendo favorecido con el reconocimiento de París.<sup>317</sup>

Mientras tanto, las pláticas celebradas con Mon buscaban el restablecimiento de las relaciones con España, pero, ante la falta de acuerdo, nuestro personaje solicitó el apoyo de los gobiernos francés e inglés para que sirvieran de mediadores. Al final, cedió en muchas de las exigencias de la contraparte y el 30 de noviembre enteró a México que España no iniciaría una guerra en su contra aunque sí enviaría buques a Tampico y Veracruz para salvaguardar a sus ciudadanos; también informó que, gracias a las potencias mediadoras, Mon no pudo justificar una intervención y debió contentarse con fijar la indemnización para los deudos de las víctimas de San Dimas y San Vicente.<sup>318</sup> En actitud conciliadora, el 30 de diciembre, Almonte escribió una carta al secretario de Estado español, Saturnino Calderón Collantes, manifestándole que, en México, se veía a los españoles como amigos.<sup>319</sup>

Que Félix Zuloaga fuera sustituido por Miguel Miramón en la presidencia conservadora entre diciembre de 1858 y enero de 1859<sup>320</sup> no modificó la nueva postura de Almonte, quien, para la fecha del ascenso del segundo, colaboraba ya plenamente con los monarquistas. Guillermo Prieto

---

<sup>317</sup> Christian Schéfer, *op. cit.*, p. 103.

<sup>318</sup> Citado en Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 380.

<sup>319</sup> Almonte a Calderón Collantes, París, 30 de diciembre de 1858 en *ibidem*, p. 379.

<sup>320</sup> El 23 de diciembre de 1858, una rebelión proclamó el Plan de Navidad. Cesó a Zuloaga y entregó la administración interina a Manuel Robles Pezuela, quien convocó a una junta el día 29 para nombrar presidente sustituto. Siendo Miramón el designado, éste asumió el cargo el 21 de enero de 1859. Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, tomo 1, p. 202-207.

considera que, para ese año, él, junto con Hidalgo “eran amigos íntimos de Gutiérrez de Estrada”.<sup>321</sup>

---

<sup>321</sup> Guillermo Prieto, Lecciones de historia patria, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 404.

## B) DECLARADO TRAIADOR

Una característica particular de la guerra de Tres Años fue que el encono entre las partes estaba a tal punto exacerbado, que no se intentó una transacción, sino que, por el contrario, se privilegió el castigo. Los dos bandos eran irreconciliables y su divisa fue ganar o morir. El equilibrio bélico fluctuaba, sin que ninguno de los contendientes lograra una victoria definitiva, por lo que ambos buscaron con ahínco cualquier elemento que pudiese inclinar la balanza. La mayor urgencia era el dinero y las armas, que podían ser provistas por alguna potencia extranjera, por lo que las relaciones diplomáticas tuvieron la mayor importancia.

El gobierno de los Estados Unidos reconoció en marzo de 1859 al de Juárez, el cual, como ya se indicó, se hallaba asentado en lo que fue bastión liberal durante la guerra: Veracruz.<sup>322</sup> El apoyo del vecino del norte se tradujo en más que buenos deseos. Así como la simpatía del régimen español hacia Miramón implicó facilidades para atacar el puerto jarocho desde Cuba, la armada de la república del norte evitó que esto sucediera.<sup>323</sup> En septiembre, Almonte recibió indicaciones de fortalecer el trato con Inglaterra, pues el presidente conservador temía que este país reconociera a la administración contraria.<sup>324</sup>

---

<sup>322</sup> Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, P. 254.

<sup>323</sup> Miramón bombardeó el puerto con dos vapores, los cuales fueron atacados, derrotados y conducidos a Nueva Orleans por barcos de la armada estadounidense que, no obstante, permaneció en las cercanías de Veracruz obligando al ejército conservador a levantar el asedio por tierra. Ernesto de la Torre Villar (compilador), *El triunfo de la república liberal, 1857-1860*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 143.

<sup>324</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 22 de septiembre de 1859 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión Francesa...*, tomo 2, p. 111.



Ese mismo mes, se consiguió el restablecimiento de las relaciones con Madrid. Aunque el ministro español no quería aceptar la propuesta mexicana, la mediación de las grandes potencias fue tan importante que, al fin, el día 26, se firmó en París lo que se conoce como el Tratado Mon-Almonte.<sup>325</sup> José Manuel Hidalgo relata que, en realidad, las negociaciones las realizaron los secretarios de las legaciones, es decir, él y Gaspar Muro, y que los titulares sólo proporcionaron su firma.<sup>326</sup> Igualmente narra que, una vez reanudadas las relaciones, él continuó frecuentando a Mon, con quien más tarde le uniría una gran amistad, “aun asuntos de su embajada (escribió) solía confiármelos y departíamos sobre ellos”.<sup>327</sup> Hacia fines de noviembre, las ratificaciones salieron de México entre la correspondencia diplomática francesa, debidamente firmadas por las autoridades conservadoras, para que Almonte pudiera terminar su misión.<sup>328</sup>

La firma del tratado con España y la pugna irreconciliable entre liberales y conservadores marcaron de manera irreversible a nuestro biografiado. Desde luego, Juárez no reconoció los compromisos establecidos en aquel documento, pero además declaró traidor a quien lo firmó.<sup>329</sup> Se le cerraron así las puertas de regreso a las filas liberales, si es que acaso lo hubiera considerado.

Fue un momento clave: Almonte arrastraba ya el desencanto por los Estados Unidos, y tal vez por el modelo de gobierno mismo, es decir, la

---

<sup>325</sup> Antonio de la Peña y Reyes, *op. cit.*, p. II.

<sup>326</sup> Sofía Vereá de Bernal, *op. cit.*, p. 233.

<sup>327</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>328</sup> Alexis de Gabriac a ministro de Negocios Extranjeros, México, 27 de noviembre de 1859 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 2, p. 119.

<sup>329</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 434.

república; había colaborado con gobiernos conservadores (firmantes de los tratados de La Mesilla y del último con España); su militancia en el liberalismo tenía diez años de tambalearse; ahora era declarado traidor por un gobierno compuesto por una nueva generación de liberales que, evidentemente, no daban mérito alguno a sus filiaciones pasadas. Ésta última pudo ser la gota que derramó el vaso. Siendo así, considerar que nuestro personaje cambió de bando sólo porque Juárez no lo ratificó en su puesto y nada más para conservar el sueldo parece muy simple. Lo que es un hecho es que, para 1859, se había comprometido plenamente con los monarquistas.

El Tratado Mon-Almonte aceptó pagar añejas reclamaciones de España y prometió una exagerada indemnización a los deudos de los asesinatos de San Dimas y San Vicente, de ahí que fuera visto como vergonzoso por los liberales, pero este grupo tuvo su contraparte, pues la necesidad monetaria los llevó a que, el 14 de diciembre de 1859, firmara en Veracruz el tratado negociado entre el estadounidense Robert Mc Lane y Melchor Ocampo, el ministro de Relaciones.<sup>330</sup> Se aceptó, por el pago de cuatro millones de pesos, que los norteamericanos (incluido su ejército) tuvieran derecho de libre tránsito y a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec y por el noroeste del país. También podrían defender sus concesiones con fuerzas militares, previa autorización de México y, en caso de emergencia, sin permiso de éste.<sup>331</sup>

Nuestro biografiado, que siempre había sido parco para externar opiniones personales, emitió un inflamado punto de vista sobre el

---

<sup>330</sup> Agustín Cué Cánovas, El Tratado Mac Lane-Ocampo, México, Gobierno de Tabasco, 1980, p. 199.

<sup>331</sup> Ibidem, p. 196.

reconocimiento que los Estados Unidos hicieron del gobierno de Juárez y sobre el Tratado Mc Lane-Ocampo. En enero de 1860 escribió que se trataba de:

Un tratado celebrado entre un representante de Washington y el jefe de una facción demagógica que ocupa únicamente los puertos de Veracruz y Tampico. [...] En 1857 el gobierno de Washington reconoció al actual gobierno de México [el conservador] al mismo tiempo y con todas las solemnidades que todos los representantes de América y Europa, pero a poco tiempo, viendo [...] que eran vanas sus gestiones para celebrar un tratado tal como ahora acaba de alcanzarlo por un cabecilla traidor, se apresuró a dar el escándalo de reconocer a éste como el jefe de la nación mexicana.<sup>332</sup>

Para fortuna de nuestro país, en la sesión extraordinaria del 31 de mayo de 1860, con 18 votos a favor y 27 en contra, el Senado estadounidense negaría la ratificación.<sup>333</sup>

Hubo otro elemento en la decisión política de nuestro personaje que parece justo destacar: el convencimiento de que la república mexicana estaba imposibilitada para establecer el orden por sí misma. Arrangoiz hace una mención al respecto cuando escribe que, aún cuando Almonte comenzó como “republicano decidido, fue más tarde, *convencido de la imposibilidad de mantener la independencia con la república*, uno de los más ardientes

---

<sup>332</sup> Almonte a Alejandro Mon, París, 31 de enero de 1860 en Antonio Pompa y Pompa (coordinador), Colección de documentos inéditos o muy raros relativos a la reforma en México, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1958, 2 tomos, tomo 2, p. 149.

<sup>333</sup> Ibidem, p. 239.

imperialistas”.<sup>334</sup>

Es irrefutable que México vivía en ese momento un caos político, económico y social. Esto lo dejaba casi inerte ante el peligro que representaba la voracidad de los Estados Unidos y con la sensación de que el país entero podía ser absorbido por la nación vecina. Tal supuesto no era del todo infundado: Texas fue ambicionado por ellos hasta que se le anexó; tras la guerra de 1847, México perdió más de la mitad del territorio; por el Tratado de La Mesilla cedió otra región y dejó paso libre a ciudadanos estadounidenses por el Río Colorado y el Istmo de Tehuantepec; el Tratado Mc Lane-Ocampo también permitía el paso norteamericano, incluso fuerzas armadas, a perpetuidad, por el sur y el norte del país. Un gobierno monárquico y el auxilio de alguna potencia europea debieron ofrecer visos de solución para algunos y es probable que nuestro biografiado lo concibiera de esa manera.

Sobre la autenticidad de esta convicción, Hidalgo relata lo siguiente:

Payno dijo una tontera al asegurar que Almonte se pasó al imperio por despecho de que le quitaron la legación en París. [...] Cuando Almonte se fue a Niza, casi moribundo, sabiendo o sospechando mis ideas me pidió, con gran asombro mío, trabajara por la intervención europea, lo que en esos momentos que parecía irse para siempre de este mundo, tenía que ser sincero en el hombre que militó

---

<sup>334</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 377 (la idea que deseo destacar la resalté en cursivas)

siempre en las filas avanzadas.<sup>335</sup>

Además del peligro representado por el vecino del norte de México, la idea de que nuestra nación no podía gobernarse a sí misma era concebida en Europa y por algunos de nuestros sectores sociales. El ministro español Joaquín Francisco Pacheco, por ejemplo, opinó en 1860 que el país “ha perdido de tal manera toda noción del derecho, todo principio de bien, toda idea y todo hábito de subordinación y de autoridad, que no hay en él posible por sus solos esfuerzos, sino la anarquía y la tiranía”.<sup>336</sup> El mismo ministro de Relaciones, Luis de la Rosa, había mencionado en 1856 al francés Alexis de Gabriac que “los mexicanos estaban perdidos si los franceses no venían en su ayuda, pues ya nada podían hacer por y para ellos mismos”.<sup>337</sup>

No parece aventurada entonces la aseveración de Christian Schéfer de que, en 1858, Almonte “*estaba bien persuadido* de que México necesitaba ayuda del extranjero y por consiguiente podía defender con calor la causa”.<sup>338</sup>

Luego de que nuestro personaje se definió por la monarquía, la guerra civil en México estaba por terminar. En el año de 1860 las cruentas batallas inclinaron la lucha a favor de los constitucionalistas y, poco a poco los conservadores perdieron plazas importantes. En agosto, Miramón organizó un nuevo gabinete y Almonte fue considerado para el ministerio de Relaciones;<sup>339</sup> por hallarse en Europa se designó a José Miguel Arroyo. Pese a los cambios, el

---

<sup>335</sup> Sofía Vereá de Bernal, *op. cit.*, p. 244.

<sup>336</sup> Citado en Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 63.

<sup>337</sup> Alexis de Gabriac al ministro de Negocios Exteriores, México, 20 de julio de 1856 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, p. 312.

<sup>338</sup> Christian Schéfer, *op. cit.*, p. 51 (la idea que deseo destacar la resalté en cursivas)

<sup>339</sup> Expediente Personal de Almonte en el AHSREM, legajo H/131”834”/136, 1ª parte, foja 135.

régimen no pudo contener el embate del ejército liberal y, en noviembre, sólo dos ciudades importantes quedaban en poder de sus tropas: México y Puebla.<sup>340</sup>

La última batalla se dio en las proximidades de la capital. El general Miramón, deseoso de evitar la llegada de refuerzos para el enemigo, atacó al general Jesús González Ortega el 22 de diciembre, en San Miguel Calpulalpan, pero sufrió una derrota definitiva. Tres días después, el ejército liberal entró en la ciudad de México, dando así fin a la guerra de Tres Años,<sup>341</sup> aunque varios grupos, ya sin mucha importancia y entre los que se reconocía como presidente a Zuloaga, continuaron la pelea en varios puntos del país.<sup>342</sup>

Benito Juárez llegó a la capital el 11 de enero de 1861. Diez días después designó ministro de Relaciones a Francisco Zarco. Una semana más tarde, Zarco notificó a Almonte “el bando adjunto del 27 del mes último y circular del 3 del actual, que son inclusos y en cuya virtud quedará usted separado de todo cargo, empleo o investidura pública en servicio de la nación, sin que esto obste al debido enjuiciamiento de usted en el tiempo, forma y modo que correspondan por las responsabilidades que le resultaren”.<sup>343</sup> La circular a que se refiere había sido emitida por Melchor Ocampo, destituyendo a los empleados que sirvieron al gobierno emanado del plan de Tacubaya, y el bando por González Ortega, quien así dio de baja al ejército que apoyó a los conservadores. En su calidad de diplomático y general de división, Almonte se veía afectado por ambos. El día 29, el ministro de Guerra le envió la

---

<sup>340</sup> Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 455-456.

<sup>341</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 395.

<sup>342</sup> *Ibidem*, p. 459-460, y Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 469.

<sup>343</sup> Secretaría de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores a Juan Nepomuceno Almonte, México, 28 de enero de 1861 en Francisco Zarco, *op. cit.*, p. 87.

comunicación correspondiente.<sup>344</sup>

Tenemos entonces que, si acaso la ambición y la conveniencia fueron factores para el cambio de postura política e ideológica de nuestro biografiado, también otros elementos se conjugaron, como la circunstancia y la convicción, para decidirse por el tránsito de la república a la monarquía.

---

<sup>344</sup> Agustín Rivera, op. cit., p. 72-73.





**CAPÍTULO 5**  
**DEFENDER CON CALOR LA CAUSA**  
**(1861-1869)**

**A) DIRECTOR DE LA EMPRESA Y AGENTE PRINCIPAL.**

Anota José Manuel Hidalgo que el general Almonte:

Había figurado siempre en el partido liberal avanzado [...] y se hallaba desengañado de que la intervención europea era el único medio de salvar la independencia de México y asegurar su prosperidad con instituciones adecuadas a nuestra raza y costumbres. De la desesperanza de alcanzar el remedio por nosotros mismos, surgió en su honrado pecho el sentimiento monárquico [...] que le hizo renunciar a sus antiguas ideas.<sup>345</sup>

Tal sentimiento parece auténtico, si atendemos a lo que el mismo biografiado escribía en abril de 1862: “premiado suficientemente por la nación por los servicios que era mi deber prestarle antes de su independencia, mi único anhelo hoy es de poder ofrecer el último y más importante, antes de descender al sepulcro, y ese servicio es el de procurarle la paz de que ha carecido por tanto tiempo”.<sup>346</sup>

Así sería, en efecto, una vez tomada la decisión de pugnar por el establecimiento de una monarquía en México. Nuestro personaje, anota con

---

<sup>345</sup> José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, Proyectos de monarquía en México, México, Jus, 1862, (México Heroico), p. 41.

<sup>346</sup> Proclama de Almonte a sus conciudadanos, Orizaba, 21 de abril de 1862 en ibidem, p. 109.

tino Christian Schéfer, “bien podía defender con calor la causa”.<sup>347</sup> Sin embargo, su proceder, por la misma naturaleza de la misión que desempeñó, sería polémico y encontró detractores y apologistas, aunque, como veremos, la ardiente defensa de su ideal lo llevaría a ocupar un lugar preponderante en el impulso al proyecto del segundo imperio.

El triunfo liberal en la guerra de Tres Años no significó la tranquilidad para los vencedores, bien por el contrario, sólo fue el preámbulo de otro terrible trance que debieron afrontar: la intervención armada de tres potencias extranjeras. En efecto, en el año de 1861, una serie de factores tanto en el ámbito nacional como en el internacional confluyeron para que se llevara a cabo otra aventura monárquica del México independiente.<sup>348</sup>

Como ya se indicó, el desarrollo norteamericano inquietaba a las monarquías europeas. A Francia, en particular, no le desagradaba la idea de ponerle un dique y, al mismo tiempo, impulsar una comunidad latina en donde tuviera influencia.<sup>349</sup> Por lo demás, los Estados Unidos tuvieron que distraer la atención de la política exterior pues, en abril de ese año, estalló un conflicto interno, la conocida como Guerra de Secesión, en la que se enfrentaron los

---

<sup>347</sup> Christian Schéfer, *op. cit.*, p.51.

<sup>348</sup> Aparte del de Iturbide, hubo otros intentos de monarquía. Por ejemplo, en 1846, durante el gobierno de Mariano Paredes se buscó en Europa un monarca para México (*Vid. supra*, p. 64). Algo similar sucedió entre los años 1853-1854, durante la dictadura de Santa Anna (Antonia Pi-Suñer Llorens, *Una historia de encuentros y desencuentros...*, p. 107).

<sup>349</sup> En su proyecto para México, Napoleón III planeaba, entre otras cosas, conectar los océanos Atlántico y Pacífico con un canal por el istmo de Tehuantepec, creando un Estado fuerte que sirviera de modelo para otras naciones americanas. Se lograría, de ese modo, que la raza latina y católica recobrara fuerza y prestigio ante Inglaterra y los Estados Unidos (naciones anglosajonas y protestantes). Francia encabezaría entonces un imperio económico con capital cultural en París y religiosa en Roma. Ana Rosa Suárez Argüello, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, (Regiones), p. 71-73.

estados del Norte con los del Sur, y que orilló a que la conducta hacia México se modificara y les impidiese hacer valer la doctrina Monroe.<sup>350</sup>

Entre tanto, los efectos económicos de la recién terminada guerra intestina en México hicieron que la permanente bancarrota del erario se volviera insostenible. El 17 de julio de 1861, el Congreso declaró la suspensión del pago de la deuda por dos años.<sup>351</sup> Fue el detonante para una intervención europea.

Los principales acreedores en el Viejo Continente eran España, Francia e Inglaterra. Dichas naciones estaban interesadas, en diferente grado, ya en salvaguardar sus intereses, ya en extender su influencia en América y limitar el expansionismo norteamericano. Sus representantes firmaron en octubre la llamada Convención de Londres,<sup>352</sup> en la que se determinó enviar un ejército formado por las tres naciones para asegurar el pago de sus deudas y brindar protección a sus conciudadanos residentes en México. También se estipuló que no habría coerción para adquirir tierras ni beneficios particulares para alguna de ellas, y que se evitarían presiones o entrometerse en la forma de gobierno. Las medidas se tomarían en nombre de la Alianza Tripartita, no sólo del país

---

<sup>350</sup> En efecto, el presidente Abraham Lincoln pretendía anular las anexiones y disminuir las exigencias por compensación, pero el temor de que los Estados Confederados se apropiaran de tierras mexicanas, junto con la inminencia de una intervención europea, llevaron al enviado de la Unión, Thomas Corwin, a proponer la absorción de parte de la deuda mexicana y ofreció apoyo militar a cambio de concesiones territoriales. La propuesta no se concretó; para evitar que México reconociera a los secesionistas y fortalecer la república de Juárez, Corwin ofreció entonces respetar la integridad e independencia de México, así como apoyar su forma de gobierno. Marcela Terrazas y Basante, "Thomas Corwin, 1861-1864" en Ana Rosa Suárez (coordinadora), En el nombre del destino..., p. 110-111 y Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, Napoleón III y México, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 48-49.

<sup>351</sup> Justo Sierra, op. cit., p. 317 y Ralph Roeder, op. cit., p. 474.

<sup>352</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas op. cit., Tomo 2, p. 860.

que las ejecutase. Se convocó a los Estados Unidos a sumarse a dicha convención,<sup>353</sup> oferta que sería rechazada.

Por su parte, luego de ser destituido de su puesto en París, Juan Nepomuceno Almonte continuó residiendo en esa capital, donde gozaba de grandes consideraciones de los monarcas.<sup>354</sup> Tenía, además, relación directa con otros conservadores mexicanos. Se escribía con Gutiérrez de Estrada y frecuentaba a Hidalgo, quien, de entre los mexicanos, disfrutaba de la mayor estima en la corte francesa y llegaría, incluso, a tener derecho de picaporte a las habitaciones de la emperatriz Eugenia. Ante la noticia de la Convención de Londres, este grupo y algunos remanentes del Partido Conservador en México pusieron manos a la obra, con el fin de que la intervención europea ayudara a instaurar en su país una monarquía (con un príncipe extranjero), que lograra la pacificación definitiva.<sup>355</sup> Nuestro personaje, anota Hidalgo, “hizo todo lo que pudo para obtenerlo, convencido de que era lo que convenía”,<sup>356</sup> aunque dicho convencimiento es negado por autores como Corti quien, si bien reconoce la influencia y el tesón de Almonte, considera que sólo lo movía la codicia.<sup>357</sup> Como quiera que fuese, su nombre sería pronto muy mencionado.

Para llevar a cabo sus ideas, el grupo conservador logró el apoyo de Napoleón III, quien, luego de valorar las intenciones, perspectivas y posibilidades del proyecto, acabó por darle su anuencia. La tarea fue,

---

<sup>353</sup> “La convención de Londres de 1861” en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 507-508.

<sup>354</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 78.

<sup>355</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas *op. cit.*, vol. 2, p. 855.

<sup>356</sup> Sofía Vereza de Bernal (compiladora), *op. cit.*, p. 244.

<sup>357</sup> Corti lo señala con frecuencia. Anota, por ejemplo, que “tenía la suficiente ambición para preferir él mismo” el primer puesto después del monarca (*op. cit.*, p. 78); también que “todo le era igual con tal de poder conservar su poder ilimitado y su posición libre de competencia” (p. 233), o bien, que algunos de sus nombramientos no eran “lo que esperaba el ambicioso general” (p. 277).

enseguida, encontrar un monarca que aceptara la propuesta y el mismo emperador ayudó. La candidatura que presentó mayores posibilidades fue la del archiduque Fernando Maximiliano, de la casa de Habsburgo, hermano del emperador austriaco Francisco José y yerno del rey Leopoldo de Bélgica, con cuya hija Carlota estaba casado.<sup>358</sup>

Los monarquistas mexicanos empezaron a tratar de conseguir la afirmativa de Maximiliano. En tanto, Almonte buscaba el apoyo de España. En diciembre de 1861, días después de que algunas tropas hispanas llegaran a Veracruz, viajó a Madrid, donde se entrevistó el 25 con el presidente de gobierno, Leopoldo O'Donell, conde de Lucena, y con el secretario de Estado, Saturnino Calderón Collantes, a quienes planteó el asunto, insistiendo en que, sin auxilio, México corría el riesgo de desaparecer. Sin embargo, aun cuando al principio sus interlocutores no mostraron desacuerdo, luego de comentarlo con la reina Isabel II, manifestaron su rechazo. Y es que ella deseaba que, en caso de instaurarse la monarquía, el trono fuese para algún español, un Borbón o alguien más cercano a su persona, como la condesa de Girgenti o la duquesa de Montpensier.<sup>359</sup>

Las fuerzas francesa, inglesa y el resto de la española desembarcaron en México a principios de enero de 1862. Así, con la presencia militar de los tres países, se inició la intervención tripartita. Cada uno fue representado del siguiente modo: por Inglaterra, sir Charles Lennox Wyke y el comodoro Hugh Dunlop, como enviado diplomático y jefe militar respectivamente; por Francia,

---

<sup>358</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 334 y Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas *op. cit.*, tomo 2, p. 858.

<sup>359</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 485-487 y Sofía Vereza de Bernal (compiladora), *op. cit.*, p. 29.

Alphonse Dubois de Saligny y el almirante Jean Pierre Edmond Jurien de la Gravière, en el mismo orden (aunque se confirieron al último facultades políticas que le evitaban depender del primero); y por España, el conde de Reus, general Juan Prim, a cargo de todo.

A mediados de mes, nuestro biografiado visitó el palacio de Miramar. Al entrevistarse con el archiduque Maximiliano le entregó una misiva del emperador francés, en la cual éste le sugería aceptar la corona y le recomendaba enviar agentes a América para que allí influyeran en su favor. El monarca pensaba en el portador. “Esta carta, decía, le será entregada por el general Almonte, es un hombre cabal y además una persona inteligente y digna de estimación, creo que vuestra alteza imperial haría bien en darle plenos poderes y elegirlo para director de la empresa y agente principal. Marchará a México y su presencia allí será de gran utilidad”.<sup>360</sup> Tal parece que Napoleón III ya había puesto en práctica esta recomendación, al brindar a su intermediario la confianza de representar sus propios objetivos.

Sin haber aceptado el cetro, el príncipe austriaco accedió mandar a Almonte a preparar el terreno y, durante varios días, trató con él la posibilidad de cambiar el régimen de gobierno en México, consignando lo tratado en un documento en el que se plantearon los lineamientos generales a seguirse.<sup>361</sup> Al despedirlo, y “ya considerándose emperador”, le dio facultades para otorgar grados en el ejército, empleos civiles y hasta títulos.<sup>362</sup>

---

<sup>360</sup> Napoleón III al archiduque Fernando Maximiliano, [París], 14 de enero de 1862 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 109.

<sup>361</sup> “*Points pour l’accomplissement du projet*” en *idem*.

<sup>362</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p 486.

La designación causó el desacuerdo de Gutiérrez de Estrada, quien escribió a Maximiliano una carta de catorce páginas, pretendiendo sustituir a Almonte y tratando, sin conseguirlo, de ser él beneficiario.<sup>363</sup>

Nuestro biografiado regresó a París a fines de mes, pero antes pasó por Viena, donde se entrevistó con el emperador Francisco José. Quería un empréstito de 200 mil florines, que no obtuvo pues se le dijo que el préstamo se haría cuando la empresa llegase a buen fin y existieran garantías suficientes.<sup>364</sup> Días después emprendió el retorno a la patria, de donde había salido cinco años y tres meses antes.<sup>365</sup>

En México, mientras tanto, el 25 de enero se había expedido una ley en la que se enlistaban una serie de actos considerados como delitos contra la independencia y seguridad de la nación, los cuales podrían ser castigados con la pena capital.<sup>366</sup> El gobierno de Juárez pretendía inhibir toda cooperación con las tropas invasoras, si bien, al mismo tiempo, iniciaba pláticas con los integrantes de la Alianza Tripartita. Tales pláticas fueron realizadas en el pueblo de La Soledad, donde el 19 de febrero se firmaron unos acuerdos preliminares, que se pueden interpretar como logros diplomáticos para los liberales:<sup>367</sup> se ratificó el reconocimiento del gobierno de Juárez y reiteró el compromiso de que no habría injerencias en el régimen republicano; a cambio, aquel autorizó al ejército de ocupación, por la insalubridad de la costa, a avanzar hasta Orizaba, Córdoba y Tehuacán, convirtiéndolos así de invasores

---

<sup>363</sup> Gutiérrez de Estrada al archiduque Fernando Maximiliano, [sin lugar], 16-17 de enero de 1862 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 110.

<sup>364</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 111.

<sup>365</sup> *Vid. supra*, p. 100.

<sup>366</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 602.

<sup>367</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 320.

en huéspedes, aunque se especificó que, en caso de conflicto, volverían a las posiciones previas.<sup>368</sup>

Los acuerdos suscritos separaron a los aliados. De hecho, los intereses de las tres naciones aparecían cada vez más distantes pues, en tanto la principal preocupación para Inglaterra parecía ser evitar cualquier fricción con los Estados Unidos, Francia llevaba a cabo un plan monárquico, no apoyado por España, que deseaba para sí mayor influencia. Por lo demás, Napoleón III se indignó con Jurien De la Gravière por haber rubricado los convenios, que limitaban sus planes: él no pretendía reconocer a Juárez.<sup>369</sup>

A fines de febrero, desembarcaron en la costa mexicana refuerzos franceses, comandados por el general Fernando de la Trille, conde de Lorencez, y el primer día de marzo, luego de algunas semanas de travesía, la nave en que viajaba Almonte atracó en el puerto de Veracruz. Le acompañaban el cura Francisco Javier Miranda y Antonio de Haro y Tamariz, ambos connotados monarquistas. Tras su llegada, nuestro personaje comenzó a trabajar en preparar el terreno para el arribo del Habsburgo. Conocedor de las expectativas del emperador francés para el proyecto de América, y de las de Maximiliano, así como de la difícil política de su patria, entró pronto en contacto con los principales actores de la intervención. Se entrevistó con el general Prim y con el comodoro Dunlop, a quienes manifestó contar con el apoyo de las tres potencias para establecer un reinado, con Maximiliano a la cabeza,<sup>370</sup> y no se detuvo para hacer públicas sus declaraciones.<sup>371</sup>

---

<sup>368</sup> “Los preliminares de La Soledad” en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 509-510 y Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 606.

<sup>369</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 121.

<sup>370</sup> Antonio de la Peña y Reyes, *op. cit.*, p. III.



Esto no concordaba con los planes español e inglés. ¿Qué sucedía? Que tal vez nuestro personaje pretendía involucrar a ambas naciones en el proyecto francés. Considerando el texto de la Convención de Londres, donde se lee que “todas las medidas [...] se dictarán en nombre de las altas partes contratantes y por cuenta de ellas”,<sup>372</sup> ¿acaso interpretó que contar con el apoyo de Napoleón III implicaba también contar con el de las reinas de España y el Reino Unido? No lo sabemos, pero es claro que, al manifestar abiertamente las pretensiones francesas, Almonte ponía en marcha el plan del emperador galo.

Aquí nos parece conveniente hacer una observación sobre la instauración de la monarquía como forma de gobierno, ya que, en ese momento, todavía era una opción viable en México que no se descartó en definitiva sino hasta que se vino abajo el imperio del archiduque austriaco.

En efecto, las costumbres centenarias no se cambian por decreto y, en muchas ocasiones, la república se había visto en apuros para prosperar como régimen, porque la sociedad no sólo no cooperó en ese sentido, sino que mostró el vigor de sus elementos más tradicionales. La misma acta de independencia firmada en Córdoba en 1821 proponía un sistema monárquico;<sup>373</sup> a poco de instalado el primer Congreso, se vio forzado a coronar a Agustín de Iturbide; en 1846 el presidente Mariano Paredes trabajó en la instauración de un gobierno con un príncipe extranjero;<sup>374</sup> lo mismo

---

<sup>371</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, tomo 2, p. 865.

<sup>372</sup> “La convención de Londres de 1861” en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 507.

<sup>373</sup> “Tratados de Córdoba” en *ibidem*, p. 231-233.

<sup>374</sup> Este año, el enviado diplomático español Salvador Bemúdez de Castro “consideró que la sociedad mexicana en su conjunto estaba dispuesta a llevar el Plan de Iguala a su culminación”; para ello, junto con Lucas Alamán, apoyó el golpe de Estado del general Mariano Paredes, con la pretensión de utilizarlo para establecer una monarquía con un príncipe español (Miguel Soto, *op. cit.*, p. 42). De igual forma, José María Gutiérrez de

sucedió durante la dictadura santanista, entre 1853 y 1855, cuando en el Viejo Continente se buscó el auxilio de alguna casa real.<sup>375</sup>

Como anota Edmundo O’Gorman en su libro *La supervivencia política novohispana*:

Que la república echara raíces en el primer congreso constituyente y que la constitución de 1824 creara hábitos republicanos es contrario a la verdad, según lo revelaron los hechos: la costumbre de asistir a los comicios no existía; las dificultades en reunir las asambleas legislativas eran notorias; la igualdad democrática era una farsa desmentida por los privilegios y el nepotismo que auspiciaban los gobiernos republicanos, y por el boato de los jefes militares. Los enemigos de la monarquía tuvieron que admitir la presencia de un fuerte partido monárquico y la continuidad y vigor de los hábitos coloniales adversos a la aclimatación de las instituciones republicanas, puesto que de ello se quejaron constantemente los liberales. Tuvieron que admitir que no fue la idea de república la que sublevó al pueblo con Hidalgo; que la rebelión de éste se limitaba a un cambio de personas pero no de instituciones; que el plan de Iguala concilió todos los intereses y conquistó todos los votos porque su idea central era la monarquía, y finalmente

---

Estrada, con anuencia del general Paredes, buscó auxilio en algunas casas reales europeas, sólo que prefirió acudir al ministro austriaco Clemens Metternich, solicitando el auxilio de su país (Gutiérrez de Estrada a Clemens Metternich, [sin lugar], 22 de marzo de 1846 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 27).

<sup>375</sup> José Manuel Hidalgo, *op. cit.*, p. 39.

también les fue irremediable reconocer que las costumbres de 300 años de paternal administración, no se borran ni se cambian por la simple llegada de otro tipo de gobierno que no pudo dominar un solo momento pacíficamente.<sup>376</sup>

La monarquía, entonces, no fue un mero accidente al que se enfrentó la república, irremediabilmente destinado al fracaso, sino que, para muchos, fue la alternativa. En ese momento, Almonte era uno de esos muchos, y con su actitud, que mostraba de manera abierta las pretensiones de cambiar el régimen de gobierno y contaba con el apoyo francés, parecía buscar la opción de que España e Inglaterra apoyaran su plan, aun con el riesgo de tensar las relaciones dentro de la Alianza Tripartita. Si eso se pretendía, no resultó y, naturalmente, los representantes de ambos países mostraron su extrañeza.

Almonte tuvo también desavenencias con Jurien de la Gravière. El desacuerdo parecía surgir de que este último deseaba apegarse al cumplimiento de la Convención de Londres, mientras que él sabía que los planes de Napoleón III eran contrarios, sobre todo en lo referente a no intervenir en el gobierno mexicano. De ahí que el general michoacano desaprobara por completo los preliminares de La Soledad, lo cual le generó fricciones con el militar francés, quien, pese a todo y por sus instrucciones, debió darle apoyo, así que el 5 de marzo le abrió un crédito por la cantidad de 20 mil pesos.<sup>377</sup>

Con estos recursos, Almonte se dispuso a viajar a la capital. Tal decisión acrecentó los problemas derivados de su llegada y de sus declaraciones. De

---

<sup>376</sup> Edmundo O’Gorman, La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o República, México, Universidad Iberoamericana, 1986, p.73.

<sup>377</sup> Jurien de la Gravière al ministro de Negocios Extranjeros, Córdoba, 5 de marzo de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), Versión Francesa..., tomo 3, p. 4.

inmediato, españoles, ingleses y el gobierno de México se opusieron. El general Prim, conde de Reus, hizo que el gobernador de Veracruz, Ramón Menduïña, emitiera un decreto prohibiendo la salida del puerto de cualquier persona sin autorización; alegaba inseguridad en los caminos.<sup>378</sup> Por su parte, la administración juarista envió un comunicado en el que solicitaba la entrega de nuestro personaje, por considerarlo traidor a la patria, debido a la firma del Tratado Mon-Almonte.<sup>379</sup>

En un principio, de la Gravière creyó conveniente que el militar mexicano no abandonara Veracruz sino hasta que el gobierno de Juárez hubiese proclamado una amnistía, mas no pudo seguir objetando el viaje por el empecinamiento de éste en partir y por el apoyo que le dispensó Lorencez, quien le brindaría protección con sus tropas durante el trayecto a la capital. Por las indicaciones recibidas de Francia, Jurien hubo de mostrar una conducta favorable a nuestro biografiado ante los otros convencionistas<sup>380</sup> y en sus misivas opinó que no podía “permitir que por las leyes de proscripción [de México] se le prohibiera a un hombre considerable, y que goza de la estima particular del emperador, la entrada en el territorio de la república”,<sup>381</sup> a pesar de lo cual su actitud ante Almonte era opuesta.

Mientras, la tensión crecía. Circulaban rumores de que el general Ignacio Zaragoza, jefe del ejército mexicano de Oriente, había enviado asesinos

---

<sup>378</sup> Francisco Javier Miranda a José María Gutiérrez de Estrada, Veracruz, 6 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 7.

<sup>379</sup> *Vid. supra*, p. 114.

<sup>380</sup> Jurien de la Gravière a Alphonse Dubois de Saligny, Tehuacán, 13 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 16.

<sup>381</sup> Jurien de la Gravière al ministro de Negocios Extranjeros, Tehuacán, 17 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 22.

pagados para matar a Almonte, a Haro y a Miranda,<sup>382</sup> de ahí que Jurien pretendiera detener la partida de los tres. Molesto, pues esto frenaba la marcha de sus planes, el general michoacano escribió el día 18 a Napoleón III, a fin de que destituyera al almirante, lo acusó también de entablar negociaciones con Manuel Doblado, secretario de Relaciones de Juárez.<sup>383</sup>

Con todo, el 19 de marzo salió del puerto de Veracruz, rumbo a Jalapa, un grupo de mexicanos escoltado por un destacamento encabezado por Lorencez.<sup>384</sup> Cuatro días después, en la hacienda ‘El Porrero’, a dos leguas de Córdoba, nuestro personaje se reunió con el general Antonio Taboada, quien le llevó cartas de los generales Severo del Castillo, Bruno Aguilar y Manuel María Calvo, poniéndose a sus órdenes en el centro del país. El 26 les contestó agradeciendo la disponibilidad y aceptando su adhesión.<sup>385</sup> Asimismo lo hicieron varios jefes militares conservadores, como Leonardo Márquez, Tomás Mejía y el mismo Félix Zuloaga, desde diferentes puntos.<sup>386</sup> Quien no pudo unírseles fue el general Manuel Robles Pezuela ya que, al dirigirse a Veracruz, fue capturado y ejecutado por fuerzas juaristas. Es notable observar como el poder de convocatoria del general Almonte era, en ese momento, considerable, auspiciado, desde luego, también por el poderío francés y el prestigio de su gobernante, Napoleón III.

El mismo 26, el general Zaragoza escribió a Jurien: “recibí la orden de mi gobierno de arrestar a Almonte, Miranda y otros [...] deseo que S. E. me

---

<sup>382</sup> Alphonse Dubois de Saligny al ministro de Negocios Extranjeros, Veracruz, 11 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 11.

<sup>383</sup> Almonte a Napoleón III, Veracruz, 18 de marzo de 1862 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 124.

<sup>384</sup> Jan Bazant, *Antonio de Haro...*, p. 155.

<sup>385</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 497.

<sup>386</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 125.

informe si efectivamente las personas de que se trata están protegidas por las armas francesas y cuál será la conducta que se piensa seguir para asegurar esa protección”.<sup>387</sup>

La actitud de Francia dividió definitivamente al grupo tripartita. Sobre el viaje de Almonte, Prim dijo: “me abstengo de calificar semejante proceder, que por lo menos es una falta de consideración a los miembros de la conferencia”.<sup>388</sup> En tanto que Sir Charles Wyke escribió a Jurien:

Nadie siente más respeto por el general Almonte que yo, pero usted debe reconocer que es la cabeza de ese partido dirigido por los infames [Leonardo] Márquez y [José María] Cobos y otros, ahora en armas y en guerra abierta contra el gobierno establecido en México [...] ¿cómo podría creerse en la imparcialidad de nuestra intervención si los representantes de una de las potencias aliadas protegen abiertamente e introducen al país a personas que están exiliadas como rebeldes a un gobierno con el cual estamos ahora entablando negociaciones?<sup>389</sup>

Los franceses no modificaron su actitud, y el 28 abrieron otro crédito para el hijo de Morelos, por 40 mil pesos.<sup>390</sup> Continuaron las peticiones del gobierno mexicano de que lo entregaran. Los aliados se reunieron el 9 de abril

---

<sup>387</sup> Ignacio Zaragoza a Jurien de la Gravière, San Andrés Chalchicomula, 26 de marzo de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 46.

<sup>388</sup> Juan Prim a Jurien de la Gravière, Orizaba, 21 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 30.

<sup>389</sup> Charles Wyke a Jurien de la Gravière, Orizaba, 27 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 60.

<sup>390</sup> Jurien de la Gravière al ministro de Negocios Extranjeros, Tehuacán, 28 de marzo de 1862 en *ibidem*, tomo 3, p. 49.

a decidir qué responderían. El desacuerdo fue tal que acabaron por romper.<sup>391</sup> Al día siguiente, luego de que ingleses y españoles decidieron marcharse, de la Gravière informó a su gobierno: “la llegada del general Almonte diciéndose investido de toda la confianza del emperador, dio ocasión a esta ruptura, de la cual me esforcé en asumir toda la responsabilidad”.<sup>392</sup>

Las relaciones entre este personaje y Almonte eran ya muy tensas, pero el segundo siguió adelante. El 17 de abril, desde la ciudad de Córdoba, emitió una proclama a sus conciudadanos, en la que declaró:

Ahora que los comisarios de Francia encargándose de la situación, representantes de los verdaderos deseos de los gobiernos aliados, y sobre todo los de S. M. el emperador de los franceses, que no son otros sino los de ver establecerse en nuestro desgraciado país, y por nosotros mismos, un gobierno estable que tenga por base la paz y la moralidad [...] Para establecer un nuevo orden de cosas debéis, pues, tener confianza en la cooperación eficaz de Francia, cuyo ilustre soberano hace sentir siempre su influencia bienhechora, en todas partes donde es necesario que triunfe una causa justa y civilizadora [...] Unid vuestros esfuerzos a los míos, y considerad como cosa segura que obtendremos muy pronto el establecimiento de un gobierno, cual conviene

---

<sup>391</sup> Christian Schéfer, *op. cit.*, p. 206 y Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 625-626.

<sup>392</sup> Jurien de la Gravière al ministro de Negocios Extranjeros, Orizaba, 10 de abril de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 70.

a nuestro carácter, nuestras necesidades y nuestras creencias religiosas.<sup>393</sup>

La proclama, que reconocía el ánimo francés de injerencia política, era otro paso de Almonte para cumplir sus objetivos, los cuales, de acuerdo con el plan concebido en París y Miramar, auguraban el desconocimiento del gobierno de Juárez. La encomienda estaba siendo cumplida y, en efecto, el general Taboada se pronunció en Córdoba contra la república el día 19.

El Plan de Córdoba propuso:

1º Desconocer al presidente Benito Juárez.

2º Reconocer al general don Juan Nepomuceno Almonte como jefe supremo de la nación y de las fuerzas que se adhirieran al plan.

3º Facultar al general Almonte para avenirse con las fuerzas aliadas presentes en el territorio nacional, para convocar a una asamblea que, al tomar en cuenta la situación deplorable del país, declarara la forma de gobierno más conveniente para cortar la anarquía, y proporcionar la paz y el orden deseados.

4º Dar a conocer el plan al general Almonte, y manifestarle “la entera fe que abrigan los que suscriben, de que S. E. no negará en tan solemne ocasión sus servicios a la patria, que hoy más que nunca los ha menester con urgencia”.<sup>394</sup>

Naturalmente, el plan fue aceptado por nuestro interesado, al otro día, en la ciudad de Orizaba, ya agregada al pronunciamiento. Poco después, se sumaron el puerto de Veracruz, Alvarado e isla del Carmen y, desde luego,

---

<sup>393</sup> Citado en Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 512.

<sup>394</sup> Citado en *ibidem* p. 513.



recibió el apoyo del general Lorencez,<sup>395</sup> quien ya sustituía al almirante Jurien de la Gravière en la dirección del ejército. Almonte cumplía así un viejo anhelo: ser jefe del gobierno del país. Mas, en las circunstancias de 1862, ¿era la suya una ambición presidencial? Sabía que Maximiliano lo iba a sustituir: ¿pudo entonces considerar su administración sólo como un régimen transitorio que prepararía el monárquico y la llegada del Habsburgo, y no como la culminación de su propio deseo?

Creemos que la respuesta es afirmativa. José Manuel Hidalgo menciona que, desde 1859, Almonte había pedido la intervención europea siendo representante diplomático tanto de Zuloaga como de Miramón, sabiendo “que si lo lograba, no había de ser para sostener a un mexicano en el poder, sino para llevar a un monarca”.<sup>396</sup> Más allá de si cumplía o no su sueño, el plan tenía un fin práctico: al erigir un gobierno nacional podía legalizar la entrega del poder a Maximiliano, cosa que Juárez nunca haría.

Así pues, Almonte asumió la administración nacional de la que, sin embargo, tendría que desprenderse en poco tiempo. Otra vez había dos gobiernos paralelos y opuestos en México, los monarquistas, apoyados por los franceses y dueños de Veracruz, y los liberales, en el resto del país.

---

<sup>395</sup> Agustín Rivera, op. cit., p. 109.

<sup>396</sup> Citado en Sofía Vereza de Bernal (compiladora), op. cit., p. 244.

## **B) PRECURSOR Y LUGARTENIENTE DEL ARCHIDUQUE**

Tras la partida de ingleses y españoles en mayo de 1862, los grupos de Félix Zuloaga, José María Cobos y Leonardo Márquez recobraron fuerza,<sup>397</sup> a la vez que aparecían otros focos de alzados. Por lo pronto, Almonte organizó un gabinete; designó, entre otros, a Manuel Castellanos como ministro de Gobernación; a Desiderio Samaniego, ministro de Hacienda; y al coronel José Hipólito González, ministro de Guerra.<sup>398</sup> El gobierno de Juárez protestó airado y atacó por medio de la prensa.

Los franceses, que no cumplieron con lo estipulado en la Convención de Londres, tampoco lo hicieron con los convenios de La Soledad. Así, en vez de retroceder a sus posiciones originales, iniciaron la marcha hacia el centro y tuvieron la primera batalla con una partida liberal al mando de Félix Díaz, siendo éste derrotado. El segundo encuentro les favoreció igual; duró varias horas en las cumbres de Acultzingo, en contra el ejército de Oriente mandado por el general Ignacio Zaragoza. Tras esta derrota, los mexicanos se replegaron hacia Puebla de los Ángeles.<sup>399</sup>

El ejército que Juárez debía enfrentar estaba compuesto principalmente por franceses, pero también por numerosos mexicanos, sin embargo, había gran diferencia entre unos y otros: los primeros tenían grandes recursos, mientras

---

<sup>397</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 313 y Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 451.

<sup>398</sup> Raúl Mejía Zúñiga, *Benito Juárez y su generación*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, (septentas 30) p. 84 y Manuel Rivera Cambas, *Historia de la intervención...*, tomo 2-A, p. 24.

<sup>399</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, tomo 2, p. 866 y Justo Sierra, *op. cit.*, p. 322.

los segundos carecían de ellos. Por tanto, se generaron problemas, pues los nacionales eran menospreciados, desde los generales hasta la tropa.<sup>400</sup>

Lorenz decidió tomar Puebla al iniciarse el mes de mayo de 1862. Almonte y Haro le hacían sugerencias para el ataque, pero no eran escuchados. De hecho, ignorarlos era algo tan común que el ministro francés, Alphonse Dubois de Saligny, relató a su gobierno el día 2 que “el general Almonte, hacia quien no se tienen más miramientos que con el resto de sus compatriotas, ha terminado, a pesar de toda su flema, por perder la paciencia y tengo razones para creer que va a escribir al emperador mismo para quejarse”.<sup>401</sup> Parece ser que Lorenz no tenía mayores consideraciones hacia nuestro biografiado de las que le tuvo Jurien de la Gravière.

Leonardo Márquez se puso ese mismo día a las órdenes de nuestro biografiado con 6 000 hombres, notificándole que se encontraba en las inmediaciones y solicitando instrucciones. Almonte le ordenó reunirse con la fuerza francesa para el ataque;<sup>402</sup> así lo haría, pero tuvo que detenerse para enfrentar a un batallón liberal al mando de Tomás O’Horan, lo cual lo retrasó.<sup>403</sup>

Lorenz planeó atacar por los fuertes de Guadalupe y Loreto. Almonte y Haro (este último, unos años antes, había tomado la ciudad tras un asalto)

---

<sup>400</sup> Un corresponsal germano de la época escribió: “es sorprendente el menosprecio con que los franceses tratan a sus aliados mexicanos; no es posible ver juntos ni a soldados ni a oficiales de ambas partes”. Citado en Jesús Monjarás Ruiz, México en 1863, testimonios germanos sobre la intervención francesa, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, (SEP Setentas 146), p. 72. Meses después, cuando ya se encontraba en México Aquiles Bazaine, pretendió poner al general Miguel Miramón bajo las órdenes de un francés de graduación inferior. José Fuentes Mares, Juárez. El Imperio y la República, México, Grijalbo, 1982, p. 60.

<sup>401</sup> Alphonse Dubois de Saligny al ministro de Negocios Extranjeros, Quecholac, 2 de mayo de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa...., tomo 3, p. 106.

<sup>402</sup> Ibidem, p. 109.

<sup>403</sup> Agustín Rivera, op. cit., p. 110.

insistieron en que la ofensiva sería más efectiva si se realizaba por el sur, por las tapias de la huerta del convento del Carmen.<sup>404</sup> El francés se negó a considerar su opinión y aplicó su propia estrategia. La consecuencia fue que, el 5 de mayo a las cuatro y media de la tarde, su ejército se retiraba derrotado, rumbo a Amozoc.<sup>405</sup>

Por entonces, Félix Zuloaga rechazó el plan de Córdoba que reconocía a nuestro general michoacano como jefe supremo de la nación y quiso restablecer el de Tacubaya, proclamado en diciembre de 1857, para hacerse nombrar él mismo presidente.<sup>406</sup> Intentó, además, que Manuel Doblado lo reconociera; molesto por el deseo del ex presidente de apoyarse en un liberal, Márquez renunció a su alianza con él y declinó el mando de sus tropas en Cobos, quien seguía fiel a don Félix. Sin embargo, Almonte lo instruyó para que de inmediato retomara el mando y se reuniera con él en Amozoc.<sup>407</sup> En cuanto a Zuloaga, nuestro personaje lo desconoció.<sup>408</sup>

Tras la derrota de Puebla, la actitud de Lorencez fue temerosa. No escuchaba ni a Saligny ni a Almonte que trataban de calmarlo y le sugerían emprender otro ataque, sino que prefirió volver a Orizaba. El día 8, sus tropas partieron de regreso, sin esperar los refuerzos de Márquez, quien los alcanzó, con unos 2 000 hombres en Barranca Seca, paraje próximo a Acultzingo.<sup>409</sup> Ya en Orizaba, el jefe del ejército francés decidió no tener más actividad bélica sin

---

<sup>404</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 514.

<sup>405</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 662.

<sup>406</sup> *Vid. supra*, p. 106 y Justo Sierra, *op. cit.*, p. 323.

<sup>407</sup> Alphonse Dubois de Saligny al ministro de Negocios Extranjeros, Orizaba, 21 de mayo de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 128.

<sup>408</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 514.

<sup>409</sup> José Manuel Hidalgo, *op. cit.*, p. 110.

antes recibir refuerzos de su país, en tanto que Almonte comenzó a ejercer su gobierno. Cobos, enemistado con Zuloaga, acabó por sumarse a las fuerzas interventoras el 25 de mayo, con otros 2 000 hombres.<sup>410</sup>

Mientras, las cosas iban mal en Europa. En el Cuerpo Legislativo, Napoleón III encontraba gran oposición a la cuestión mexicana; había reticencia para autorizar mayores gastos para la empresa. Presionado, en junio el emperador “desaprobó que el general Almonte hubiera tomado el título de Jefe Supremo de la nación y constituido su gobierno”.<sup>411</sup> Así que no sólo los liberales mexicanos atacaron acremente, sino que el mismo monarca francés no lo avaló. Con todo, se cubrían dos importantes funciones; la ya mencionada de formar una administración para entregarla a Maximiliano, y la de aglutinar a las fuerzas conservadoras. Sobre el segundo punto, a pesar de que la prensa republicana atacó muy fuerte al gobernante erigido en Córdoba, convendría considerar el punto de vista de los monarquistas.

Arrangoiz e Hidalgo coinciden en destacar que, en ese momento, nuestro personaje era la mejor opción para mantener unidas a las fuerzas militares del conservadurismo mexicano y, sobre todo, tenerlas supeditadas a las armas francesas. El primero escribe: “creo que fue muy conveniente que el general Almonte [...] se pusiera al frente de las fuerzas mexicanas conservadoras; que dirigiera sus operaciones; que hubiera un jefe mexicano enviado de Europa a quien reconocieran los generales pronunciados contra Juárez”, y agregó que, de

---

<sup>410</sup> Alphonse Dubois de Saligny al ministro de Negocios Extranjeros, Orizaba, 26 de mayo de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa....*, tomo 3, p. 136.

<sup>411</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 521.

no haberse creado su gobierno, “las fuerzas mexicanas no se hubieran unido a Lorencez” y habrían acabado como enemigos.<sup>412</sup>

Por su parte, Hidalgo apuntó:

la necesidad de fijar un centro de autoridad exclusivamente mexicano, de organizar las rentas e impuestos, de dar órdenes al ejército mexicano y de atender todas las eventualidades que se presentasen, hicieron consentir al General Almonte en formar un pequeño gobierno, de acuerdo al Plan de Córdoba [...] era una medida muy provisional y llena de embarazo, pero era preciso aceptarla para evitar la confusión.<sup>413</sup>

La medida fue, pues, oportuna. Corti explica que, aun cuando las tropas de Márquez, Mejía y el mismo Zuloaga se condujeron al principio con reserva, “en cuanto se enteraron de la llegada de Almonte y de la protección que le daban las bayonetas francesas empezaron a pasarse a su lado en mayor número”.<sup>414</sup> En páginas anteriores anotamos que el poder de convocatoria de nuestro biografiado era considerable y así lo reiteró Hidalgo al señalar que lo reconocieron “los generales Mejía en el Estado de Querétaro, Lozada en el de Jalisco, Montañón en el de Puebla, Tacón en el de México y los coroneles Galván, Navarrete, Jiménez, Camaña, Argüelles y González en otros

---

<sup>412</sup> Ibidem, p. 524-525.

<sup>413</sup> José Manuel Hidalgo, op. cit., p. 123.

<sup>414</sup> Egon Caesar Conte Corti, op. cit., p. 125.

puntos”.<sup>415</sup> Reiteramos que buena parte de su atracción era conferida por el respaldo del emperador galo.

Con todo, la situación era difícil para él. Los obstáculos menudeaban. Por la escasez de recursos, durante su administración se emitieron 500 mil pesos en papel moneda. Como hasta entonces el dinero había circulado en metálico, y la medida se hizo obligatoria, fue mal vista.<sup>416</sup> Esto y el descontento de algunos personajes llevaron a que, el 4 de junio, se publicara un decreto por el cual se imponía la pena de destierro a todos aquellos que se opusieran al gobierno almontista.<sup>417</sup> De esa manera resultaron expatriados Cobos y Zuloaga, obligados a embarcarse de Veracruz a la isla de Santo Tomás.<sup>418</sup>

Por otro lado, Antonio López de Santa Anna, el otrora caudillo y presidente nacional en múltiples ocasiones, mostraba su interés por volver al país. El peso político y militar de este personaje podía ser importante, así que los distintos contendientes buscaron atraerlo a sus filas, pero él mantuvo su postura a favor de los monarquistas y, en especial, hacia Almonte. El 15 de junio, don Antonio escribió a Gutiérrez de Estrada: “la elección que va apareciendo a favor del general Almonte merece mi aprobación, él es un patriota ilustrado que no ha vacilado en sacrificarse en bien de su patria y debe mantenerse”.<sup>419</sup> El apoyo resultaba irónico; parecía que el veracruzano (¿le

---

<sup>415</sup> José Manuel Hidalgo, *op. cit.*, p. 124.

<sup>416</sup> Enrique Wagner al conde de Bernstorff, México, 11 de junio de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 146 y Antonio de la Peña y Reyes, *op. cit.*, p. III.

<sup>417</sup> *Idem.*

<sup>418</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 116 y Manuel Rivera Cambas, *Historia de la intervención...*, tomo 2-A, p. 24.

<sup>419</sup> Antonio López de Santa Anna a José María Gutiérrez de Estrada, Saint Thomas, 15 de junio de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 183.

convenía?) olvidaba que, en tiempos pasados, la relación entre ambos tuvo momentos de gran tensión.<sup>420</sup>

Al enterarse de las intenciones del ex dictador, Manuel Doblado trató de ponerse en contacto con él a principios de septiembre, a fin de ganarlo para la causa de la república: no lo consiguió.<sup>421</sup> También, por esas fechas, y desde el exilio, Zuloaga promulgó un plan para desconocer a los gobiernos liberal y conservador, y propuso que Santa Anna encabezara otro. El intento fue igual de fallido.<sup>422</sup>

El 16 de septiembre se conmemoró el aniversario del inicio de la guerra de Independencia en Orizaba, siendo el festejo encabezado por Almonte. Ningún francés acudió; es más, Lorencez prohibió a sus hombres que participaran. ¿Pensó tal vez en la contradicción de que un ejército de ocupación celebrara la libertad del país en el que estaba? Además, si lo hacía, podía incomodar a España, la ex metrópoli, y daría motivo a que corriera mucha tinta en la prensa liberal.

En el ínterin, Napoleón III había ordenado al general Elías Federico Forey el 3 de julio de 1862 sustituir a Lorencez en el mando del ejército en México. En sus instrucciones le recomendaba “acoger con benevolencia a Almonte”.<sup>423</sup>

---

<sup>420</sup> Vid. supra, p. 72.

<sup>421</sup> Alphonse Dubois de Saligny al ministro de Negocios Extranjeros, Orizaba, 5 de septiembre de 1862 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 3, p. 179.

<sup>422</sup> Ibidem, p. 182.

<sup>423</sup> Citado en Christian Schéfer, op. cit., p. 233.



Forey arribó a Veracruz el 21 de septiembre. Allí desconoció al gobierno de Juárez, pero también al de Almonte, pues el día 26 un comunicado suyo manifestó lo siguiente:

El general en jefe, investido de los poderes civiles y militares, hace saber al pueblo mexicano y en particular al pueblo de Veracruz, que con arreglo a las instrucciones recibidas, el gobierno establecido por el general Almonte sin la participación de la nación, no tiene en manera alguna la aprobación de la intervención francesa, y que dicho general ha recibido la orden de disolver el ministerio que había formado.<sup>424</sup>

Resultaba claro que, en Las Tullerías, existían reticencias hacia Almonte, ya por que se le consideraba muy ambicioso, ya por que su proceder provocó la presión del Cuerpo Legislativo sobre Napoleón III, ya por que en México era el principal blanco de las agresiones liberales. Como quiera que fuese, su presencia en la intervención decayó a partir de entonces. Era una contradictoria forma de acogerlo con benevolencia.

La llegada del sustituto de Lorencez anunció el reinicio de la contienda armada, por lo que ambos bandos se prepararon para la batalla. En octubre desembarcaron más tropas francesas, al mando del general Aquiles Bazaine, en tanto que Juárez formó dos divisiones, llamadas del Centro y de Reserva, las cuales apoyarían al principal cuerpo militar: el ejército de Oriente, que se

---

<sup>424</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 524.

hallaba en Puebla. Forey entró a Orizaba el 24, allí lo recibieron Lorencez, Haro y Almonte.<sup>425</sup>

La prensa liberal no había dejado de atacar a nuestro personaje. Francisco Zarco publicó numerosos artículos en su contra en *El Siglo XIX*. En junio escribió: “Almonte se tituló jefe supremo de la nación y no de la república, para mostrar en todo su aversión al sistema democrático”.<sup>426</sup> A fines de septiembre, lo acusó de falsificar las firmas del Plan de Córdoba, ya que, algunos de quienes supuestamente lo firmaron, negaron haberlo hecho.<sup>427</sup> En octubre declaró que, en Europa, nuestro personaje se vio “reducido a la miseria y para salir de ella [ideó] el infernal proyecto de vender su patria”.<sup>428</sup>

Hubo un rumor que corrió mucho: el que lo presentaba como indignado ante las decisiones de Forey y con intención de asumir, de nuevo y por la fuerza, la jefatura del gobierno. Era falso; para no dar una imagen de ruptura entre franceses y mexicanos, el 12 de enero de 1863 Almonte mostró su disciplina al emitir una proclama en la que negaba tal fin: declaraba que, como había manifestado en su respuesta al Plan de Córdoba, “la intervención europea en México no traía mas objeto que el de asegurar la independendencia, hacer cesar la guerra civil y contribuir al establecimiento de un gobierno sólido de orden y moralidad, dejando a los mexicanos elegir la forma que más les conviniera”. Agregó que, como algunos de sus compatriotas habían pretendido utilizar ese plan como prueba de que el emperador francés llegaba en son de conquista, él

---

<sup>425</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 119.

<sup>426</sup> Francisco Zarco, *op. cit.*, p. 92.

<sup>427</sup> *Ibidem*, p. 334.

<sup>428</sup> *Ibidem*, p. 381.

había renunciado para mostrar que ésa no era su intención, y agregó que era falso que pretendiese reasumir el título de jefe supremo.<sup>429</sup>

Su retiro lo alejó de momento del escenario político. También fue relegado en lo militar por Forey y en el nuevo ataque sobre Puebla tampoco tuvo participación o autoridad. Nuestro personaje comenzó a ver su influencia y consejo menospreciados e, incluso, algunas medidas tomadas por él fueron mal vistas y revocadas por Napoleón III. Sin embargo, según proponen Hidalgo y Arrangoiz, debido a que su presencia representaba, en buena medida, el lazo de unión entre los galos y sus compatriotas, mostró su abnegación por la causa, acatando con disciplina las medidas de aquellos.<sup>430</sup> No era, por cierto, la primera vez que se le rechazaba o resultaba ser víctima de la desconfianza: recordemos como, en 1854, Santa Anna había enviado a Arrangoiz a Washington para quitarle el recién cobrado primer pago por la venta de La Mesilla, con órdenes de destituirlo si se oponía.<sup>431</sup>

En esa ocasión escribió: “la lectura de estos documentos [dirigidos a Arrangoiz] ha herido profundamente la parte más sensible de la reputación de un hombre de honor y patriotismo [...] si no fuera por que considero que de mi separación instantánea de esta legación podrían resultar graves males a mi patria, que deseo evitar, hoy mismo haría dimisión del destino que ocupo”.<sup>432</sup> Si en esa ocasión soportó aquel trato apelando a su “honor y patriotismo”, en

---

<sup>429</sup> Citado en Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 532.

<sup>430</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 525 y José Manuel Hidalgo, *op. cit.*, p. 125.

<sup>431</sup> *Vid. supra*, p. 93.

<sup>432</sup> De Almonte a Díez de Bonilla, Washington, 22 de enero de 1855 en Elena Azucena Ceja Camargo, “Más allá de La Mesilla...”, p. 74.

adelante tendría que hacer buen acopio de ambos, porque, como veremos en el apartado siguiente, vendrían tiempos más difíciles para él.

La segunda estrategia gala para tomar Puebla fue el sitio de la ciudad. Unos 20 mil franceses y varios miles de aliados mexicanos<sup>433</sup> iniciaron el asedio el 16 de marzo de 1863. Aunque lenta, la estrategia resultó efectiva. Ignacio Comonfort, que había vuelto a las filas liberales y comandaba el ejército del Centro, fue derrotado, sufriendo graves pérdidas al pretender ayudar a la villa angelina, ya sin recursos. Los altos mandos del ejército de Oriente, que la defendía, decidieron inutilizar todo el armamento, disolver a la tropa y franquear el paso a los sitiadores entregándose ellos mismos el 17 de mayo como prisioneros de guerra.<sup>434</sup> Dos días después, la capital poblana había sido ocupada.

Ante la proximidad del enemigo y en vista de que la principal fuerza republicana había sido deshecha y los cuerpos de apoyo no surtieron el efecto deseado, en la ciudad de México el Congreso decidió trasladar los poderes de la Federación a San Luis Potosí.<sup>435</sup> El último día del mes se inició el traslado, que finalizó poco después. Así, el 10 de junio entró a la capital, sin oposición, el ejército franco-mexicano. A la cabeza iba el general Leonardo Márquez con

---

<sup>433</sup> Es difícil saber el número preciso. Justo Sierra anota: “a Maximiliano le abrieron el camino a la ciudad de México 30 000 franceses y 20 000 mexicanos” (op. cit., p. 339), Lilia Díaz dice que fueron 28 126 extranjeros y 2 850 mexicanos (“El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, op. cit., tomo 2, p. 867), Ralph Roeder que 26 000 franceses (op. cit., p. 732), en tanto Arrangoiz anota el número de 36 000 personas (op. cit., p. 534).

<sup>434</sup> Ralph Roeder, op. cit., p. 749.

<sup>435</sup> Justo Sierra, op. cit., p. 327.

las fuerzas nacionales; en seguida, Forey, con Almonte a su derecha y Saligny a la izquierda, al frente de las tropas extranjeras.<sup>436</sup>

Una semana después, el general en jefe francés llamó a un grupo de 35 personas distinguidas, para que realizaran una doble tarea: designar una Regencia integrada por tres individuos para ejercer el Poder Ejecutivo y convocar a una Junta de Notables, compuesta de 215 personas, las cuales deberían definir el sistema de gobierno que adoptaría la nación.<sup>437</sup> La Regencia recayó en el recién nombrado arzobispo de Puebla, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, el general Mariano Salas, quien gobernaba la ciudad cuando entraron las tropas vencedoras, y nuestro general Almonte, encargándose este último de la cartera de Hacienda y de Negocios Extranjeros.<sup>438</sup> A partir de entonces, su labor volvió a ser de gran actividad y dos asuntos en particular ocuparon su atención; por un lado, apresurar la llegada del monarca, por el otro, el grave conflicto surgido con el arzobispo Labastida. Por lo pronto, describió a Napoleón III una situación muy halagüeña. El 23 de junio le sugirió que el general Bazaine se quedara como general en jefe de las tropas francesas y Saligny siguiese a cargo de los asuntos políticos.<sup>439</sup> Parece ser que su relación con Forey fue igual de desafortunada que con de la Gravière y en esta ocasión apostó por Bazaine. Con Saligny tuvo, en general, mejor trato desde el principio y, ante la posibilidad de que este fuese sustituido, hizo la sugerencia.

---

<sup>436</sup> Agustín Rivera, op. cit., p. 132.

<sup>437</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas, op. cit., tomo 2, p. 869.

<sup>438</sup> Antonio de la Peña y Reyes, op. cit., p. III.

<sup>439</sup> Almonte a Napoleón III, México, 23 de junio de 1863 en Egon Caesar Conte Corti, op. cit., p. 167.

La Regencia tomó posesión el 25 de junio.<sup>440</sup> El 10 de julio, la Asamblea de Notables votó la monarquía como forma de gobierno para México; en esta ocasión, don Juan Nepomuceno pronunció un discurso en el que mostró su beneplácito por el auxilio extranjero.<sup>441</sup> Dos días más tarde, se dirigió a Maximiliano, notificándole que una comisión de once personas partiría hacia Miramar a ofrecerle la corona: en la misiva lo llamó “Sire” y “Vuestra Majestad” y le rogó aceptar, sin dejar de insistir en la magnificencia de la proposición.<sup>442</sup> El 27 le volvió a escribir; reiteró que el imperio era ya una realidad inconvencible. Dijo que en México las cosas marchaban bien y le recomendó no dejarse amilanar por lo que calificó de intrigas norteamericanas y españolas,<sup>443</sup> ya que estas naciones pretendían influir en el curso de los acontecimientos.<sup>444</sup>

Nuestro personaje no cesó su correspondencia con Napoleón III y Maximiliano. El 12 de septiembre mantenía el tenor optimista con el segundo, expresándole que el proyecto marchaba tan bien que, si el emperador francés cambiase de orientación en su política intervencionista, la empresa no decaería en lo más mínimo.<sup>445</sup>

---

<sup>440</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 136.

<sup>441</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>442</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 12 de julio de 1863 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 173.

<sup>443</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 27 de julio de 1863 en *ibidem*, p. 176.

<sup>444</sup> Cabe señalar que en Sudamérica hubo reacciones por la intervención francesa, tanto de apoyo como de rechazo; por ejemplo, parte de la prensa argentina calificó a Almonte de traidor y de traer a América “una negra banda de cuervos”, aunque el 21 de agosto miles de personas de aquel país se reunieron en la catedral de Buenos Aires para celebrar la toma de la ciudad de México. Un año después, José Artigas reconocería que la República Oriental del Uruguay también “tenía sus Almontes”. Moisés González Navarro, *op. cit.*, tomo I, p. 452.

<sup>445</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 12 de septiembre de 1863 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 204.

Almonte instó el 8 de octubre al archiduque a apurar su llegada a México, pues ella –escribió- pacificaría al país mejor que 100 mil hombres.<sup>446</sup> Por entonces surgieron problemas en el seno de la Regencia, ya que se pretendió emitir una circular a todos los tribunales para que admitieran como válidos los pagarés procedentes de la nacionalización de bienes eclesiásticos hecha por el gobierno juarista. Labastida se opuso, pero Salas y Almonte, a instancias de Forey, ignoraron al arzobispo y aprobaron el documento el día 23.<sup>447</sup> El 10 de noviembre, el clérigo protestó por no haber sido consultado y quiso que se diera marcha atrás: lo único que consiguió fue que, a la semana, sus colegas, igualmente presionados por Forey, le comunicaran su destitución.<sup>448</sup> La radical medida dio paso a otras complicaciones: como los magistrados se negaron a obedecer el desplegado, fueron dados de baja por la Regencia, lo cual generó gran descontento en amplios sectores del conservadurismo mexicano. Gutiérrez de Estrada, por ejemplo, lamentó el proceder de Almonte y dijo a Maximiliano que aquel “quería gobernar demasiado”, pues, como regente, sólo debía prestar servicios de administración.<sup>449</sup>

Se puede reiterar que varias medidas del general michoacano generaron rispidez con otros conservadores (Zuloaga, Cobos, Labastida, Gutiérrez de Estrada). ¿Es que, en efecto, nuestro personaje se había ensoberbecido, como era acusado? ¿O es que, a pesar de ser parte de las filas monarquistas, su visión difería de la de otros sectores de ese grupo? Una respuesta afirmativa a la

<sup>446</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 8 de octubre de 1863 en *ibidem*, p. 209.

<sup>447</sup> Antonio de la Peña y Reyes, *op. cit.*, p. IV.

<sup>448</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 367-369.

<sup>449</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 227.

segunda interrogante cabe como posibilidad, pero no tenemos elementos probatorios; lo que sí es un hecho es que su participación influyente en el gobierno, origen de las discordias, sufriría pronto cambios significativos.

Nuestro biografiado continuó su labor persuasiva ante el archiduque. El 27 de noviembre insistió en la situación favorable y manifestó la adhesión a la monarquía de los estados más importantes, ricos y poblados del país. Según él, tres cuartos del territorio, y cuatro quintos de la población, es decir, más de seis millones de mexicanos, de ocho que la constituían, lo aclamaban como monarca y querían su llegada.<sup>450</sup> Pero Maximiliano mostraba poca ansiedad y manifestó que aceptaría la Corona sólo si se lograba que, luego de un plebiscito, el voto mayoritario del país confirmara el externado por la Asamblea de Notables de la capital.<sup>451</sup>

Ante la destitución de Labastida, hubo manifestaciones de rechazo en los arzobispados de México y Michoacán y en el obispado de Oaxaca en el mes de diciembre,<sup>452</sup> y sobre todo en numerosas parroquias e iglesias. En enero de 1864, algunos pasquines incendiarios contra el ejército francés fueron echados de forma clandestina por debajo de muchas puertas. La Regencia sospechó de su antiguo integrante y se lo hizo saber, pero él lo negó.<sup>453</sup>

Para entonces, el avance del ejército monarquista franco-mexicano orillaba a Juárez y a su gabinete a trasladarse de ciudad en ciudad. Después de

---

<sup>450</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 27 de noviembre de 1863 en *ibidem*, p. 226.

<sup>451</sup> Aquiles Bazaine al ministro de Negocios Extranjeros, México, 17 de noviembre de 1863 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa....*, Tomo 3, p. 295.

<sup>452</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 158.

<sup>453</sup> *Ibidem*, p. 160.



salir de San Luis Potosí, se dirigieron a Saltillo.<sup>454</sup> El 22 de enero, Maximiliano escribió a Almonte que, en unas semanas más, anunciaría la aceptación de la Corona.<sup>455</sup> También recibió correspondencia de Santa Anna, quien le expresaba el deseo de volver a la patria.<sup>456</sup> La Regencia y Bazaine (éste ocupaba ya el puesto de Forey, llamado a París) decidieron permitirlo, pero con reservas, entre otras, la de no realizar expresiones públicas sobre sus inclinaciones políticas, ni por la prensa ni por ningún otro medio. El ex dictador, que a la sazón se encontraba en La Habana, aceptó, si bien, con el conocimiento de sus interlocutores, preparó un manifiesto a favor de la monarquía que no debía salir a la luz.<sup>457</sup> Parece que se deseaba tener una prueba de lealtad y un documento que lo comprometiese. Sin duda, Almonte recelaba de él.

Santa Anna quería saludar al archiduque cuando éste llegara a Veracruz. Nuestro regente se oponía, y aun escribió a Maximiliano en contra,<sup>458</sup> pero aquél desembarcó en el puerto hacia la tercera semana de febrero, a fin de esperar el arribo del monarca. Pese a su compromiso de no hacer pública expresión política alguna, un diario local imprimió su manifiesto; como en él declaraba que la difícil situación del país era causada por el Partido Conservador, del cual pretendía desligarse, los generales Almonte y Salas, suspicaces, promovieron su re-expatriación.<sup>459</sup> El antiguo dictador arguyó que

---

<sup>454</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, tomo 2, p. 871.

<sup>455</sup> Fernando Maximiliano a Almonte, sin lugar, 22 de enero de 1864 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 230.

<sup>456</sup> Aquiles Bazaine al ministro de Negocios Extranjeros, México, 9 de febrero de 1864 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, Tomo 3, p. 324.

<sup>457</sup> *Idem.*

<sup>458</sup> Almonte al archiduque Fernando Maximiliano, México, 27 de febrero de 1864 en Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 231.

<sup>459</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 164.

el editor del periódico no lo había consultado para realizar la publicación, mas no pudo quedarse, y el 28 de febrero tuvo que partir rumbo a Santiago de Cuba.<sup>460</sup>

Almonte y Bazaine decidieron en marzo el método para reunir el voto nacional que pedía Maximiliano: en cada poblado, quien o quienes supieran leer y escribir y estuviesen dispuestos a asentar sus datos personales, representarían a los vecinos. Así, cientos de cajas con miles de boletas firmadas fueron enviadas a Miramar.<sup>461</sup> El 10 de abril, el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo anunció que aceptaba la Corona del Imperio Mexicano. Antes había entregado a su hermano, el emperador Francisco José, la renuncia a todos sus derechos en la casa de Austria.<sup>462</sup> El mismo 10, ya como emperador, designó a Almonte su lugarteniente para hacerse cargo del gobierno hasta su llegada.<sup>463</sup> Días después, al llegar a México la noticia, cesó la Regencia y don Juan Nepomuceno asumió el gobierno, solo otra vez.

---

<sup>460</sup> Montholon al ministro de Negocios Extranjeros, México, 1 de marzo de 1864 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 3, p. 340 y Francisco de Paula y Arrangoiz, op. cit., p. 548.

<sup>461</sup> Montholon al ministro de Negocios Extranjeros, México, 29 de marzo de 1864 en Lilia Díaz (compiladora), Versión francesa..., tomo 3, p. 382.

<sup>462</sup> Ralph Roeder, op. cit., p. 826.

<sup>463</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, op. cit., p. 579.

### C) RELEGADO A UN ALTO PUESTO DE LA CORTE

Maximiliano y su numeroso séquito dejaron Europa el 21 de abril de 1864, luego de estar unos días en Roma. Se esperaba su llegada a Veracruz para principios de junio, pero, como el puerto (bastión liberal en la guerra de Tres Años) rechazaba al imperio, los monarquistas mexicanos decidieron que el banquete de bienvenida se realizara a bordo del navío en el que aquellos viajaban, pues en la ciudad, reconoció Almonte, podían correr peligro.<sup>464</sup> La medida desagradó a la pareja imperial. Los planes se complicaron pues el arribo se adelantó para el 28 de mayo, cuando el lugarteniente del Habsburgo apenas se encontraba en Orizaba, por lo cual no pudo reunirse con ellos sino varias horas después de su llegada.<sup>465</sup>

No hubo agresiones, mas, en efecto, el recibimiento de la población fue tan frío que Carlota derramó algunas lágrimas por ello. De cualquier modo, los recién desembarcados no se detuvieron mucho tiempo en el puerto y avanzaron hacia Orizaba. En este lugar, las manifestaciones de júbilo fueron más expresivas; su ánimo mejoró. En Puebla, la recepción fue también calurosa y la estancia de la comitiva se prolongó.<sup>466</sup> A Almonte se le nombró entonces Gran Mariscal de la corte.<sup>467</sup> El 12 de junio tuvo lugar la entrada a la ciudad de México.

El primer gabinete de gobierno se organizó a mediados del mes siguiente. Para sorpresa de muchos, nuestro personaje no figuró en él, lo cual

---

<sup>464</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 277.

<sup>465</sup> Montholon al ministro de Negocios Exteriores, México, 9 de junio de 1864 en Lilia Díaz (compiladora), *Versión francesa...*, tomo 3, p. 404.

<sup>466</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 833.

<sup>467</sup> Antonio de la Peña y Peña, *op. cit.*, p. IV.

debió resultarle desagradable, mas tuvo que conformarse. Entre el grupo de monarquistas mexicanos hubo también descontento, pues quedaron fuera los conservadores en general, mientras que varios liberales moderados sí fueron llamados a colaborar.<sup>468</sup>

Ahora bien, Almonte había sido soslayado otra vez, pero mantuvo la cercanía con los emperadores. Un ejemplo es que el día 9 de agosto, su hija Guadalupe contrajo matrimonio con el general Domingo Herrán, siendo los padrinos Maximiliano y Carlota, quienes regalaron a su nueva ahijada un adorno de joyas preciosas.<sup>469</sup>

El gobierno imperial inició su administración con cierta bonanza, debido a los efectivos extranjeros que lo sostenían, los préstamos de Francia y a que gran parte de las fuerzas conservadoras se les habían sumado,<sup>470</sup> en tanto el de Juárez sufría no sólo penurias económicas, sino un fuerte acoso que lo empujó de Saltillo a Monterrey, después a Chihuahua, y al final lo arrinconó en Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez.<sup>471</sup> En el mes de noviembre, el gabinete del emperador fue modificado y a Almonte tampoco se le incluyó. Sucedió lo mismo cuando se formó un consejo de gobierno. El descontento entre los intervencionistas mexicanos aumentó: “Los conservadores, que pensaban que Maximiliano era emperador sólo gracias a ellos, vieron con extrañeza la

---

<sup>468</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 339 y Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 876.

<sup>469</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 187.

<sup>470</sup> El Tratado de Miramar, acordado entre Napoleón III y Maximiliano el 10 de abril de 1864, ofreció 25 mil soldados franceses hasta que pudieran ser sustituidos por mexicanos. La Legión Extranjera, con 8 mil, permanecería en México al menos ocho años, el resto hasta 1867 cuando menos. En cuanto al dinero, Francia conseguiría préstamos en Europa para el nuevo emperador por 200 millones de pesos. Parece que al archiduque se le dieron ocho millones de francos para gastos por su ascenso al trono (Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 111). Del primer crédito, por 40 millones, el imperio mexicano sólo recibió 27 (Ernesto de la Torre Villar, *op. cit.*, tomo 1, p. 21).

<sup>471</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 345.

separación de Almonte relegado a un alto puesto en la corte”.<sup>472</sup> Su nombramiento de Gran Mariscal, tenía más bien que ver con el seguimiento del protocolo y la pompa imperial que con la administración de bienes públicos o la injerencia en el gobierno.

Las medidas legislativas del Imperio tampoco les resultaron agradables, pues dieron continuidad a las leyes juaristas, sobre todo en cuánto a minar los privilegios de la Iglesia.<sup>473</sup> Se proclamó una ley de tolerancia de cultos (como ya había hecho la república) y se ratificaron la nacionalización de bienes eclesiásticos y el registro civil, entre otros.<sup>474</sup> La inquietud de los conservadores preocupaba poco a Maximiliano, tal vez porque el ejército franco-mexicano dominaba entonces casi la totalidad del territorio.

Sin embargo, en el año de 1865 una serie de sucesos en el ámbito internacional comenzaron a influir negativamente en el destino del Imperio: la guerra de Secesión concluyó en los Estados Unidos y este país pudo prestar mayor atención a los acontecimientos en México;<sup>475</sup> el Papa Pío IX se negó a apoyar a Maximiliano por su política anticlerical y se enfrió la relación con su gobierno;<sup>476</sup> aumentó la oposición del Cuerpo Legislativo francés a la aventura napoleónica en México pues se empezó a temer una próxima guerra con Prusia y a considerar, por lo tanto, el regreso de las tropas en América a Europa.<sup>477</sup> En el interior de México, por lo demás, una parte de la Iglesia manifestaba su

---

<sup>472</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 285.

<sup>473</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 341.

<sup>474</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 858.

<sup>475</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 346.

<sup>476</sup> Para influir contra las leyes liberales, el Papa envió al nuncio Pedro Francisco Meglia a México. No hubo buen entendimiento y en medio de la tensión, se promulgó la libertad de cultos, por lo que el enviado papal se retiró. José Fuentes Mares, *Juárez, el imperio y...*, p. 76 y Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 213.

<sup>477</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 929.

abierta oposición al nuevo gobernante, los conservadores descontentos le retiraban crecientemente su apoyo, y Juárez, aunque arrinconado, seguía en pie de lucha.<sup>478</sup>

Al cumplirse el primer aniversario de la aceptación de la Corona el 10 de abril de 1865, Maximiliano organizó otro gabinete. Esta vez, Almonte fue nombrado ministro de la Casa Imperial<sup>479</sup> y recibió la Gran Cruz de la Orden del Águila.<sup>480</sup> Pero, como liberal que era, Maximiliano lo hizo a un lado; Corti propone que fue por juzgarlo parte de los “rígidamente conservadores y del partido ultra reaccionario”,<sup>481</sup> aunque en realidad no lo era tanto. Como el emperador no quería gobernar influido por ese grupo, a los más connotados integrantes de ese partido, como José María Gutiérrez de Estrada, José Manuel Hidalgo, Francisco de Paula Arrangoiz e Ignacio Aguilar y Marocho los mantuvo alejados en misiones diplomáticas, en Roma, París, Londres y Bruselas. Por la misma razón, tuvieron que salir del país dos importantes jefes militares: Leonardo Márquez, como ministro plenipotenciario cerca del sultán de Turquía, y Miguel Miramón, enviado a estudiar técnicas de artillería en Berlín,<sup>482</sup> aunque ambos volverían más tarde.<sup>483</sup>

---

<sup>478</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 345.

<sup>479</sup> De hecho, no tenemos claridad sobre las principales funciones del Gran Mariscal de la Corte o el ministro de la Casa Imperial. De los textos consultados, se destaca que el Mariscal o el ministro auxiliaban entregando y recibiendo los utensilios cotidianos que utilizaban, toallas, charolas, espada, etcétera, y que permanecían a su lado durante las celebraciones. Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, Barcelona, Planeta de Agostini-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, (grandes novelas de la historia mexicana), p. 412 y José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo, el emperador Maximiliano y su corte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 49 y 58.

<sup>480</sup> Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 208 y Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 620.

<sup>481</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 277.

<sup>482</sup> José Fuentes Mares, *Juárez, el imperio y...*, p. 61.

<sup>483</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 876.

Asimismo existió, por parte de los emperadores, la consideración de que nuestro biografiado era algo pusilánime, suposición acaso un tanto ligera: en noviembre, Carlota realizó un viaje a Yucatán; en sus instrucciones llevaba la de sopesar si se podría establecer un virreinato entre los mayas, quienes mostraban características diferentes de los indios del centro y norte del país. Almonte fue visto como posible virrey por su origen indígena y por el prestigio de que gozaba en Europa entre los diplomáticos centroamericanos. La opinión de la emperatriz fue que no veía obstáculos para ese nombramiento, pero que los yucatecos podrían menospreciarlo por su falta de iniciativa y prudencia y, por tanto, manejarlo a su antojo.<sup>484</sup>

Como quiera que haya sido, esta posición, que sí hubiera sido relevante no se llegó a dar. A pesar de todo, Almonte fue leal a la monarquía, quizá por que estaba demasiado comprometido, aunque, como mencionamos, Arrangoiz e Hidalgo aducen que si soportó tanto menosprecio fue por abnegación a la causa, pues su presencia aglutinaba a muchos mexicanos.<sup>485</sup>

Hacia 1866, las complicaciones amenazaron aún más al joven imperio. Napoleón III decidió la retirada del ejército francés, ante la presión del Cuerpo Legislativo. Maximiliano llamó a México a José Manuel Hidalgo, como ministro en Francia que era, para que verificase la noticia, la cual le fue confirmada.<sup>486</sup> Al preguntarle el emperador cómo veía a su gobierno, Hidalgo fue sincero y dijo que sentía crítica la situación; no había confianza en el Imperio; estaba rodeado de juaristas, entretenidos en conspirar, y existía

---

<sup>484</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, tomo 1, p. 492.

<sup>485</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 525 y José Manuel Hidalgo, *op. cit.*, p. 125.

<sup>486</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 881.

consternación por la noticia del regreso de las tropas a Europa.<sup>487</sup> Tal franqueza incomodó al Habsburgo, quien, para mala suerte de Hidalgo, recibió en esos días la falsa noticia de que en París se deseaba su reemplazo como titular de la legación. Dejó entonces de recibirlo, hasta que, días después, indignado, el ministro presentó su renuncia, e incluso rechazó el puesto de consejero de Estado que luego se le ofreció, quejándose de que, por ser él portador de malas noticias, no resultaba culpable de ellas.<sup>488</sup>

Al tener claro que Napoleón III le abandonaba, Maximiliano quiso encontrar apoyo en los monarquistas mexicanos, pero ya era tarde. Importantes integrantes del grupo se habían distanciado de su administración. Por ello, y por los comentarios de Hidalgo,<sup>489</sup> y a fin de reorientar su política y hacerla menos liberal, el emperador pidió a Almonte una lista de personajes puramente conservadores, con el objetivo de sustituir a su equipo gubernativo. Nuestro biografiado no se la dio porque, “según manifestó a unos amigos, temió que Maximiliano mostrara la lista a los ministros que formaban entonces el gabinete y que se persiguiera a los candidatos”.<sup>490</sup>

Napoleón III anunció en abril de 1866 que la salida de las tropas se realizaría en tres contingentes, y que éstos saldrían, sucesivamente, en noviembre de ese año, y en marzo y noviembre del siguiente.<sup>491</sup> El mismo mes de abril, el emperador mexicano designó a Almonte ministro plenipotenciario

---

<sup>487</sup> Víctor Alberto Villavicencio Navarro, “Patriota, monarquista, traidor: José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, “un lagartijo del día””, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2003, p. 71.

<sup>488</sup> Idem.

<sup>489</sup> Maximiliano dijo a Hidalgo “que estaba resuelto a cambiar de política”. Agustín Rivera, op. cit., p. 226

<sup>490</sup> Francisco de Paula Arrangoiz, op. cit., p. 743.

<sup>491</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, op. cit., p. 891.



en París. El michoacano debía presentar al monarca francés un documento, en el que le solicitaba la permanencia del ejército de intervención por otros tres años, a cambio de un pago de 25 millones de francos anuales y sustituir con ese pliego el Tratado de Miramar.<sup>492</sup>

Algo singular sucedió entonces: “se supone que, antes de partir a París en su misión cerca de Napoleón III, Almonte penetró secretamente en la catedral de la ciudad de México (habilitada como panteón nacional), sustrajo los restos de su padre y los re-inhumó privadamente en un sitio que desconocemos, o lo más probable, los llevó consigo a París”.<sup>493</sup>

El emperador austriaco, Francisco José, trató de auxiliar a su hermano y prometió convocar a voluntarios de su reino para que marchasen a México.<sup>494</sup> Así lo hizo; tras reunir y pertrechar a algunos miles de personas, informó a Maximiliano que la ayuda estaba lista. Al tener conocimiento del apoyo de Austria, confiado en ella e indignado por la decisión de Napoleón III, el monarca mexicano dio una última instrucción a Almonte a mediados de abril, antes de su partida, indicándole que “en caso de no aceptarse el nuevo tratado, se pidiera el inmediato retiro de las tropas francesas”.<sup>495</sup>

Don Juan Nepomuceno llegó a Paris el 14 de mayo. El 20 presentó sus cartas credenciales y el 23 el proyecto de tratado.<sup>496</sup> Luego de esperar varios días, y como no recibía respuesta, el 8 de junio envió una nota preguntando si se aceptaría el documento, todo o en parte. El ministro Drouyn de Lhuys no le

---

<sup>492</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 430.

<sup>493</sup> Ernesto Lemoine, *Morelos y la revolución...*, p. 140

<sup>494</sup> Lilia Díaz, “El liberalismo militante” en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 891. Agustín Rivera anota que se prometieron 10 000 hombres, *op. cit.*, p. 229

<sup>495</sup> Antonio De la Peña y Reyes, *op. cit.*, p. IV.

<sup>496</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 756.

comunicó el rechazo total a la propuesta sino hasta el día 11. A mediados de mes, informó a su gobierno.<sup>497</sup>

En ese momento, los Estados Unidos podían ya intervenir con mayor libertad en los sucesos de su vecino del sur, pues, como ya se indicó, la Guerra Civil había finalizado. Así, dieron su apoyo abierto al gobierno liberal: el presidente Andrew Johnson se negó a recibir a los enviados diplomáticos de Maximiliano, diciendo que sólo reconocía a Benito Juárez como presidente de México; en Austria, el ministro John Lothrop Motley, por instrucciones del secretario de Estado, William H. Seward, protestó contra el alistamiento de voluntarios y amagó con retirarse de Viena, manifestando que su país no permanecería indiferente ante este hecho, por lo que el emperador Francisco José detuvo la salida de las tropas.<sup>498</sup> Asimismo, el gobierno de Washington facilitó 40 000 rifles a Juárez.<sup>499</sup>

Almonte envió misivas desde Francia con la mira de elevar el ánimo de su jerarca. Supuso en una que, aun cuando se hubieran retirado las tropas extranjeras, Napoleón III podría ayudar todavía con armas, municiones y barcos de guerra. Añadió que, al partir su ejército, Francia iba a declarar que no toleraría que otra nación interviniera en México.<sup>500</sup> Pero aquel país tenía en ese momento otras preocupaciones y nada de esto se realizó.

Dadas las circunstancias, las fuerzas liberales se fortalecieron, en la medida en que la situación imperial se complicó. En julio, Maximiliano rogaba

---

<sup>497</sup> Idem

<sup>498</sup> Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, op. cit., p. 235-236.

<sup>499</sup> Carlos Bosch García, México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993, (Nuestra América 42), p. 131.

<sup>500</sup> Almonte a Maximiliano, París, 30 de junio de 1866 en Egon Caesar Conte Corti, op. cit., p. 462.

a Almonte que consiguiera el apoyo francés, mas, como no lo logró, Carlota viajó a Europa a entrevistarse con Napoleón III. El 8 de agosto, arribó al puerto de Saint-Nazaire, siendo recibida por nuestro ahora diplomático y su esposa.<sup>501</sup> Días después, todos salieron rumbo a París, en donde los aguardaba un pequeño séquito.

Carlota se reunió entonces con el emperador de los franceses, a quien le solicitó que no retirara a su ejército de México; Napoleón III le pidió esperar unos días, a fin de tomar una decisión. Cumplida la fecha, ella solicitó a Almonte que acudiera a las Tullerías para recibir la respuesta a sus peticiones.<sup>502</sup> Esta fue, por supuesto, negativa y él tuvo que transmitirla así a la emperatriz, quien, con gran congoja, marchó a Miramar, mientras nuestro biografiado continuaba en su puesto tratando de auxiliar al régimen al que representaba.<sup>503</sup>

Por un tiempo todavía, su quehacer como ministro continuó. En septiembre, intentó evitar más discordias; como Bazaine tenía conflictos con Maximiliano debido a que el francés protegía los intereses de Napoleón III y el austriaco los suyos propios, Almonte pretendió evitar que en las Tullerías se creyera que las divergencias surgían de que el militar galo siguiera las indicaciones de su emperador.<sup>504</sup>

La situación del Segundo Imperio empeoraba día con día. El avance liberal le quitó plazas importantes, algunas por batallas, otras al ser abandonadas por las tropas extranjeras que volvían a Europa. En 1867, le

---

<sup>501</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, p. 765.

<sup>502</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 485.

<sup>503</sup> Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 234.

<sup>504</sup> Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 515.

restaban algunos puntos del centro del país, aunque valiosos, como Puebla, Veracruz, la ciudad de México y Querétaro, todos en peligro por el empuje republicano.<sup>505</sup> En el mes de febrero, a fin de evitar a la capital los daños que pudiera sufrir por un sitio o un asalto, Maximiliano salió a enfrentar a los enemigos que venían por el norte. Se detuvo en Querétaro. Allí se concentraron los principales cuerpos militares de ambos bandos. Los monarquistas dentro de la ciudad, los liberales fuera, y a partir del 14 de marzo se inició el asedio de la misma.<sup>506</sup> El sitio terminó dos meses después, el 15 de mayo, cuando el emperador fue hecho prisionero y la plaza ocupada por sus enemigos.<sup>507</sup>

Luego de un proceso en el que al Habsburgo se le halló culpable y se le condenó a morir fusilado, la ejecución de la pena puso término al que sería el último intento de instaurar una monarquía en México.<sup>508</sup>

La misión diplomática de Almonte en Francia dejó de tener efecto al desaparecer el gobierno que lo empleaba; se retiró a la vida privada. Se sabe muy poco de sus actividades posteriores, pero, por José Manuel Hidalgo estamos al tanto de que no padeció problemas económicos pues del primer empréstito francés al archiduque su hija había recibido 100 mil francos para su manutención;<sup>509</sup> además, Napoleón III le otorgó una pensión por 10 mil francos. Eso sí, el hijo de Morelos no pudo volver a la patria pues receló de correr la misma suerte que Maximiliano. Su inquietud era fundada; el mismo Alphonse Dano, ministro francés que permaneció en México, llegó a creer que

---

<sup>505</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 354.

<sup>506</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 893.

<sup>507</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 971.

<sup>508</sup> Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 894.

<sup>509</sup> Sofía Vereá de Bernal (compiladora), *op. cit.*, p. 122.

sería aprehendido para canjearlo por él.<sup>510</sup> No sucedió así, pero el triunfante régimen juarista, por resolución acordada el 20 de agosto de 1867, confiscó sus propiedades<sup>511</sup> A pesar del amparo interpuesto por su esposa, doña Dolores Quezada, el fallo se hizo definitivo diez años después. Con todo, por hallarse fuera del país, nuestro biografiado evitó, al menos, penas corporales y pérdida de garantías,<sup>512</sup> pero más probablemente la muerte.

Tal parece que continuó residiendo en Francia, aunque no por mucho tiempo. Antes de que pasaran dos años, Juan Nepomuceno Almonte llegó al extremo de su vida el 21 de marzo de 1869 en la ciudad de París.<sup>513</sup> Fue enterrado en el panteón del Père Lachaise. Respecto a los restos de su padre, el canónigo Agustín Jacinto Pallares, quien estuvo presente durante la inhumación de nuestro biografiado, dijo que, junto con su cadáver, fueron colocados los despojos del prócer de la independencia de México.<sup>514</sup> Sin embargo el 20 de junio de 1991, al realizarse la exhumación del contenido de esa tumba, pudo comprobarse que los del generalísimo José María Morelos y Pavón no se encontraban allí y que tal vez se han perdido para siempre.<sup>515</sup>

---

<sup>510</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, tomo 1, p. 523.

<sup>511</sup> Dolores Quezada de Almonte, Amparo promovido contra la Secretaría de Hacienda de 20 de agosto de 1867, México, Imprenta del gobierno en palacio, 1879, p. 8.

<sup>512</sup> Ibidem, p. 15.

<sup>513</sup> Celia Gutiérrez, *op. cit.*, apéndice II, p. 65.

<sup>514</sup> Ernesto Lemoine, Morelos y la revolución..., p. 140.

<sup>515</sup> Vicente Quirarte, prólogo en Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros..., p. XXVII y Arturo Reyes Fragoso, “José Manuel Villalpando, aficionado a la historia” en “El universal”, México Distrito Federal, 25 de julio de 2004, p. G4





## CONCLUSIONES

Enarbolar un día una bandera política en el México del siglo XIX para, tiempo después, abrazar otra, incluso antagónica, no era común, pero tampoco raro. Los motivos de esos cambios obedecían a un sinnúmero de causas, que iban desde las simples cuestiones de conveniencia hasta el convencimiento de que otro sistema político ayudaría de mejor manera al país a convertirse en una nación avanzada.

El caso de Juan Nepomuceno Almonte es, en este aspecto, algo singular, ya que siendo inicialmente un liberal republicano se transformó en monarquista, pero figuró en ambos bandos de manera destacada, trabajando con ahínco para instituir y defender el sistema que, en su momento, prefería. Esto le generó muchos adversarios que terminarían por estigmatizarlo como un vulgar traidor, como alguien que, sólo por conservar el sueldo en un puesto alto del gobierno, era capaz de favorecer que un príncipe extranjero, ajeno a la nación y apoyado en un ejército invasor, viniera a gobernar la patria.

Esta manera de catalogar a Almonte generó un error que se sostiene hasta nuestros días, pues aún se le mira como un mero oportunista. El presente estudio muestra cómo las causas que lo llevaron a mudar de bandera política e ideológica surgieron de un interés que iba más allá de lo estrictamente personal. Entremezcladas, de seguro cada una con diferente peso en su conciencia, llevaron a nuestro personaje a asociarse con antiguos adversarios e impulsar un sistema gubernativo diferente del que enarbolará con anterioridad. Tres son las principales causas que pudieron incidir en su ánimo para decidir su



tránsito político: el peligro que representaba para México la vecindad con los Estados Unidos; la inestabilidad del país, que no cesaba; y, por último, la vigencia del monarquismo como opción de gobierno y que ésta, según él, se adecuaba más a la idiosincrasia mexicana. Éstos, entre otros motivos menores que también influyeron.

Anotamos arriba que sostener una postura política y luego apoyar otra no era extraño en la época. En determinado momento, y en distinto grado, muchos personajes del México post-independiente modificaron su óptica respecto a la administración pública. Antonio López de Santa Anna es, acaso, el mejor ejemplo, ya que, por más de tres décadas, participó en los conflictos del país, siendo presidente en múltiples ocasiones, apoyándose y apoyando, ya a los republicanos federalistas, ya a los centralistas, ya a los conservadores o a los monarquistas. Mas no fue el único. José María Luis Mora, quien es considerado como uno de los liberales más representativos de su tiempo, privilegiaba al inicio en su teoría una democracia pura, con los tres poderes bien definidos y autónomos, así como libertades individuales, pero luego del fracasado intento de instaurar las leyes reformistas de 1833-1834, optó por un Ejecutivo fuerte que estuviera incluso sobre el Congreso. José Fernando Ramírez también fue un republicano decidido que colaboró con diferentes administraciones. Se desencantó de los Estados Unidos tras la guerra con México y, al poco tiempo, durante la dictadura santanista, debió salir del país por su filiación liberal. Sin embargo, ya sin confianza en el país, desesperado por la ineficacia de la causa por la que había luchado, creyó que un cambio de

personas e instituciones salvaría a la nación, y se sumó al imperio de Maximiliano.

Podríamos alargar la lista de ejemplos en que menudearon los cambios políticos, pero, aunque lo hiciéramos, más que justificar que Almonte fuese primero un fervoroso republicano y al final un ardiente monarquista, lo que deseamos indicar es, más bien, que el Estado mexicano no se hallaba aún definido y existían varias opciones de régimen para el joven país; la clase política se movía entre distintas posibilidades, pues ninguna había mostrado, en sus resultados, ser la más efectiva. Era en este medio donde se hallaba inmerso nuestro personaje. Debemos considerar, además, que durante una vida bien pueden variar las formas de pensamiento de un ser humano y por lo tanto haber mudanzas, sobre todo si la vida es larga. Recordemos que, en la niñez, Almonte participó en batallas armadas y, desde la juventud, en política y diplomacia, siendo su vida un constante ir y venir. Viajó a los Estados Unidos, Europa, Sudamérica, Cuba, etcétera, es decir, pudo apreciar de cerca varias maneras de organización social y administración pública y por tanto recibió muy variadas influencias.

La relación con el país del norte marcó, en buena medida, su actuar político, como sucedió con otros de sus contemporáneos. Los sorprendentes logros de los Estados Unidos crearon un doble sentimiento entre los mexicanos: por un lado, el temor de que, con el tiempo, esa nación se volviera un gigante que hiciera peligrar a la región entera, por el otro, el deseo de seguir su ejemplo e imitar sus instituciones. Almonte se inclinó, al principio de su carrera, por la segunda opción y pareció creer, como muchos más, que México

podía tener un desarrollo parecido. Pronto tuvieron lugar sucesos que modificaron su visión.

La ambición estadounidense por conseguir tierras a costa de México era evidente y tocó a nuestro personaje verse involucrado en los intentos de defender el derecho patrio contra los embates del vecino, padeciéndolos en carne propia, pues en todos los procesos en que participó, el país sufrió menoscabo. Luego de verificar el peligro separatista de Texas, Almonte no logró detener la independencia de ese territorio, como tampoco evitó, siendo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Washington, su anexión a los Estados Unidos. Tras la guerra entre ambos países debió aceptar la “cesión” de medio México y, en 1853, de nuevo como enviado diplomático, hubo de vivir la entrega de La Mesilla. Estas ocasiones, en que se reiteró la debilidad mexicana y, en contraste, el pujante avance norteamericano, dejaron con probabilidad resabios amargos en él, quien tal vez se desencantó no sólo de lo que había sido su modelo de país, sino también del sistema republicano. Sin duda, de lo que sí se percató fue de que, independientemente del régimen político del vecino, México tenía en su seno otras características, que lo imposibilitaban a tener el mismo desarrollo que la nación norteaña. Se requería de algo más adecuado para la realidad nacional.

A finales de la década de 1840-1850, la posibilidad de absorber “todo México” se discutió entre la opinión pública en los Estados Unidos. Diez años después, la posibilidad continuaba, ya que, pese a haber conseguido territorio mexicano en dos ocasiones, en ese país se ambicionaba más y se ponía en riesgo a regiones como la del istmo de Tehuantepec, donde la intención era

construir un paso interoceánico. Hacia 1859, cuando Almonte colaboraba ya con los monarquistas mexicanos, el Tratado Mc Lane-Ocampo le preocupó por la amenaza que implicaba; sin duda, él compartió la visión, común entre éstos, e incluso entre muchos liberales, de que peligraba la nacionalidad mexicana. Por ello, desde Europa, pudo enviar correspondencia diplomática con acres críticas (cosa poco común en él), en la que calificaba a Juárez de “cabecilla traidor” y denostaba como un “escándalo” el reconocimiento que los Estados Unidos hicieron del gobierno de aquél.

Sin embargo, el hecho de que la mayoría de los intentos norteamericanos por conseguir beneficios de su vecino del sur resultaron exitosos, en buena medida se debió a que la condición de México era un caos en todos los órdenes de la vida: economía, política y sociedad.

Desde 1821, el saldo era ya deplorable por los años de lucha independentista, pérdida de vidas productivas, contracción material, deuda pública millonaria, agiotismo sobre la hacienda federal, inexperiencia de gobierno, etcétera. Después de la separación de España, personas y grupos se enfrentaron por detentar el poder, lo cual les llevó a la lucha armada. A partir de Agustín I, las rebeliones y los pronunciamientos fueron la constante para hacerse del mando, lo que contribuyó a la inseguridad. Casi ninguna administración cumplió su periodo regular y la mayoría fue sustituida por la fuerza de las armas. Para mantener al ejército, se distrajeron muchos recursos que, además de agotar al tesoro nacional, se quedaban fuera del aparato productivo. El desorden y la inestabilidad continuaron por décadas.

A la fecha en que Almonte comenzó a colaborar de manera abierta con los monarquistas, esto es, hacia 1858, aún no se cumplían cuatro décadas de vida independiente y se podían contar ya cuando menos 40 administraciones (más de 20 presidentes), de las cuales ninguna logró apaciguar a la nación y encauzarla hacia la prosperidad. No pocas personas, de dentro y de fuera, habían concluido que México estaba imposibilitado para gobernarse por sí mismo y requería de la ayuda de una potencia extranjera. Entonces, para nuestro biografiado, esa ayuda no debería venir ya de los Estados Unidos, cuyo peligro había quedado más que claro, pues nuestro país no podía defenderse de sus ambiciones. El auxilio de una potencia europea ofrecía visos de solución; de ahí que Almonte se decidiera, según propias palabras, a “dotar a su patria, [...] de la paz de que ha carecido por tanto tiempo”. En adelante, trabajaría en pos del establecimiento de una monarquía; pues pudo pensar, como sus nuevos correligionarios, que ese régimen era el que había dado estabilidad y progreso a la Nueva España, además de que la identificación con Francia no era poca pues, al igual que México su origen racial es latino; su lengua se deriva de un tronco común, pero sobre todo la religión es la misma, por lo que convenía intentar el retorno a él, .

Pretensión de la monarquía de Maximiliano fue poner orden al caos que México era hacia 1860, mediante una intervención armada pero conservando la nacionalidad. Desde luego, el objetivo no se logró, pero eso es otra cuestión, lo que nosotros destacamos es lo que nuestro personaje debió percibir en ese momento y su comprensible deslizamiento político hacia la derecha. Es posible que lo considerara un mal necesario y/o menor: eso deja sentir José Manuel

Hidalgo y Esnaurrizar cuando, en algún momento, aseveró: “querer y pedir una intervención es doloroso, pero es salvar a México”.

Además, como se señaló en varios capítulos, la monarquía no había sido eliminada como posibilidad de gobierno. Durante años fueron muchos quienes la consideraron así y, tal parecía, que en otros países funcionaba bien. Al respecto, existía una doble vertiente favorable: por un lado, parte de las clases populares, con una tradición real arraigada, que no se inquietaba sobre si la república debía sobrevivir o no; por el otro, un sector de la clase pudiente, muchos políticos deseosos del retorno de príncipes, reyes y emperadores. Su mejor argumento era que “la sociedad” mexicana conocía y se adaptaba a tal sistema, pero sin duda se veía como posible beneficiario de ese régimen.

Hubo varios momentos en que, desde el gobierno nacional, se tomaron medidas encaminadas a llamar a un príncipe extranjero para encargarse de la administración pública. Lo mismo desde Europa, hubo veces en que, por ejemplo, los monarcas de España o Francia juzgaron oportuno que alguien de sus respectivos linajes sentara sus reales en un país americano, de preferencia en México.

Por su parte, a fines de la década de 1850, Almonte, acaso por la conciencia de saberse ya mayor de 50 años y temeroso de morir sin haber visto a su país fuerte y en calma, decidió redoblar los esfuerzos para lograr la estabilidad. Se le presentaban dos opciones: no dejar de pretender, como había hecho hasta entonces, que algún coterráneo lograra la pacificación, o aceptar y promover que alguna nación europea auxiliara a México.

Ante la primera opción estaban los inconvenientes del desorden interno y el peligro latente de los Estados Unidos, pues, a pesar de que el grupo juarista esperaba el auxilio de este país, no paraban sus amagos expansionistas sobre México. De hecho, sólo disminuyeron hasta los inicios de la administración de Abraham Lincoln, quien en 1861 enfrentaba las consecuencias del crecimiento desmesurado de su país: por un lado, la guerra de Secesión que dividía a éste en dos; por el otro, la instauración del imperio en México, que hizo probable una guerra con Francia, la cual resultaría perjudicial a ambas potencias. Sólo entonces el vecino norteamericano disminuyó los embates contra la patria de Almonte, cuando éste militaba ya, de manera franca y abierta, en el monarquismo.

Quedaba entonces la segunda opción: un príncipe extranjero a la cabeza del gobierno, con el apoyo de un ejército interventor y el objetivo paradójico, según los apologistas del proyecto en el país, de conservar la nacionalidad y la independencia, ya que la ocupación sería algo temporal, no permanente. Así lo ofrecía Napoleón III, deseoso, entre otras cosas, de crear en el Nuevo Mundo un Estado fuerte, que detuviera el avance estadounidense en el continente. Es claro que su decisión no respondía sólo a una posición altruista, pues tenía bien definidos los beneficios políticos y económicos que obtendría, pero se trataba también de que México no fuera una colonia de Francia, sino un imperio independiente, con lazos de subordinación al principio, y la mira de separarse una vez que, fortalecida, se hallara por fin en paz.

Considerar que una gran potencia económica y militar ofrecía esta opción debió ser un factor importante para que nuestro personaje decidiera apoyar el cambio de régimen. Como es sabido, los objetivos no se cumplieron,

ni en el proceso ni en su conclusión, aunque, desde luego, al mudar de filiación político-ideológica, Almonte no conocía el desenlace. La combinación de los factores mencionados debió convencerlo de que lo mejor para su país era justamente aquello contra lo que había luchado la mayor parte de su vida.

Nuestro personaje era consecuente con sus ideas. Lo mostró en tiempos anteriores. Conviene aclarar, además, que para la época, ser conservador no resultaba exactamente lo mismo que ser monarquista, pues, mientras los primeros aceptaban la república si en ésta persistían determinados privilegios, los segundos luchaban por la instauración de ese régimen político. Anotamos esto porque Almonte colaboró con gobiernos de tendencia conservadora, pero sólo al final de su carrera lo hizo con los monarquistas. Tal colaboración fue en tres momentos: durante la primera república central, con el presidente Anastasio Bustamante; en la segunda república central, con Mariano Paredes, en medio de la guerra con los Estados Unidos; y durante la dictadura de Santa Anna. En ninguno de los tres, hallamos elementos que lo definieran como monárquico, es más, si acaso sólo en la última se le puede calificar ya de conservador.

No hay tampoco datos que lo sitúen como partidario de la monarquía sino hasta el inicio de la lucha a favor del Segundo Imperio, esto es, hacia 1858 y, como se ha dicho, fueron las circunstancias de México, el temor por el país y el miedo a la vecindad de los Estados Unidos, así como el aparente fracaso del sistema republicano, la vigencia del régimen que descubrió como alternativa, y la conciencia de acercarse al final de su vida los elementos que lo indujeron a la conversión. Parece pues cierto que no fue nada más por conservar el sueldo.



En suma, si Almonte consideró que en su patria los mexicanos estaban imposibilitados para ordenar las cosas por sí mismos, y la inestabilidad existente por ello la dejaba inerme ante un vecino que, merced a su política expansionista, hacía peligrar la integridad territorial, si consideró que el sistema de gobierno hasta entonces ensayado: la república, no lograba la anhelada estabilidad y el monarquismo era deseado por un sector social, aunado a la posibilidad de que una gran potencia como Francia, con cuya sociedad había convergencias culturales, ofreciera coadyuvar a la creación de un Estado mexicano fuerte mediante tal sistema, tenemos entonces que, si bien deseó ser beneficiario de la instauración del Imperio y disfrutar de una buena posición, no fue ése su único móvil, ni siquiera el más importante, sino que hubo otras causas que lo decidieron a mudar de ideas y a tomar otras decisiones, convirtiéndose de republicano en monarquista, siendo siempre, eso sí, un militante acérrimo de lo que creía. Con seguridad cuestión de carácter.

## FUENTES

### ARCHIVOS Y EXPEDIENTES

“Correspondencia encuadernada” en Archivo de la Embajada de México en los Estados Unidos de América (AEMEUA) del Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

“Expediente personal de Juan Nepomuceno Almonte” en el Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

“Diario de Juan N. Almonte 1843-1857” (microfilm), en Biblioteca Manuel Orozco y Berra del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

### PERIÓDICOS

El Siglo XIX, ciudad de México, 28 de abril de 1862.

El Tío Nonilla, ciudad de México, 28 de diciembre de 1850.

El Universal, ciudad de México, 16 de septiembre de 1849 y 25 de julio de 2004.

Tiempo de México, ciudad de Veracruz, 29 de mayo de 1864.

### COLECCIONES DOCUMENTALES

Bosch García, Carlos, Material para la historia diplomática de México. México y Estados Unidos 1820-1848, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1957.

De la Torre Villar, Ernesto (compilador), El triunfo de la república liberal, 1857-1860, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Díaz, Lilia (compiladora), Versión francesa de México, informes diplomáticos (1853-1858), México, el Colegio de México, 1963, 4 tomos.

Dublán Manuel y José María Lozano, Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la república, México, Imprenta del comercio de Dublán y Chávez, 1879, 12 tomos.

Estrada, Genaro (compilador), Las relaciones entre México y el Perú, la misión de Corpancho, México, Porrúa, 1971, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano 4).

Labastida, Horacio (estudio preliminar y compilador), Reforma y República restaurada, 1823-1877, México, Miguel Ángel Porrúa, 1995.

Matute, Álvaro (compilador), Antología. México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, (Lecturas Universitarias 12).

Pompa y Pompa, Antonio (coordinador), Colección de documentos inéditos o muy raros relativos a la reforma en México, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1958.

Tamayo, Jorge L. (compilador), Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia, México, Libros de México, 1973.

Weckmann, Luis, Las relaciones franco-mexicanas, 1839-1867, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962, 2 tomos, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano 2).

## TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS

Alamán, Lucas, Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, 2 tomos.

Almonte, Juan Nepomuceno, Catecismo de geografía universal para el uso de los establecimientos de instrucción pública en México, México, Juan Navarro, 1849.

Almonte, Juan Nepomuceno, Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles, México, Instituto José María Luis Mora, 1997, (Facsímiles).

Almonte, Juan Nepomuceno, Proyecto de leyes sobre colonización presentado por el senador Juan Nepomuceno Almonte, México, Ignacio Cumplido, 1852.

Arias y Ulúa, Margil, Apuntes históricos para la biografía del traidor Almonte, México, Imprenta de N. Chávez, 1862.

Arrangoiz, Francisco de Paula, México desde 1808 hasta 1867, México, Porrúa, 1994, (“Sepan cuántos...” 82).

Arriaga, Ponciano, Los millones de la Mesilla en parte descubiertos por uno de los prohombres del gobierno actual de México, México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1975.

Austin, Esteban F., Exposición al público sobre los asuntos de Texas, México, Academia Literaria, 1959, ( Documentos para las Guerras entre México y los Estados Unidos 1).

Bocanegra, José María, Memorias para la historia de México independiente, México, Comisión nacional para la celebración del 175 aniversario de la independencia nacional, 1985, 3 tomos.

Blasio, José Luis, Maximiliano íntimo, el emperador Maximiliano y su corte, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Bustamante, Carlos María de, Cuadro histórico de la revolución mexicana de 1810, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, 7 tomos.

Bustamante, Carlos María de, El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los angloamericanos en México, México, Instituto Cultural Helénico-Instituto Nacional de Estudios Históricos la Revolución Mexicana-Fondo de Cultura Económica, 1994, edición facsimilar, (Clásicos de la Historia).

De la Peña, José Enrique, With Santa Anna in Texas, a personal narrative of the revolution, Texas, Texas A and M University press, 1999.

Gutiérrez de Estrada, José María, Carta dirigida al ecsmo. Sr. Presidente de la república sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la república; y opiniones del autor acerca del mismo asunto, México, Ignacio Cumplido, 1840.

Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel, Proyectos de monarquía en México, México, Jus, 1962, (México Heroico).

Iglesias, José María, Revistas históricas sobre la intervención francesa en México, México, Porrúa, 1966, (“Sepan cuántos...” 47).

Monjarás Ruíz, Jesús (compilador), México en 1863, testimonios germanos de la intervención francesa, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, (Sep Setentas 146).

Montero, Felipe Benicio, Apuntes para la historia, el sitio de Cuautla de 1812, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999.

Payno, Manuel, Compendio de historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública en la república mexicana, México, F. Díaz de León, 1880.

Prieto, Guillermo, Apuntes Históricos para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, (Obras Completas XXIX).

Prieto, Guillermo, Lecciones de historia patria, México, Instituto Nacional para la Cultura y las Artes-Secretaría de Educación Pública, 1987.

Prieto, Guillermo, Memorias de mis tiempos, México, Editorial Patria, 1958.

Quezada de Almonte, Dolores, Amparo contra la Secretaría de Hacienda de 20 de agosto de 1867, México, Imprenta del gobierno en palacio, 1879.

Roa Bárcena, José María, Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-48) por un joven de entonces, México, Porrúa, 1947, (Escritores Mexicanos 47).

Sierra, Justo, Evolución política del pueblo mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, (Obras Completas 12).



Verea de Bernal, Sofía (compiladora), Un hombre de mundo escribe sus impresiones, cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, ministro en París del emperador Maximiliano, México, Porrúa, 1978, (Biblioteca Porrúa 16).

Zarco, Francisco, Periodismo político y social, México, Centro de Investigación Científica, 1992, (Obras Completas XI).

Zavala, Lorenzo de, Albores de la república, México, Empresas Editoriales, 1949, (El Liberalismo Mexicano en Pensamiento y Acción 13).

Zavala Lorenzo de, Ensayo histórico de las revoluciones en México, desde 1808 hasta 1830, México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985, edición facsimilar, (Clásicos de la Historia de México).

Zerecero, Anastasio, Memorias para la historia de las revoluciones en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, (Nueva Biblioteca Mexicana 38).

Zerecero, Anastasio, et al., Refutación en la parte histórica del artículo de fondo publicado en el número 305 del periódico titulado *El Universal*, el pasado 16 de septiembre, por una comisión de la Junta Cívica de México, México, Ignacio Cumplido, 1849.

## GUÍAS DOCUMENTALES

Campbell Mirza, Rebeca, Catálogo de manuscritos existente en la biblioteca 'Manuel Orozco y Berra', México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1975.

Grajales, Gloria, Guía de documentos para la historia de México en archivos ingleses (siglo XIX), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.

Mayorga Caro, Rosalba, El Tratado de La Mesilla, catálogo de documentos del archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1848-1856), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto José María Luis Mora-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1995, (Carlos Bosch García).

## FUENTES SECUNDARIAS

Bazant, Jan, Antonio de Haro y Tamariz y sus aventuras políticas, 1811-1869, México, El Colegio de México, 1985.

Bazant, Jan, Breve historia de México, de Hidalgo a Cárdenas, (1805-1940), México, Ediciones Coyoacán, 2000, (Diálogo Abierto 34).

Belenki A, B, La intervención extranjera de 1861-1867 en México, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972.

Bosch García, Carlos, Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, 1819-1848, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1972, (Archivo Histórico Diplomático de México).

Bosch García, Carlos, México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, (Nuestra América 42).

Bravo Ugarte, José, Historia de México, México, Jus, 1962, 4 tomos.

Cárdenas de la Peña, Enrique, Mil personajes en el México del siglo XIX, México, Organización Somex, 1979, 3 tomos.

Ceja Camargo, Elena Azucena, “Más allá de La Mesilla. La segunda gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington, 1853-1856”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2005.

Corti, Egon Caesar, Conte, Maximiliano y Carlota, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, (Grandes Obras de Historia).

Cosentino, Frank, The life of Juan Nepomuceno Almonte, Ontario, Silent Praise, 2000.

Cosío Villegas, Daniel, Historia general de México, México, El Colegio de México, 1987, 2 tomos.

Costeloe, Michel P., La república central en México, 1835-1846, “hombres de bien” en la época de Santa Anna, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, (Obras de Historia).

Costeloe, Michael P., La primera república federal en México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Cué Canovas, Agustín, El tratado Mon-Almonte, México, Ediciones Insurgentes S. A., 1960, (Reforma-Revolución 3).

Chávez, Ezequiel A., Morelos, México, Jus, 1983, (“México Heroico” 3).

Del Paso, Fernando, Noticias del Imperio, Barcelona, Planeta de Agostini-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, (Grandes Novelas de la Historia Mexicana).

De la Peña y Reyes, Antonio, El tratado Mon-Almonte, México, Porrúa, 1971, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano 2).

Figueroa Esquer, Raúl, Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta. España ante la guerra entre México y los Estados Unidos 1845-1848, México, ITAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999.

Figueroa Esquer, Raúl, La guerra de corso en México durante la invasión norteamericana, 1845-1848, México, ITAM, 1996.

Flores D., Jorge., Juan Nepomuceno de Pereda y su misión secreta en Europa, (1846-1848), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1964, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, segunda serie 19).

Fuentes Mares, José, Juárez, el imperio y la república, México, Grijalbo, 1982.

Fuentes Mares, José, Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante, México, Jus, 1967, (México Heroico).

Galeana de Valadés, Patricia (coordinadora.), Los siglos de México, México, Nueva Imagen, 1991.

Galindo y Galindo, Miguel, La gran década nacional, 1857-1867, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1987, 3 tomos.

Gallo, Miguel Ángel (compilador), Del árbol de la noche triste al Cerro de las Campanas, México, Pueblo Nuevo, 1984.

Gayón Córdoba, María (compiladora), La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

Goldman, Noemí, Nueva historia argentina. Revolución, República, Confederación, 1806-1852, España, Editorial Sudamericana, 1998, 5 tomos.

González Navarro, Moisés, Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, México, El Colegio de México, 1993, 2 tomos.

González Obregón, Luis, Vida y obra de don José Fernando Ramírez, México, Imprenta del gobierno federal en el ex arzobispado, 1901, (Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate).

González Pedrero, Enrique, País de un solo hombre, el México de Santa Anna. La ronda de los contrarios, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 2 tomos.

Goubert, Pierre, Historia de Francia, Barcelona, Editorial Crítica, 1987, (Serie Mayor).

Gurría Lacroix, Jorge, “Narciso Mendoza y Juan N. Almonte en el sitio de Cuautla” en Estudios de Historia moderna y contemporánea de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 47-65, Vol. 7.

Gutiérrez Ibarra, Celia, Cómo México perdió Texas, análisis y transcripción del informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1987, (Fuentes).

Hale, Charles, el liberalismo mexicano en la época de Mora, México, Siglo XXI, 1998.

Hanna, Alfred Jackson y Kathryn Abbey Hanna, Napoleón III y México, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, (Obras de Historia).

Harris, Hellen Willits, “The public life of Juan Nepomuceno Almonte”, Texas, Austin University press, tesis de doctorado en Historia, 1935.

Herrejón Peredo, Carlos, Los procesos de Morelos, México, El Colegio de Michoacán, 1985, (Biblioteca José María Morelos II).

Herrera Carrillo, Pablo, Las siete guerras por Texas, México, Academia Literaria, 1959, (Documentos para las Guerras entre México y los Estados Unidos 1).

Herrera Peña, José, Morelos ante sus jueces, México, Porrúa, 1985.

Lemoine, Ernesto, Morelos y la revolución mexicana de 1810, Morelia, Gobierno de Michoacán, 1983.

Lemoine Villicaña, Ernesto, Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

Macune, Charles, El estado de México y la federación mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Malagón Barcelo, Javier, Enriqueta Lopezlira y José María Miguel (compiladores), Relaciones diplomáticas hispano mexicanas, 1839-1898, México, El Colegio de México, 1952, (Despachos Generales II).

Mejía Zúñiga, Raúl, Benito Juárez y su generación, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, (Sep Setentas 30).

Moyano Pahissa, Ángela, La pérdida de Texas, México, Planeta, 1991, (Espejo de México 9).



Muñoz, Rafael F., Santa Anna, el dictador resplandeciente, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, (Colección Popular 247).

Noriega, Alfonso, El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, 2 tomos.

Obregón, Gonzalo, “Reseñas del retrato mexicano” en Artes de México, 1970, año XVIII, # 132, página 31.

O’Gorman, Edmundo, La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o república, México, Universidad Iberoamericana, 1986.

Olavarría y Ferrari, Enrique y Juan de Dios Arias, “México independiente 1821-1855” en Riva Palacio, Vicente (coordinador), México a través de los siglos, historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario desde la antigüedad más remota hasta la época actual, México, Cumbre, 1977, 10 tomos.

Ordaz Schroeder, Martha Eugenia, “Catálogo de expedientes personales y labor diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington 1842-1845”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 1989.

Pi-Suñer Llorens, Antonia, El general Prim y la cuestión de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1996.

Pi-Suñer Llorens, Antonia, “La labor anti-intervencionista de los liberales en París (1856-1862)” en Tempus. Revista de historia de la Facultad de Filosofía y Letras, México, Universidad Nacional Autónoma de México, número 1, otoño de 1993, p. 107-122.

Pi-Suñer Llorens, Antonia y Agustín Sánchez Andrés, Una historia de encuentros y desencuentros. México y España durante el siglo XIX, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.

Quirarte, Martín, Visión panorámica de la historia de México, México, Editorial Cultura, 1967.

Rivera, Agustín, Anales mexicanos, la reforma y el segundo imperio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

Rivera Cambas, Manuel, Antonio López de Santa Anna, México, Editorial Citlaltepetl, 1972.

Rivera Cambas, Manuel, Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo, México, Academia Literaria, 1962, (Reforma e Imperio).

Robles, Vito Alessio, Bibliografía de Coahuila, histórica y geográfica, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1927, (Monografías Bibliográficas Mexicanas 10).

Rodríguez Piña, Javier, “¿Un conservador en Washington?. La gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte durante la dictadura santannista (1853-1855)” en Suárez Argüello, Ana Rosa (coordinadora), Pragmatismo y principios. La relación conflictiva entre México y Estados Unidos 1810-1942, México, Instituto José María Luis Mora, 1998.

Schéfer, Christian, Los orígenes de la intervención francesa de México 1858-1862, México, Porrúa, 1963.

Soto Estrada, Miguel, La conspiración monárquica en México, 1845-1846, México, Offset S.A., 1988, (Historia).

Suárez Argüello, Ana Rosa, “Consolidación y Guerra Civil (1828-1865)” en Moyano Pahissa Ángela, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez, E. U. A. Síntesis de su historia I, México, Instituto José María Luis Mora-Alianza Editorial Mexicana, 1988, p. 307-898, (EUA 8).

Suárez Argüello, Ana Rosa (coordinadora), En el nombre del destino manifiesto. Guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México, México, Instituto José María Luis Mora-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

Suárez Argüello, Ana Rosa (coordinadora), Pragmatismo y principios. La relación conflictiva entre México y Estados Unidos 1810-1942, México, Instituto José María Luis Mora, 1998.

Terrazas y Basante, Marcela, Inversiones, especulación y diplomacia. Las relaciones entre México y los Estados Unidos durante la dictadura santannista, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Valadés, José C., México, Santa Anna y la guerra de Texas, México, Diana, 1979.

Vázquez, Josefina Z. (compiladora), Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47, México, Ediciones Ateneo, 1977.

Vázquez, Josefina Z., México y el expansionismo estadounidense, México, Senado de la República, 2000, (México, Historia de sus Relaciones 1).

Vázquez, Josefina Z. y Lorenzo Meyer, México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico 1776-1993, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Vázquez Mantecón, Carmen, Santa Anna y la encrucijada del Estado, la dictadura, 1853-1855, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Vigil, José María, “La reforma” en Riva Palacio, Vicente, México a través de los siglos, historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario desde la antigüedad más remota hasta la época actual, México, Cumbre, 1977, 10 tomos.

Villavicencio Navarro, Víctor Alberto, “Patriota, monarquista, traidor: José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, “un lagartijo del día” ”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2003.

Yáñez, Agustín, Santa Anna, espectro de una sociedad, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, (Colección Popular 494).

Zamacois, Niceto de, Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, Barcelona, J. F. Parrés, 1876,

Zayas Enríquez, Rafael de, Benito Juárez, su vida y su obra, México, Secretaría de Educación Pública, 1971, (Sep Setentas 1).

Zorrilla, Luis G., Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958, México, Porrúa, 1965, (Biblioteca Porrúa 29).